

OBRAS COMPLETAS DE
JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

V

ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA

LAS CIVILIZACIONES PRIMITIVAS Y EL
IMPERIO INCAICO



LIMA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

PLAN DE LAS OBRAS COM-
PLETAS DE JOSE DE LA
RIVA-AGUIERO Y OSMA

I—*Estudios de la Literatura Peruana: Carácter de la Literatura del Perú Independiente.* Introducción General de Víctor Andrés Belaunde; prólogo de José Jiménez Borja; notas de César Pacheco Vélez y Enrique Carrión Ordoñez. Con un estudio crítico de don Miguel de Unamuno.

II—*Estudios de Literatura Peruana: Del Inca Garcilaso a Eguren.* Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas.

III—*Estudios de Literatura Universal.* Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa.

IV—*Estudios de Historia Peruana: La Historia en el Perú.* Prólogo de Jorge Basadre y notas de César Pedro Vélez.

V—*Estudios de Historia Peruana: Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico.* Introducción de Raúl Porras Barrenechea. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez.

VI—*Estudios de Historia Peruana: La Conquista y el Virreinato.* Prólogo de Guillermo Lohmann Villena,

V



OBRAS COMPLETAS DE

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

V

ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA

LAS CIVILIZACIONES PRIMITIVAS
Y EL IMPERIO INCAICO

*Introducción de Raúl Porras Barrenechea
Recopilación y notas de César Pacheco Vález*

LIMA, 1966

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO RIVA-AGUIERO

Nº 52

COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE
JOSE DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

MIEMBROS DE HONOR:

Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Juan Landázuri R.
Gran Canciller de la Universidad

R. P. Felipe E. Mac Gregor S. J.
Rector de la Universidad

COMITE EJECUTIVO:

† *Victor Andrés Belaunde (Director), Alberto Wagner de Reyna, José A. de la Puente Candamo, Luis Jaime Cisneros, César Pacheco Vélez (Secretario)*

CONSEJO DE ASESORES:

Mario Alzamora Valdez, Pedro M. Benvenuto Murrieta, Honorio F. Delgado, Raúl Ferrero Rebagliati, Mariano Iberico Rodríguez, Guillermo Lohmann Villena, José Jiménez Borja, José León Barandiarán, Guillermo Hoyos Osore, Aurelio Miró Quesada Sosa, Ella Dunbar Temple, Rubén Vargas Ugarte S. J.

DELEGADO DE LA JUNTA
ADMINISTRADORA DE LA HERENCIA RIVA-AGÜERO:

Germán Ramírez Gastón F.

NOTA PRELIMINAR

ESTE quinto tomo de las *Obras Completas* de don José de la Riva-Agüero, segundo de sus *Estudios de Historia Peruana*, reúne sus monografías, lecciones, prólogos, recensiones bibliográficas, ensayos y conferencias sobre la época prehispánica, las civilizaciones primitivas y de un modo especial el Tiahuanaco, el Imperio Incaico y las grandes creaciones históricas del pueblo quechua, tema de su predilección desde las aulas universitarias hasta los últimos días de su vida. Se trata de una recopilación de materiales dispersos para la cual se ha mantenido el criterio de los anteriores tomos: la ordenación se ha hecho por épocas y asuntos siguiendo la clásica periodificación de la historia peruana, y por las fechas iniciales de redacción de los diversos escritos. De ese modo se presenta con toda claridad la línea de evolución del pensamiento de Riva-Agüero sobre cuestiones históricas de investigación e interpretación, que se planteó en reiteradas ocasiones y sobre las cuales se pronunció con su vehemencia y rotundidad peculiarísimas, pero también con su insobornable honestidad intelectual. La posición de Riva-Agüe-

ro frente a la historia peruana prehispánica ha sido objeto de distorsiones mal intencionadas, por eso es indispensable hacer una precisión, con toda la amplitud que la importancia del asunto reclama, y a base de su propio e inconfutable testimonio.

José de la Riva-Agüero es el gran historiador moderno del Perú integral. Todos los legados históricos que nutren y forman nuestro ser nacional y que enriquecen nuestra conciencia de esa nacionalidad merecieron su atención inteligente y constante y fueron objeto de su sentimiento patriótico, de su encendida y profunda pasión peruana. Nada más anacrónico, anticientífico e injusto que hacer bandera de Riva-Agüero para una visión fragmentaria, unilateral o excluyente del Perú. Dentro de su concepción cristiana de la vida y de su sólida jerarquía de valores, todas las épocas de la historia peruana tienen para él un sentido creador propio en el proceso formativo de lo que llamamos la peruanidad.

En el célebre epílogo de *La Historia en el Perú* (1910), que significó el arranque de una vigorosa corriente de interpretación de nuestra historia y una nueva actitud ante su sentido trascendente, afirmó Riva-Agüero: "...la nacionalidad no estará definitivamente constituida mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos y mestizos y los indios. No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenas a nuestra idea de patria y cuyo olvido o menosprecio no enflaquezca y menoscabe el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú"¹. "El patriotismo —dijo en 1944, poco antes de su muerte— se alimenta y vive de la Historia y de la tradición. La palabra patria

1 *Obras Completas*, T. IV, Lima, 1965, pp. 505 - 506.

viene de padre: sobre el altar de la patria y bajo su gallarda llama hecha de ruegos y de inmolaciones, de valor y de plegarias, deben existir siempre, como en la ritualidad litúrgica católica, los huesos de los predecesores y las reliquias de los mártires”². Unos años antes había escrito: “El patriotismo verdadero es la aceptación y el amor de la herencia completa de nuestros antepasados...”³. Y en otra ocasión, para anatematizar todo intento de confundir el patrimonio fundamental y común de la tradición patriótica con una determinada, parcial y contingente expresión política de él, afirmó: “La patria, por definición y por esencia, no puede ser nueva porque representa el legado de los padres, la tradición, la herencia maternal y moral, ampliada y mejorada pero nunca negada y demolida”⁴.

En consonancia con estas ideas básicas que siempre inspiraron su obra intelectual y su actividad pública, estudió al Perú desde sus más remotas raíces porque sabía que en ellas también estaba la clave de comprensión de la singularidad y de la esencia nacionales: “El Perú, dijo, es obra de los Incas tanto o más que de los conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio... El Perú moderno ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico... y la nobleza del segundo, [que] aun cuando subalterno en ideas, instituciones y lengua, es el primero en sangre, instintos y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de lo pasado, la clave secreta de orgullo rehabilitador para nuestra mayoría de mestizos e indios, y los precedentes más alentadores para

2 *Los estudios históricos y su valor formativo*, conferencia pronunciada en Lima el 29 de octubre de 1943 y publicada en la *Revista de la Universidad Católica*, T. XIII, No 1, abril de 1945, pp. 17 y 18.

3 *Paisajes Peruanos*, Lima, 1955.

4 Discurso pronunciado como Presidente de la agrupación política *Acción Patriótica*, publicado en *El Comercio*, Lima, 25 de agosto de 1936, p. 17.

el porvenir común”⁵. En sus magníficos *Paisajes Peruanos* hallamos a cada paso inequívocas pruebas de su hondo afecto por el caudal autóctono y del sentido realmente dramático que para él tiene su presencia en la vida nacional: “La suerte del Perú —afirma— es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse”⁶. Mas adelante, reitera: “La Sierra, asiento de la gran mayoría de los habitantes, cuna de la nacionalidad, necesaria columna vertebral de su vida, tronco del cual parten las dos cuencas de tierras cálidas, tiene que ser por toda especie de razones geográficas, la región principal del Perú”⁷. Y en la defensa de esta tesis tendría hoy Riva-Agüero la compañía de los estudiosos de la geopolítica peruana. En el capítulo primero de ese libro, al relatar su impresión del Cuzco, que constituye una de las más bellas páginas de nuestra literatura de todos los tiempos, dice en una formulación sintética pero certera de peruanismo: “El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú”⁸. En ese mismo libro de viajes, declara: “Nunca hemos desconocido la realidad y la hondura de los cimientos indios, de las pétreas bases que los Incas dejaron”⁹. En 1942, insiste: Jamás he negado la importancia de lo indio, y en especial de lo incaico en el acervo de nuestra patria. Buena parte de mi juventud y de mi edad madura las empleé en estudiar... los problemas de nuestro pasado prehispano. Deploro que mi insignificancia y la inatención habitual de nuestro público hayan impedido a la opinión enterarse de mis modestos pero leales esfuerzos. Para concertarnos con los indigenistas razonables, no hace falta de parte de ellos sino cierto empeño de hon-

5 *Paisajes Peruanos*... pp. 116 y 117.

6 *Ibid.*, p. 187.

7 *Ibid.*, p. 186.

8 *Ibid.*, p. 10.

9 *Ibid.*, p. 116.

rada información, cierta indispensable, siquiera mínima dosis de sindéresis, de imparcialidad y templanza”¹⁰.

Como consecuencia lógica de este modo de ver nuestro proceso histórico Riva-Agüero tenía que afirmar la fusión de las dos grandes vertientes culturales que crean el Perú moderno. Y en efecto, fue un esforzado, docto y vibrante defensor de la vocación mestiza del Perú: “No conozco afirmación más injuriosa para el peruanismo —protesta— que aquella de ser inasimilables sus dos razas esenciales, la hispana y la india. Si tal fuera, el Perú resultaría un aborto. Y esperamos y constatamos que no lo es por los tipos humanos que ha producido, desde Garcilaso hasta nuestros días, mestizos insignes de sangre y alma”¹¹. En otra oportunidad vuelve sobre estos conceptos: “Dos herencias a la par sagradas integran nuestro acervo espiritual; y si presentan sendos defectos, ofrecen también correspondientes virtudes y antidotos. Renegar de cualquiera de ellas sería torpe y menguado... El solar es doble, indo-español, y en calidad de tal lo acatamos y veneramos... Predicar odios y exclusivismos de raza en el Perú es tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. No puede significar entre nosotros sino un frenesí de inconscientes o un señuelo de logreros. La convivencia y entrecruzamiento de diferentes razas ha constituido dondequiera, y muy especialmente en nuestro país, el proceso esencial de la civilización”¹². Para Riva-Agüero no era el mestizaje una realidad que bastaba comprobar y proclamar: su defensa

10 Discurso de introducción a las Conferencias del Marqués del Saltillo en Lima, publicado en *Mercurio Peruano*, Lima, abril de 1942, No 181, p. 220.

11 *IV Centenario del Cuzco español*, conferencia pronunciada en la Sociedad Entre Nous de Lima el 23 de marzo de 1934, publicado en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria* (Opúsculos), t. II, Lima, 1938, p. 95.

12 Prólogo al libro *El Imperio Incaico* de Horacio H. Urteaga, publicado en *Por la Verdad...* (Opúsculos), t. I, pp. 233 y 234. Vid. *Infra.*, pp. 168 y 169.

entrañaba una verdadera actitud de comprensión amorosa de nuestro ser, y una ardua empresa para formar en todos los sectores del país la conciencia más lúcida de esa realidad y para lograr su perfeccionamiento y su eficacia plena en la vida peruana. En la extraordinaria meditación ante el campo de la batalla de Ayacucho, que forma parte de *Paisajes Peruanos*, dice Riva-Agüero: "Para que la definitiva nacionalidad ganada en Ayacucho se adecuara a sus destinos y obtuviera su completa verdad moral, no bastaba la mera conciliación de las personas, fácil siempre en nuestra tierra. Era y es aún necesaria una concordia de distinta y muy alta especie: la adunación y armonía de las dos herencias mentales, y la viva síntesis del sentimiento y la conciencia de las dos razas históricas, la española y la incaica", y termina, allá en el año 1912, haciéndose una pregunta que tiene hoy una grave vigencia: "Al cabo de 90 años —de 150, podríamos añadir nosotros— ¿hemos logrado acaso, en su plenitud indispensable, esa condición esencialísima de su personalidad adulta?"¹³.

Cumplió su vocación magisterial sin desmayos ni renunciamientos ante la avalancha de ideas, prejuicios y corrientes contrarias de opinión, y no se conformó Riva-Agüero, sin embargo, con emplear su talento y su autoridad intelectual en la defensa principista de estas doctrinas. Sus mejores esfuerzos los puso al servicio de la Historia y al estudio de todas sus épocas con el ánimo de rescatar de ella sus valores más propios. En ese sentido el aporte de Riva-Agüero a la historiografía del Perú incaico y princaico resalta por lo sustantivo, veraz y hermoso y por la magnitud que alcanza en el conjunto de sus escritos. Uno de sus iniciales ejercicios universitarios en la Facultad de Letras de San Marcos, en 1902, que por primera vez se pu-

13 *Paisajes Peruanos...* p. 116.

blica ahora, tiene por tema las instituciones incaicas y su influencia en la sociedad peruana. Al Perú de los Incas y de las civilizaciones primitivas dedicó en 1910 casi la mitad de su libro más extenso y orgánico: *La Historia en el Perú*. A esos temas se refiere ampliamente en su polémica con D. Manuel González de la Rosa sobre los *Comentarios Reales* y en su célebre *Elogio del Inca Garcilaso*, en 1916. Su libro de viaje *Paisajes Peruanos* escrito en 1912, revisado en 1916 y 1917, y sólo publicado íntegramente en 1955, tiene páginas de extraordinario valor sobre el pasado prehispánico y su gravitación histórica en el Perú. En 1918 dictó en la Facultad de Letras de San Marcos cinco lecciones sobre historia incaica, que tuvieron excepcional resonancia. En 1921, viviendo a la sazón en España, publica en Santander uno de sus libros más originales, *El Perú Histórico y Artístico*, cuya parte primera, la más importante, es un encomio del alma quechua y en el cual se detiene, como él mismo lo dice, “a explicar las hermosuras de la mitología y el folklore de los aborígenes” y a señalar “el poderoso fermento indio que hay en el arreglo españolizado del drama quechua *Ollantay*, en las obras de Lunarejo y en casi todo nuestro churriguerismo en las Bellas Artes del Virreinato”. En 1930 presentó al Congreso Histórico de Sevilla una extensa ponencia sobre *Lengua y Raza probables de la Civilización del Tiahuanaco* en la cual impugna las tesis de Uhle y presenta una sólida argumentación defendiendo el quechuismo del Tiahuanaco. En el mismo año escribió un sustancioso prólogo al libro de D. Horacio H. Urteaga sobre *El Imperio Incaico*. En 1934 en su discurso en el IV Centenario del Cuzco Español, en 1935 en su discurso sobre algunos aspectos de *El Derecho del Perú*, y en todas las ocasiones oportunas, retornó sobre estos temas que, repetimos, fueron de su predilección. En 1937 dictó en nuestra Universidad un celebrado Curso de 14 Lecciones que tituló *Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispáni-*

ca, síntesis de su vasta erudición, de sus certeras intuiciones no de técnico pero sí de versado en asuntos etnológicos y lingüísticos, en la cual revisa puntos de vista que la moderna investigación recomendaba superar y confronta y coordina amplia y rigurosamente las versiones de los Cronistas con los datos arqueológicos de su tiempo. Algunas de sus tesis acaso se encuentran hoy rectificadas por la investigación posterior a su estudio; el aporte de su visión de conjunto del Incario, llena de vitalidad y colorido, tiene en cambio una vigencia general, sobre todo en la presentación de las analogías de las instituciones incaicas con las de las principales civilizaciones del Antiguo Oriente y de la América precolombina. En los primeros meses de 1938 dirigió las excavaciones en el antiguo Hospital de San Andrés, en busca de las momias de los Incas, traídas del Cuzco a Lima por Ondegardo, sin que el éxito del hallazgo rematara su fervorosa empresa. Durante su vuelta al mundo, finalmente, los años de 1938 a 1940, en Tokio y en Kioto pronunció varias conferencias sobre arqueología, historia y literatura peruanas, y en ellas vuelve a revisar sus tesis sobre nuestras civilizaciones arcaicas. Una de esas breves conferencias o charlas, hasta ahora inédita, se publica en el presente tomo.

Dedicó Riva-Agüero muchas horas al estudio del Perú Antiguo, pero, además, tuvo siempre al elemento autóctono como ingrediente fundamental de su orgullo peruano. En su juventud realizó un largo viaje al Cuzco y a Bolivia para estudiar las civilizaciones primitivas de esa región cuyo territorio, unido, fue en el Tiahuanaco, durante el Imperio Incaico y en los siglos virreinales antes de la desmembración borbónica, el gran Perú; y con sus relatos de ese viaje redescubrió la Sierra en momentos de extranjerismo intelectual y se convirtió en uno de los mejores cronistas de los tesoros del Cuzco incaico y español. No detuvo sus pesquisas genealógicas en las estirpes de

los conquistadores españoles, de cuya vinculación se jactaba sin falsos rubores, sino que avanzó hasta los primeros cruzamientos de los capitanes castellanos, extremeños y andaluces con los descendientes de la casta imperial incaica y de los caciques y señores naturales de otras regiones americanas. Más de una vez declaró que descendía de una princesa araucana, y así lo hemos recogido nosotros, de un modo genérico, en un estudio anterior. Pero aunque algunos han considerado esa declaración como un mero alarde, hoy tenemos la prueba precisa y manuscrita del propio Riva-Agüero. En el libro sobre *Los Incas. Sus Orígenes y sus Ayllus* (Santiago de Chile. 1928, p. 32) Ricardo E. Latcham habla de Bartolomé Flores, uno de los compañeros de Pedro de Valdivia, que se casó con la hija del cacique Talagante, la cual heredó de su madre todos los terrenos entre los ríos Mapocho y Mayno, desde la Cordillera hasta el mar. Frente a este párrafo del libro de Latcham y refiriéndose a Bartolomé Flores y a la hija del cacique Talagante, Riva-Agüero escribe de su puño y letra en el ejemplar de su propiedad que se conserva en la Biblioteca de este Instituto: "ojo: mis abuelos por Carrillo de Córdova y Garcés de Mansilla"¹⁴. Con lo cual tenemos el rastro para la reconstrucción de esta rama de su estirpe, por entre los más ilustres linajes españoles, hasta llegar al entronque con el cacique araucano. Y es este un nuevo dato que viene a comprobar que Riva-Agüero tenía sangre indígena americana; que era, aunque por remotos enlaces, un mestizo en el más estricto sentido de la palabra. Esta nueva noticia autobiográfica nos permite comprender su sentimiento ante los valores de las civilizaciones prehispánicas y ante el hecho indiscutible de la fusión de las savias de las dos grandes raíces que integran las nacionalidades hispanoamericanas, que él proclamó

¹⁴ Dato proporcionado por José Urrutia Ceruti.

siempre como el más alto timbre de gloria de la colonización española, si para ello no bastaran los elocuentes testimonios que hemos aducido, y que podrían multiplicarse espigando en su obra, sobre su posición de equilibrio, de integración y de síntesis.

Cuando en los últimos años de su vida un escritor extranjero mal informado escribió un artículo en una revista norteamericana, que luego se reprodujo en Buenos Aires, presentándolo como jefe de una escuela histórica europeo, de un radical y excluyente hispanismo, Riva-Agüero reaccionó con explicable indignación y escribió una vehemente y elocuentísima *Rectificación necesaria*, para informar al errado periodista de aquellos hechos que ignoraba y que lo habían llevado a juicio tan temerario: “Colaboré desde mi primera juventud, con asiduidad y celo, —recuerda— en la Sociedad Pro-Indígena... Gasté buena parte de mis bríos estudiosos juveniles en el examen y reivindicación de los *Comentarios Reales* de Garcilaso... Después, con una muy sincera admiración, quizá desbordante, compuse el elogio del mismo cronista mestizo... Recorrí a modo de fervoroso peregrino el Cuzco y sus épicas comarcas. Redacté mis *Paisajes Peruanos* que... significan la exaltación del nacionalismo hispano-indio...”. Y resumiendo la reseña de sus trabajos que podríamos llamar “indigenistas”, concluye: “Más de la mitad de mis escritos tratan de asuntos del Perú indio, comenzando por las remotas civilizaciones andinas preincaicas y viniendo a la actual condición de los ayllos o comunidades agrícolas”¹⁵. En la lección final de su citado curso sobre la civilización prehispánica afirma otra vez: “El Perú, como las construcciones del Cuzco, tiene rejas, adornos, artesanos y mobiliario españoles, pero los cimientos y los muros

¹⁵ *Rectificación necesaria*, publicada en *Mercurio Peruano*, Lima, mayo de 1944, No 202, pp. 320 - 322. Vid. *Infra*, pp. 414 - 420.

son incaicos...”¹⁶. Y como conclusión pedagógica de su estudio ratifica los conceptos de 1910: “El amor patrio... no se reduce sólo a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y al culto por todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial y para vigorizar y ennoblecer lo presente se empeña en resucitar lo arcaico mediante aquella ansia piadosa de vida y continuidad que inspiró a los renovadores de las diversas historias nacionales en el pasado siglo”¹⁷.

Como lo destaca Raúl Porrás Barrenechea, Riva-Agüero es uno de los más brillantes, solventes y autorizados historiadores del Incario, “a la manera clásica”. Su obra de investigación en las fuentes escritas —Crónicas y documentos de los siglos XVI y XVII— y su confrontación de ellas con los datos arqueológicos y lingüísticos, le sirvió para intentar con éxito, hasta donde era posible en su momento, una historia externa, relativamente cronológica, dedicada sobre todo a los procesos políticos y guerreros, a las instituciones jurídicas y sociales, a las expresiones de la vida económica, religiosa y cultural. Algunas hipótesis suyas —la atribución al Inca Viracocha de la victoria sobre los Chancas, por ejemplo— han sufrido revisión, por métodos eurísticos análogos a los suyos, como resultado de investigaciones posteriores. En cambio las modernas técnicas de la glotocronología confirman indirectamente su tesis sobre el quechuismo de Tiahuanaco. Pero sobre todo permanece en pie, con toda su belleza épica, el panorama general del Imperio Incaico que él trazó. La misma cronología de su aporte explica también el poco uso de los criterios etnológicos y antropológicos que ahora se emplean preferentemente en el estudio del Antiguo Perú, pero que no debe significar el abandono de la

16 *Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehistórica*, Lima, 1937, p. 175. Vid. *Infra*. pp. 388.

17 *Civilización Tradicional...*, p. 85. Vid. *Infra*, p. 276.

empresa de incorporar a la plena luz histórica esa etapa crucial de la protohistoria peruana. La obra de Riva-Agüero sobre el Tiahuanaco y el Imperio Incaico se reedita a casi cinco lustros de su muerte, a los treinta años de ser escrito el último de sus libros sobre estas materias, en momentos en que su vigencia y actualidad la convierten —como con toda autoridad lo ha reconocido Jorge Basadre para *La Historia en el Perú*— en una obra clásica de nuestra historiografía, que llega al gran público —por tratarse de materiales dispersos y de difícil acceso— con el aroma sugestivo de lo primigenio e inédito.

Creemos también oportuno levantar ahora el cargo de “racista” que todavía se insiste en achacar a Riva-Agüero, cristalizando injustamente su juicio en esta materia tan importante en los asertos sobre “inferioridades étnicas”, “razas superiores e inferiores”, etc., que estampó en sus tesis juveniles, imbuído aun del positivismo sanmarquino de comienzos de siglo. Riva-Agüero rechazó el racismo desde antes de su público retorno al catolicismo, en 1932, en diversas ocasiones. Así, en 1942 dijo categóricamente: “Por católico y por hispánico no puedo ser racista intolerante. No he esperado esta ocasión para declarar que no considero la raza como el único ni el más principal factor de la historia. En este local (Sociedad Entre Nous) lo dije hace años. Sobre lo material y biológico predomina lo espiritual y psíquico. La tradición es el alma, y la raza y la herencia son los elementos corpóreos de resistencia y estabilidad nacionales frente a las fuerzas no menos necesarias de variedad e ímpetu, que forman con las primeras el proceso de la historia. . .”¹⁸. Y sobre todo rechazó el racismo al exaltar como pocos, con entusiasmo y elocuencia magnífica el valor del mestizaje peruano expresado en el Inca Garcilaso, en Espinosa Me-

¹⁸ Discurso de introducción a las conferencias del Marqués del Saltillo, *Mercurio Peruano*, Lima, abril de 1942, No 181, pp. 219 - 220.

drano y "en numerosas personalidades de la época republicana"¹⁹. Sus ideas sobre la exagerada influencia del medio en el desarrollo cultural y sobre la antítesis Sierra-Costa, porclives al determinismo geográfico de moda en sus años juveniles, las superó ampliamente en su madurez y anatematizó contra la "literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévola"²⁰ que so capa de regionalismo propugnaba la desintegración nacional.

Es conveniente recordar siempre estos textos de Riva-Agüero para que ni el prejuicio ni la leyenda nos deformen su figura y su mensaje ejemplares. Es, en fin, pertinente establecer con toda claridad que los diez estudios que integran este tomo no constituyen, como hemos indicado, cuanto Riva-Agüero escribió sobre el Perú antiguo; y que, para la plena valoración de su aporte a la historiografía nuestra sobre esa época será imprescindible confrontar las 450 páginas de este volumen con las 200 primeras del t. IV y con muchas otras de los tt. I, II, VI, VII y IX, en los que también se han reunido y se reunirán referencias de Riva-Agüero al pasado incaico y preincaico y a la gravitación de esas civilizaciones y de sus descendientes en la realidad presente y en el destino del Perú.

A Franklin Pease García Yrigoyen agradecemos la colaboración prestada en los trabajos iniciales de esta recopilación; a Raúl Palacios Rodríguez y Humberto Leceta Gálvez, la suya en la corrección de pruebas.

En 1954, al conmemorarse el X aniversario de la muerte de Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea pronunció una magistral conferencia sobre el aporte del gran humanista limeño a la historia incaica. Se recogió esa conferen-

19 Ibidem. Todas las citas de Riva-Agüero que hemos aducido para probar su interés nunca desmentido por el Perú Antiguo y su peruanismo integral, no empece la distorsión de que ha sido objeto, las he reunido, ordenadas por temas, en la antología titulada *Afirmación del Perú*, T. II, *Fragmentos de un ideario*, Lima 1960, pp. 5 y ss.

20 *Civilización Tradicional...* Vid. *Infra* p. 185.

cia en el pequeño libro de *Homenaje a Riva-Agüero* (Lima, 1955, pp. 99 - 129) editado por el Instituto que lleva su nombre y en el capítulo correspondiente del libro *Fuentes Históricas Peruanas* (Lima, 1954, pp. 172-190). Reproducimos esa conferencia y otras páginas complementarias del propio Raúl Porras B. (*Fuentes...*, pp. 554- 526), autorizado y brillante defensor del peruanismo integral de Riva-Agüero, como condigna *Introducción* a este tomo.

C. P. V.

Lima, diciembre de 1966.

INTRODUCCION

El más solvente y autorizado historiador de los Incas, a la manera clásica, es don José de la Riva-Agüero (1885-1944), tanto por la extraordinaria riqueza de su cultura humanista, que le daba dominio pleno sobre todas las disciplinas conexas de la historia, cuanto por la vigorosa originalidad de su espíritu, que le llevó a plantear esenciales revisiones e interpretaciones de capital importancia no sólo para la historia incaica sino para todo el transcurso de la historia peruana. Fue lástima que los circunstancias políticas adversas del Perú de su época determinaran su largo apartamiento del país y de las actividades universitarias, a las que pertenecía de derecho, pero, a pesar de esta dispersión de sus actividades de la época viril —que le impidió escribir la gran obra de conjunto que de él se reclamaba—, dejó en los libros promisorios de su juventud y en los ensayos colmados de erudición de su madurez truncada, la garra de su profunda concepción de la historia y su enjundiosa sagacidad crítica.

José de la Riva-Agüero y Osma nació en Lima, el 26 de Febrero de 1885. Descendía de viejas estirpes españolas y republicanas. Entre sus ascendientes más notables se hallaba don Nicolás de Ribera el Viejo —uno de los Trece compañeros de Pizarro en la Isla del Gallo y primer Alcalde de Lima— y su bisabuelo, don José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, fue el más descollante conspirador peruano contra el régimen español en los albores de la independencia y el primer Presidente del Perú, desposeído por Bolívar, en 1823. Estos antecedentes determinaron la vocación aristocrática de Riva-Agüero y su contextura esencial de élite. Educado en el Colegio de los padres franceses de la Recoleta, recibió en él una profunda formación cristiana a la vez que el hábito liberal de la historia y de la cultura de Francia, que condicionó la tolerancia de su ideario juvenil.

La Universidad de San Marcos de principios del siglo XX le impuso por un tiempo la impronta positivista de la época, que se refleja en sus primeros ensayos y opiniones. Dos Obras fundamentales, escritas en plena mocedad estudiantil, acusan la recia mentalidad de Riva-Agüero y son acaso los hitos más importante de su contribución histórica. Ellas fueron *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (Lima, 1905) y *La Historia en el Perú* (1910)¹ La primera —escrita cuando sólo contaba 19 años y comentada entonces por Unamuno— inicia los estudios orgánicos de historia de nuestra cultura y traza, por primera vez, un cuadro completo de nuestra evolución literaria, coordinado y pletórico de información y de solidez crítica. Es, junto con el *Perú Contemporáneo de Francisco García Calderón*, el primer itinerario espiritual del Perú en su etapa republicana, en el que destacan, con los ensayos sustanciales sobre Palma y González Prada, los valores de nuestra lite-

1 La primera se ha reeditado en el T. I de estas *Obras Completas de Riva-Agüero* (Lima, 1962); la segunda en el T. IV (Lima, 1965). [N. del E.]

ratura. La Historia en el Perú, acaso su obra más sustantiva, fué presentada como tesis en 1910, cuando tenía 25 años. Con ella puso Riva-Agüero los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas. Toda la historia posterior que se ha hecho en el Perú, aun la de los que le contradicen y niegan, ha tenido por andaderas este libro de consulta fundamental. Riva-Agüero revisó con su potente y bien informado criterio las principales directivas de nuestra historia. A través del Inca Garcilaso revisó toda la historia incaica externa e interna; a través de los cronistas de convento, de Peralta y Mendiburu, la historia colonial; y siguiendo la estela erudita de Paz Soldán, las grandes transformaciones y rumbos de nuestra historia independiente. Toda la visión de nuestro pasado resultó transformada por su soplo creador y por su visión señera de los derroteros morales del Perú.

En 1912 Riva-Agüero realizó con los deficientes medios de transporte de la época —por ferrocarril y a lomo de mula, como Raimondi o Squier— un viaje por el Sur del Perú y Bolivia, del que recogió impresiones de las ciudades y paisajes serranos y costeños que dieron vida a su libro, publicado fragmentariamente en Mercurio Peruano de 1918 a 1929 —primero bajo el nombre de Paisajes Andinos y más tarde con el de Paisajes Peruanos². En él se transparenta la compenetración de Riva-Agüero con el Perú profundo de la geografía y de la historia. En él campea, más limpia y fluida que en sus obras de historia científica, su prosa señorial en las descripciones de paisajes: valles yungas de luz mate y velada limpidez de acuarela, mar de estaño fundido en cuyas playas chispea la mica de rocas y tablazos, pureza diáfana del reful-

² La primera edición completa de los Paisajes Peruanos se hizo en Lima, en 1955, por la Testamentaria Riva-Agüero, con un amplio estudio preliminar del propio Raúl Porras B. Ese libro será el T. IX de estas Obras Completas [N. del E.].

gente cielo andino o desolada llanura de la puna "donde los charcos congelados brillan como láminas de plata". Riva-Agüero ha sentido como pocos el goce del paisaje peruano —el escenario del vivir histórico— y trasladado sus impresiones con los colores e imágenes más felices. Sus Paisajes Peruanos, con la emoción vernácula de pueblos y caseríos de la costa y de la sierra, la descripción luminosa y quieta del Cuzco desde lo alto de Carmenca, la visión colonial de Ayacucho o de los páramos, montañas y desiertos del Perú, quedarán como el libro más representativo del alma y del paisaje peruano, como el *Os-Sertoes de Euclýdes da Cunha* para el Brasil y el *Facundo de Sarmiento* para la Argentina. Es el pórtico magnífico que la geografía presta a una gran historia. El periplo peruano lo completó Riva-Agüero con un viaje a Europa, de 1913 a 1914, donde estudió en algunos archivos españoles e intervino en algunos Congresos internacionales de historia. Al Congreso de Geografía y de Historia Hispano-Americanas de Sevilla, en 1914, presentó sus dos brillantes monografías y hallazgos históricos: la Descripción de Lima y el Perú del siglo XVII del judío portugués y el estudio sobre la Segunda Parte inédita del Parnaso Antártico de Diego Mexia de Fernan Gil.

Riva-Agüero intervino activamente en la política del Perú, de 1911 a 1919, defendiendo una política de respeto a las normas liberales y democráticas. Como leader juvenil y universitario fué encarcelado en 1911, en que la juventud universitaria solicitó y obtuvo tumultuariamente su excarcelación. Definió entonces una posición, si bien liberal y respaldada por la juventud, defensiva de las posiciones y los intereses tradicionales que removió el gobierno mesocrático de Leguía. Durante el segundo gobierno de Pardo, Riva-Agüero fundó un partido de intelectuales y profesionales jóvenes, el Partido Nacional Democrático, que careció a la vez del apoyo gubernativo y de adhesio-

nes populares. Al producirse el golpe revolucionario de 1919, que echó por tierra los principios constitucionales consagrados por la experiencia desde 1895, Riva-Agüero se expatrió voluntariamente y residió en Europa —principalmente en Italia y España— durante el oncenio dictatorial de Leguía. En Europa y durante esta etapa publicó un libro de rememoración de su estirpe familiar montañesa titulado *El Perú histórico y artístico* (Santander, 1921), en el que estudió la influencia de los montañeses en la vida peruana y en el que analizó, de paso, algunas corrientes literarias y artísticas de nuestra historia.

De vuelta al Perú, Riva-Agüero actuó como elemento directivo y defensor de un programa de orden y de autoidad en la vida política e intelectual. En discursos y conferencias, principalmente en su *Discurso de la Recoleta* en que proclamó su reconciliación con el catolicismo de su infancia y tradiciones familiares, definió su posición ideológica con su energía y rotundidad característica y fué blanco de la odiosidad demagógica, a la que provocara frecuentemente. A partir de 1934 fué, pasajeramente, Presidente del Consejo de Ministros, Alcalde de Lima, Decano del Colegio de Abogados, Director de la Academia de la Lengua. Alternó estas actividades con la redacción de ensayos nutridos de erudición y de poderosa dialéctica sobre cuestiones históricas y literarias, marcando siempre una segura y lúcida orientación. Reunió esos ensayos y otros anteriores en dos tomos que tituló *Opúsculos*. Por la verdad, la tradición y la patria (Lima, 1937 y 1938). En ellos aparecen estudios capitales para nuestra historiografía: sobre la Atlántida, los precursores de Colón, la civilización de Tiabuanaco, en pugna abierta con Uhle, y sobre la obra de los misioneros de Ocopa (Tomo I). Hállanse en la misma colección el *Elogio del Inca Garcilaso* (1916), el estudio sobre el Cuzco español, los admirables ensayos de enjuiciamiento de la obra española en el Perú, titulados Lima

Española y Algunas reflexiones sobre la época española en el Perú, *el estudio sobre El derecho en el Perú, los estudios sobre Humboldt y el Padre Hojeda y la célebre polémica con Gonzales de la Rosa sobre la originalidad y veracidad de Garcilaso (Tomo II)*. De esta misma época son sus estudios sobre el teatro de Lope de Vega, sobre Goethe, sobre San Alberto Magno y sobre los poetas franceses Ronsard y Malherbe, que acreditan su vocación humanista.

Entre sus obras dispersas pueden citarse: Fundamentos de los interdictos posesorios (Lima, 1911), Concepto del Derecho, *ensayo de filosofía jurídica* (Lima, 1912), Un cantor de Santa Rosa, el Conde de la Granja (Lima, 1919), Discursos en las fiestas del aniversario patrio de 1931, como Alcalde de Lima (Sarmiento y Unanue), Añoranzas, con recuerdos autobiográficos de la vieja Lima (1932), El Primer Alcalde de Lima, Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad (1935), Discursos Académicos (1935) sobre el centenario de la fundación de Lima, La Galatea, Cervantes, Ricardo Palma, Enrique A. Carrillo, Gutiérrez de Quintanilla y Lope de Vega; Estudios sobre literatura francesa (1944), El Obispo Sarasola.

Riva-Agüero fue ocasionalmente profesor universitario de historia. En 1916 pronunció en el General de San Marcos el elogio del Inca Garcilaso, en el tercer Centenario de su muerte. En la Universidad petrificada anterior a 1919 no se le concedió oportunidad de llevar su saber a la cátedra. En 1918 la amplitud comprensiva de don Carlos Wiesse le cedió el puesto para dictar unas lecciones de la única cátedra de Historia con que contaba la Universidad en la Facultad de Letras. Riva-Agüero dictó entonces un curso sobre la civilización incaica, en el que puso de relieve su enjundia histórica al propio tiempo que sus magníficas condiciones de expositor claro, fluido y vigoroso. Sus lecciones atrajeron por primera vez a San Marcos a un público excepcional que rebasaba el salón de clases y ates-

taba las puertas y ventanas de éste y los corredores del claustro. De regreso al Perú, el Rector de San Marcos, Encinas, de filiación política opuesta, respetuoso de su jerarquía científica, le llamó a las altas tareas de los institutos de investigación histórica, que Riva-Agüero aceptó, pero no pudo incorporarse a la tarea didáctica por el antagonismo ideológico que lo separaba de la nueva juventud. En 1937 es llamado a la Universidad Católica donde dicta nuevamente un curso sobre la Civilización Incaica, como el que dictara antes en San Marcos, cuyos apuntes taquígraficos fueron recogidos por aquel Instituto y revisados por él formaron su libro *Civilización Peruana. Epoca Prehispánica. Curso dictado en la Universidad Católica del Perú (Lima, 1937)*, que es una visión de la historia externa del incario contemplada desde una perspectiva universal y humana.

Riva-Agüero abarcó con igual solvencia toda la historia del Perú desde las épocas de la prehistoria exhumadas por la arqueología, como la época española y el período republicano, con un sentido de peruanismo integral ajeno a todo caciquismo histórico. En todo momento trató de exaltar los legados anímicos de las diversas épocas y estratos etnográficos, ya fuera el alma quechua del Incario que caracterizara admirablemente o el mensaje cristiano de la civilización española. Concibió al Perú como un país de sincretismo y de síntesis, en que las regiones físicas se compenetraban, en que hay un maridaje constante del mar y de los Andes y una tendencia histórica a la fusión y la armonía. El Perú era para él "un país predominantemente mestizo constituido no sólo por la coexistencia sino por la fusión de las dos razas esenciales". "Aun los puros blancos-dijo-sin alguna excepción tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje derivada del ambiente, de las tradiciones y de nuestra propia y reflexiva voluntad de asimilación". Pero dentro de esta concepción su mentalidad y su tradi-

ción de hombre de imperio le impulsaban a preferir los períodos en que se ponía de manifiesto el apogeo y la grandeza del Perú en el orden civilizador. Amó, por eso, profundamente la tradición incaica y el alma quechua que la inspiró, vivía como cosa familiar la historia del Virreinato y en la República no pudo ocultar su simpatía entusiasta hacia la Confederación Perú-boliviana, realización del sueño de un gran Perú.

De acuerdo con las tendencias historiográficas de su época, siguiendo a Fustel de Coulanges y a Ranke, el historiador peruano basó sus construcciones históricas en el estudio estrictamente científico de las fuentes. A estas coordenadas se sujeta su revisión constante de la historia incaica. Cuando Riva-Agüero inició su valoración del pasado incaico, predominaba el ambiente idílico sobre los Incas, creado por los historiadores de la Ilustración a base de la difundida versión garcilasista y la predisposición romántica de Prescott, a pesar de las objeciones liberales de aquél al sentido aniquilador de la voluntad y de la libertad humanas del régimen incaico. Riva-Agüero asume, en la primera hora, un criterio sereno y objetivo, equidistante de las exageraciones y de las negaciones antagónicas, aunque atraído por la seducción de las tesis poetizadora. Gradualmente, a medida que penetra en el estudio de las fuentes y en la crítica de éstas, reajusta su pensamiento hasta forjar una síntesis cabal del Imperio.

La posición crítica de Riva-Agüero respecto del Inca-rio se va elaborando y corrigiendo a través de sus diversas obras con un sentido profundo de verdad. Se pueden señalar como hitos de su evolución su juicio sobre la Primera Parte de los Comentarios Reales en La Historia en el Perú (1910), en que examina todos los problemas relativos al origen y sucesión de los Incas, sus instituciones y el aspecto general del Imperio, las lecciones sobre la civilización incaica sustentadas en San Marcos en 1918, las lec-

ciones dictadas en la Universidad Católica en 1937 y reunidas en volumen el mismo año, los ensayos sobre el Imperio incaico publicados en sus Opúsculos (1937 y 1938), particularmente el prólogo a la obra *El Imperio Incaico* del Dr. Urteaga, su réplica a Gonzales de la Rosa y algunas reflexiones sobre la época española en el Perú.

La Historia en el Perú rectificó, en su época, muchos errores sobre hechos e instituciones que hoy se hallan incorporados a la estimativa general del Incario. Sostuvo —con vigorosos argumentos étnicos, filológicos y arqueológicos— que la civilización y las instituciones incaicas, no fueron un brote espontáneo y original, o invención incaica, sino culminación de la antigua cultura de Tiabuanaco, la que a su vez recogió reflejos de culturas anteriores. Esa cultura fue obra de los quechuas, primitivos pobladores de la región, los que fueron desplazados por los aymaras y no por los atacameños, invasión destructora del Sur que partió en dos el antiguo dominio cultural y lingüístico de los quechuas, interponiendo una mancha aymara, que aún subsiste, entre los quechuas del Sur del Perú y del Sur de Bolivia y Norte argentino. Con apasionamiento dialéctico rebatió más tarde la apología aymarista de Middendorf, Markham, Uhle, von Buchwald y Latcham. Fue también Riva-Agüero el primero en caracterizar dos claros periodos en la historia incaica, calificados hasta entonces indistintamente como Imperio Incaico, distinguiendo una primera etapa de "confederación" o "liga quechua", capitaneada por los Incas de Hurin Cuzco, pero con cierta autonomía feudal de los asociados, y un segundo periodo, el del Imperio conquistador de los Hanan Cuzco, con carácter centralista y unificador. En lo relativo a la organización social, sostuvo que no eran privativas ni originales ciertas instituciones incaicas, como la comunidad de tierras —que existió en casi todas las partes del mundo— o los mitimaes, que fueron empleados por los asirios y babilonios. Aclaró, también, cómo el nú-

cleo del Imperio y de la aristocracia gobernante estuvo constituido por el conjunto de tribus de la nación Inca y sus descendientes o parentela de sangre, hijos del dios Inti y libres de tributos y pechos. Ese cuerpo de patricios y magnates, descendientes de las primeras tribus pobladoras del Cuzco, fué por "tradición y confraternidad de origen y de sangre el más robusto sostén de la legitimidad" hasta la época de Atahualpa. Para Riva-Agüero la fuerza secreta e imponderable de la institución imperial incaica estuvo en la cohesión de esta aristocracia tradicional, étnica y hereditaria, a la que no cabe confundir con los Incas de privilegio, criados de la casa real elevados por sus méritos personales. Esa casta tradicional y no improvisada, constituida por los que vivían inmemorialmente en la parte del Cuzco y sus descendientes, fué "una aristocracia verdadera de sangre, gentilicia y fisiológica". Sobre la religión incaica Riva-Agüero trazó un magnífico cuadro, analizando la evolución y fusión de los conceptos religiosos y de los dioses locales tendiendo a la centralización y al monoteísmo, refutando a Garcilaso sobre la interpretación de Pachacamac como dios supremo, espiritual e invisible de los Incas, reconociendo en él un ídolo costeño e identificó a Viracocha como dios de la primitiva civilización quechua y al sol como la divinidad tutelar de los Incas. Con criterio objetivo, basándose en Cieza y en la mayoría de los cronistas, sostuvo la efectividad de los sacrificios humanos, aunque no en la proporción ni con el carácter de las sangrientas carnicerías de México.

En su primer libro Riva-Agüero trató de ser imparcial y sereno, pero influenciado subconscientemente por las tesis de la época de la Ilustración y el romanticismo, se inclinó del lado garcilasista y por el carácter idílico del Imperio. En realidad se trataba de un problema de interpretación de las fuentes primitivas de los cronistas. El propio Riva-Agüero lo expresa al decir: "Valera y Garcilaso

presentan el lado risueño y luminoso del gobierno de los Incas: las *Informaciones de Toledo*, el Padre Cobo y Pedro Pizarro el lado oscuro y disforme. Tan erróneo sería ver exclusivamente este último como lo fué atender al primero. Es menester unirlos hasta que se fundan en ese tono gris que es el de la verdad". Riva-Agüero negaba entonces científicamente el valor de las *Informaciones de Toledo*, publicadas fragmentariamente por Jiménez de la Espada en 1882 y desconocía la *Historia Indica de Sarmiento de Gamboa*, descubierta por Pietschmann en 1906 y a la que suponía erróneamente un simple eco de las *Informaciones* cuando se trata de cosa distinta y autónoma. Para Riva-Agüero las *Informaciones* eran amañadas y falsas, obtenidas por intimidación y tendían a achacar a los Incas todo género de tiranías y desmanes. "Son —dijo— el arsenal mejor provisto de acusaciones y detracciones contra los incas", y, como más tarde Tschudi, "propenden por reacción contra Garcilaso a rebajar y denigrar las instituciones y costumbres del Tahuantinsuyo". De ellas sólo podían extraerse algunas noticias sobre el orden de los reinados, la historia externa de algunos hechos y conquistas principales. En el resto eran yerro y falsedad. Erraban al pintar la behetría primitiva, al afirmar el repentino engrandecimiento de los Incas y al juzgar sus instituciones políticas y sus costumbres. Recapitulando su acusación rotunda, como todas las suyas, decía: "El crédito de dichas informaciones decrece hasta el extremo que no vacilamos en declarar que todo historiador imparcial y sagaz debe tenerlo por escasisimo y casi nulo".

De conformidad con esta valoración de las fuentes fué el juicio de Riva-Agüero sobre el Incario en 1910. Con criterio sagaz y ecléctico y apuntalando a Garcilaso con Cieza, Acosta y Santillán —y hasta con el testimonio balandrón de Mancio Sierra—, sostiene Riva-Agüero la indole mansa y benévola del Imperio, la conquista pacífica y

la sumisión voluntaria de las tribus, la "amicicia" de los incas que ganaban pueblos con dádivas y buenas palabras y, en general, el carácter incruento de las conquistas incaicas. Estas se realizaron, dice, "sin encontrar gran resistencia y sin dejar tras de sí inextinguibles odios". En este orden hubo en algunos casos resistencias latentes, estados sometidos con carácter semi-autónomo, mitimaes y provincias en situación de opresión y desigualdad. Pero, al mismo tiempo, acepta Riva-Agüero muchas de las notas desechadas por Garcilaso como impropias de la vida incaica, como las revoluciones y conjuras, los desórdenes, los vicios, las penas crueles, las matanzas, la dureza de los tributos y aun que en las guerras "los Incas se mostraron con frecuencia a fuer de déspotas, crueles y sanguinarios". Los Incas —dice Riva-Agüero— tuvieron las características de los primitivos estados despóticos y conquistadores, y su sistema "no estuvo exento de los depravadores defectos inseparables de todo despotismo, por más suave y benigno que sea". Su posición tiende a ser ecuánime, equidistante de ambos extremos.

Contemplando serenamente el panorama histórico Riva-Agüero reconoció, como Prescott, que el Imperio tuvo ventajas y defectos: "Fue un imperio despótico y comunista, pero tuvo las ventajas, las virtudes y los vicios propios de su constitución". Aseguró el orden, la disciplina y el bienestar de miles de hombres. Entre los imperios que recuerda la historia —los asiáticos, el imperio romano, las monarquías absolutas de la edad moderna— anhelosos de un "ideal de tranquilidad en la servidumbre", el de los Incas fue el que "más se acercó al ideal de orden, de disciplina y bienestar en la obediencia". El liberal que había en el Riva-Agüero juvenil de 1910 no podía aceptar, como Prescott, la negación de la libertad individual que implicó el régimen incaico. Con dignidad republicana escribe Riva-Agüero: "los que reputamos supremo valor moral y social el respeto a la personalidad y a la libertad del individuo, sostenemos

que aquél régimen deprimente hubo de ser de efectos desastrosos a la larga y que en mucha parte es responsable de los males que todavía afligen al moderno Perú". He aquí ya la interpretación particularista del historiador peruano, que se expansiona también para considerar un aspecto justificativo del régimen incaico, visto con ojos propios, desde dentro. Riva-Agüero considera que acaso el despotismo incaico, tan denostado, no fuera una forma característica del alma peruana, fruto de instituciones seculares en que se afirmara una sumisión voluntaria. "La docilidad y la ternura —dice— son las características de los indios del Perú". "Los súbditos vivían por lo general satisfechos con sus leyes y costumbres, sin desear nada mejor y el gobierno de los Incas era para los indios peruanos el más apropiado que se podía concebir". El despotismo paternal de los Incas —si cabe tal maridaje— era, para Riva-Agüero, "una encarnación de las naturales aspiraciones de la dócil raza quechua".

En el elogio de Garcilaso (1916) palpita la misma emoción tensa de admiración hacia el Incario. Riva-Agüero vituperaba a los historiadores fríos y mediocres, amontonadores de datos, y loa al Inca por haber escrito con alma de poeta, en una historia que puede errar en lo accesorio pero que, realzando las líneas capitales y dominantes de la cultura incaica, salva el espíritu y traduce con instinto adivinatorio el misterio esencial de su estirpe y de su raza. "Y es la entraña del sentimiento peruano, es el propio ritmo de la vida aborígen, ese aire de pastoral majestuosa que palpita en sus páginas y que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa resignada y melancólica que se diluye en las lágrimas".

En *El Perú histórico y artístico* (1921), dedicado a su stirpe montañesa, hace Riva-Agüero una magnífica interpretación de la vida y de la cultura incaica y sobre todo del alma quechua. Insiste en el descrédito y ningún valor de las Informaciones toledanas y aún de Sarmiento de Gamboa, cuya crónica considera como "simple resumen de ellas". De las Informaciones dice que estuvieron encaminados a rebatir a Las Casas y a justificar el suplicio de Túpac Amaru, que están colmadas de equivocaciones y patrañas, que fueron falseadas por el intérprete Gonzalo Jiménez y que son "recusables en grado sumo para todo lo tocante a la apreciación del régimen incaico". De paso, ataca a todos los negadores de la índole idílica del Imperio: Tschudi, Bandelier, el "atrabiliario jesuita" Padre Cappa y Lummis, "indiscreto apologista de Pizarro". En lo propiamente histórico insiste en la existencia de una raza protoquechua creadora de la civilización de Tiahuanaco y generadora de la incaica, en el quechuismo original de los Incas, en la transformación de la confederación o liga feudal en imperio despótico y en los privilegios de las tribus incaicas. El juicio final sobre el Imperio es, sin embargo, equilibrado y recto, como era su espíritu clásico y armonizador, cuando no le enervaban ataques desleales e insidiosos. Fundándose en el jesuita Acosta y olvidado de sus reparos liberales, Riva-Agüero declara su admiración por el régimen incaico, al que considera "notable y pródigo gobierno", no obstante su severidad en los castigos. El autoritario de espíritu que había en el fondo liberal de época que fue Riva-Agüero habla ya de la "necesidad política del rigor y del escarmiento", típico además del sistema colectivista incaico. "El socialismo —dice— y más aún el socialismo militar y conquistador como lo fue el de los Incas, exige la mayor energía autoritaria, el despotismo administrativo, minucioso e inexorable". Pero recobra su ritmo liberal para señalar los deletéreos efectos de ese régi-

men negativo de la libertad. El socialismo tuvo, para él resultados enervantes sobre las naciones del Imperio. Acostumbró al pueblo con tranquila indiferencia a cualquier yugo extraño, desarraigó toda iniciativa, "hizo de una de las razas mejor dotadas de la América indígena una tímida grey de esclavos taciturnos" y llevó al Imperio a la "similitud apática" de todas las sociedades de tipo análogo: chinos, egipcios, indostanos, persas, romanos, rusos. El aristócrata liberal salva, sin embargo, de esta decadencia a la casta noble incaica. Las virtudes viriles se refugiaron, según él, en la aristocracia política y guerrera y en la lucha final contra los españoles fue esa clase la única que resistió en el levantamiento de Manco Inca, en tanto que "los antiguos súbditos, sumidos en su automatismo y marasmo habituales, desoyeron las exhortaciones de rebeldía que salían de Vilcabamba".

En este mismo libro Riva-Agüero torna a caracterizar la índole de las instituciones sociales incaicas, de acuerdo en parte con los postulados de la sociología de su época. Afirma que los Incas no inventaron la comunidad de aldea, surgida de la agricultura, sino que fue una institución primordial y espontánea. En algunas provincias antes de los Incas se había llegado a formas de propiedad o de explotación agrícola particularizada. Los Incas impusieron, sin embargo, su inflexible colectivismo. Llevaron la socialización económica al más alto grado: absoluta proscripción de la propiedad individual, requisición para el trabajo rústico y militar, anual repartición de lotes, faenas comunes y turnos, graneros y almacenes públicos, asistencia a pobres y viudas, rigurosas leyes suntuarias, matrimonio obligatorio y omnipotencia del Estado. A este sistema rigidamente socialista —que tuvo sus buenas y malas cualidades— le sucedió "el desenfrenado y anárquico individualismo español".

En la síntesis sustanciosa y tersa de 1921 hay otro mérito cardinal y es su exaltación de los valores espirituales de la raza y la cultura quechua, el sugestivo análisis de la poesía y los mitos indios, su interpretación del Ollantay —que llevado de su entusiasmo retrae hasta el siglo XVIII, y, a la postre, a una leyenda prehispánica— y su interpretación de la arquitectura incaica: “manifestación de un pueblo grave, probo y triste que no aspiraba a deslumbrar con apariencias engañosas como el estilo yunga, sino a imponerse con la extraordinaria robustez de la planta y los materiales y la primorosa paciencia de la ejecución”. En estas admirables páginas de Riva-Agüero están acaso las más sutiles notas del historiador con alma de poeta que habían destellado en el elogio de Garcilaso cuando dice que en el arte indígena predominaron “la ternura sollozante y la ingenuidad pastoril” o cuando en el tono majestuoso y señorial que le era peculiar, dice con robusta elocuencia: “Esquiva y tradicional, esta raza, más que ninguna otra, posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Guardian misteriosa de tumbas, eterna plañidera entre sus recuerdos ciclópeos, su afición predilecta y su consuelo acerbo consisten en cantar las desventuras de su historia y las íntimas penas de su propio corazón. Todavía cerca de Jauja, en el baile popular de los Incas las indias que representan el coro de princesas (ñustas) entonan, inclinándose con exquisita piedad sobre Huáscar, el monarca vencido: “Enjuquémosle las lágrimas y para aliviar su aflicción llevémosle al campo, a que aspire la fragancia de las flores”.

Hasta 1921, poco más o menos, Riva-Agüero es en la historiografía peruana el iniciador y sostenedor de la corriente garcilasista y de los tópicos recogidos más tarde por el indigenismo romántico: mansedumbre de las conquistas incaicas, antiespañolismo, rechazo de la obra toledana, quechuismo del Incario.

En 1934 se anuncia el cambio de orientación que había de acentuarse en las lecciones de 1937, a base de la renovación y revisión de las fuentes. El hecho fundamental es la aparición de la *Historia Indica* de Sarmiento de Gamboa, cuya versión de la historia incaica, bárbara y grandiosa, tarda en ser aceptada en el Perú por Riva-Agüero, que es el árbitro de los estudios históricos. Al fin y al cabo se impone la visión heroica de los antiguos hayllis o cantos de triunfo recogidos por los cronistas toledanos. Las crónicas fundamentales de Sarmiento, de Cristóbal de Molina, de Cabello Balboa y de Cobo confirman la índole guerrera y viril del Imperio. La transformación del criterio de Riva-Agüero se esboza en un discurso con motivo de la conmemoración del IV centenario del Cuzco español, recogido en los *Opúsculos (II)*³. Riva-Agüero analiza, él mismo, las motivaciones de su entusiasmo garcilasista: "Cuando hacia 1906 —dice— comencé en la Universidad a interesarme por la investigación personal de los anales incarios, predominaban en nuestra pre-historia dos corrientes antagónicas. Era la una la aceptación rutinaria de las fábulas indígenas, el idilio de los Incas, que aún atestaba manuales y libros de texto y que aceptaba a ojos cerrados las aserciones del tardío recopilador Garcilaso, cuya utilidad y buena fe he defendido y defiendiendo, pero al que jamás he reputado el más fidedigno, seguro y completo analista del Tahuantinsuyo. En oposición a la manida y yerta posición tradicional, mantenida entonces por los herederos de Lorente, nos llegaba el eco rabioso del antigarcilasismo europeo, que extremaba el escepticismo y la hipercrítica contra las tradiciones incanas y que todo lo sacrificaba en aras del aymarismo..." y agrega: "Antes de 1906 no se conocía acá la *Historia Indica* de Sarmiento de

3 El discurso forma parte del T. VI de estas *Obras Completas*, en preparación, dedicado a los estudios de Riva-Agüero sobre la Conquista y el Virreinato. [N. del E.].

Gamboa, publicada en Alemania el mismo año, ni la del Padre Morúa, (sic) editada con mucha posterioridad". Es notoria, sobre todo su variación de criterio sobre la encuesta toledana, sobre la que dice, ahora, cosa sustancialmente distinta de la de 1910: "Las capitales informaciones recogidas por el Virrey Toledo no habían aparecido en su integridad y sólo podían leerse en el breve extracto que publicó Jiménez de la Espada". En realidad las Informaciones completas publicadas por Leviller dicen en el fondo lo mismo que el extracto de 1880. Es el criterio de Riva-Agüero el que ha variado, por la influencia decisiva de la poesía heroica guardada por las panacas principales. Riva-Agüero se va entregando pausada pero seguramente a la evidencia. Al referir los orígenes del Cuzco habla ya de las crueldades de Mama Ojlló contra las tribus vencidas, veladas por Garcilaso. Al describir el cuadro de las luchas primitivas dice: "Todos estos combates entre ayllus congéneres, cruentas invasiones de territorios e inmoliciones de víctimas humanas, nos alejan mucho de la idílica leyenda que deleitó a los peruanistas del siglo XVIII y predomina todavía en buena parte de los del XIX". Por el estilo son sus acotaciones en el prólogo al libro sobre el Imperio de Horacio H. Urteaga. En tono provocador de polémica presentista dice: "peca la tradición incaica por sus tendencias socialistas y despóticas cuyos deprimentes resultados analiza con tanta maestría el contemporáneo Baudin. Es la menos liberal y democrática de las dos, por más que duela a la mayoría de sus panegiristas: su ideal fue el orden, el método, la disciplina y la jerarquía".

La visión madura y final del Imperio la alcanza Riva-Agüero en el libro *Civilización Tradicional Peruana. Epoca Prehispánica* (1937), en el que el contenido de la crónica de Sarmiento de Gamboa se absorbe íntegramente en el relato de los hechos externos y en el que predomina ya la versión

de un Imperio rudo, belicoso y sangriento. El testimonio de Garcilaso ha ido perdiendo autoridad en su ánimo para lo que se refiere a la índole pacífica del colosal imperio andino. La realidad, dice ahora, aparece en Garcilaso "idealizada y edulcorada". Con mucho más sentido histórico que en su juventud, escribe ahora: "Hay que acudir a los analistas primitivos para hallar los rasgos de significativa barbarie y las tintas de color local y época auténticas. Los chancas llevaban como paladión en la campaña los cadáveres embalsamados de sus antiguos caudillos..." La reacción contra la tesis garcilasista es completa. Queda estereotipada en este pasaje, tan diverso del juicio de 1910 y del Elogio de 1916: "Muy dudosa e intercadente resulta en la historia efectiva esa clemencia y mansedumbre incaica, manido lugar común y engañoso artículo de fe en el cuadro convencional de nuestro pasado. El colorido, más todavía que los hechos concretos, es falso en los Comentarios Reales, que parecen, por su almibarada monotonía, no relatos de época bárbara, sino vidas legendarias y monásticas de santos. Garcilaso diluye en plata y azul lo que en las demás fuentes brilla con fulgor sombrío y rutilante de rojo y oro. Por su violenta crueldad, Pachacutec se hermana con los déspotas orientales, con los monarcas asirios. Exterminaba, desollaba a los enemigos rebeldes. Sus cárceles pobradas de fieras y víboras, el pueblo las llamaba la Sancahuasi y la Llaxahuasi, la caverna y la pavorosa".

Riva-Agüero acepta ya en este libro último y definitivo la índole sangrienta y dominadora del Imperio conquistador. La pintura de los tiempos primitivos del Incaico es ruda y bárbara. Pero la violencia se continúa bajo los grandes Incas y capitanes de la expansión incaica. Inca Yupanqui en su reacción contra los Chancas "degolló a los principales, hizo clavar sus cabezas en las picas, a otros ahorcó o quemó, a otros empaló y desolló vivos, y reservó los cráneos para usarlos como vasos en sus banquetes..."

"Todo esto es, —dice— de una atrocidad oriental asiria". En el mismo tono habla de las represalias ejercidas en la conquista del valle del Huarco o en la "terrible sublevación de los Collas". De retorno de Chile, Pachacutec castiga a los rebeldes que son desollados y de sus pieles se hacen tambores. El reinado de Túpac Yupanqui deja "una herencia de agravios y rencores", en contradicción con su afirmación anterior de que no dejaron tras de sí inextinguibles odios. De Huayna Cápac dice que hizo degollar con espantosa crueldad más de veinte mil hombres en las orillas de Yahuarcocha. El jefe Pintuy (caña brava) fue desollado y "de su piel hicieron un tambor, enviado al Cuzco como trofeo". La crueldad continúa y se exagera en la guerra civil de Huáscar y Atahualpa, quien ordenaba sacar los ojos a los enemigos, asolaba ciudades, pasó a cuchillo a 60,000 personas, mandó saquear el Cuzco, abrir los vientres a las mujeres, ajusticiar en estacas a los miembros de la nobleza adicta a Huáscar y a aquél horadar los hombros para pasarle unas sogas, y que levantó en su paso de conquistador "piramides horrendas como un conquistador asiático". Atahualpa fue, según Riva-Agüero, el culpable de que el Perú no se defendiera ante los conquistadores españoles, "infundiendo el respeto que es prenda de unión fecunda y gloriosa".

La égloga del Imperio se desvanece por completo, pero al mismo tiempo Riva-Agüero acepta que esta exacerbación de la crueldad y ruptura de la unidad incaica se debiera a un comienzo de decadencia moral. En 1934, en un ensayo publicado en la Revista de la Universidad Católica titulado La caída del Imperio incaico insinué la explicación de que esa debilidad proviniera del debilitamiento de las virtudes de la nobleza incaica, la que por primera vez se abstuvo de combatir a los Cayambis y había perdido en parte sus costumbres ascéticas y viriles. Riva-Agüero aceptó esta tesis en sus clases, aunque la discuta en parte en su texto y

sostenga que la depravación cortesana se inicia en la época de Pachacutec. "El receloso despotismo, dice, la poligamia, la vida de serrallo, producía sin cesar tragedias domésticas". Con su acostumbrada tendencia analógica compara el cuadro de los últimos Incas con el de los antiguos persas, a los que se parecen "en la teocracia solar y despótica, en el incesto dinástico obligatorio y los crímenes del serallo que producen la rápida decadencia de la monarquía".

En estas descripciones está presente el influjo de la historia de Sarmiento y de las antes repudiadas Informaciones, cuya autoridad no cabe aceptar en alguna manera en su integridad, como instrumento político que fueron de la política imperial de Toledo. Las Informaciones, son, como los hayllis incaicos, la versión oficial del bando dominador en la que hay que descartar la deformación interesada y hallar los hechos reales indiscutidos.

Riva-Agüero permanece sin embargo fiel a Garcilaso en algunos puntos ya insostenibles después de la aceptación de las guerras y revueltas intestinas de que hablan Cieza y Sarmiento. Su obstinación erudita se manifiesta principalmente en la insistencia en la tesis de que el Imperio se formó lentamente desde los primeros Incas, por expansión gradual y no por una rápida propagación, y también en el mantenimiento de la afirmación garcilasista de que el vencedor de los Chancas fue Viracocha, y no Pachacutec como lo sostiene ahora con firme documentación María Rostworowski de Diez Canseco. En veces restalla también su antigua enemiga contra Sarmiento, al que, no obstante haber incorporado sus épicos trozos a su historia, llama "acérrimo detractor del imperio incaico". Y contra las Informaciones descarga aún su habitual expolio, diciendo que no cabe admitir "sin riguroso examen las tendenciosas declaraciones debidas a la pusilanímidad y el servilismo habitual en los indios". Si es fundada la desconfianza de

Riva-Agüero para las Informaciones toledanas desde el punto de vista político del Imperio, no resulta muy adecuada la confianza que deposita a menudo en lo que se refiere a la historia externa de los Incas en algunas fuentes dudosas y tardías: en las Informaciones llamadas de Vaca de Castro, a las que presta excepcional validez, cuando son eco inseguro de unas hipotéticas declaraciones que hasta ahora no han aparecido, y en tres cronistas que escribieron en el siglo XVII, casi después de un siglo de la caída del Incario —Gutiérrez de Santa Clara, Anello Oliva y Huaman Poma— que coinciden con frecuencia reveladora y son una sola fuente insegura e insuficiente para rebatir el testimonio tan sólido y directo de Cieza o de Sarmiento.

Una última variación interesante se produce en el ánimo de Riva-Agüero con relación a las calidades anímicas de los habitantes de Costa y Sierra, que han agudizado algunos complejos provinciales. En 1910 Riva-Agüero comulgaba en el desdén de los Incas y de los cronistas españoles primitivos por los yungas ruines, sucios y despreciables. "El Imperio Incaico —dice— coincidió con el debilitamiento y degeneración de las razas del litoral". Los Incas, agrega, los mantuvieron en pie de dependencia y desigualdad. En 1921 coopera todavía con la leyenda de la endebles intelectual y moral de los costeños, cuando dice que las civilizaciones primitivas Nazca, Ica y Trujillo que perfilan una cultura autónoma y brillante, eran "adelantadas y opulentas, pero muelles". Pero en su *Civilización Tradicional Peruana* (1937), al estudiar la influencia del clima sobre el hombre y la reacción vencedora de éste sobre el medio físico, declara que la influencia deprimente que se atribuye al clima costeño sobre el hombre es "menos enervante de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y pernicioso, detestable por cursi y malévol". La costa, dice recuperando su ecuanimidad, desde los primeros tiempos tuvo "papel importantísimo de iniciativa e innovación".

Refiriéndose a la Sierra anota su tristeza y desolación y comenta: "La altura andina predispone el ánimo a la frialdad, la lentitud y la melancólica resignación". El antiguo garcilasista, el pugnaz polemista contra González de la Rosa y Uhle, se ha compenetrado insensiblemente de algunas de las necesarias verdades de los adversarios.

Entre sus más altas cualidades para el desempeño de su función de historiador, tuvo Riva-Agüero la de su inmensa capacidad receptiva, su inagotable curiosidad y erudición, el humanismo ingénito de su inteligencia que se interesaba por todos los aspectos de la historia universal y no sólo la peruana, sobrepasando las recortadas visiones de campanario y que hicieron de él un verdadero maestro de historia comparada. Riva-Agüero es, en su época, el más documentado de nuestros historiadores sobre formas sociológicas y culturales y lo que enaltece y distingue su obra son las analogías y comparaciones que hace de las instituciones y evolución del pueblo incaico con las de otros pueblos primitivos, como los caldeos, los egipcios, los romanos, los chinos o los demás pueblos de América, con pleno dominio de las fuentes más saneadas y de los últimos hallazgos y comprobaciones. Con el Egipto halló la analogía del territorio que determina el tipo de una civilización de oasis, la preocupación de ultratumba, los procedimientos de momificación, el hieratismo en el arte y el recuerdo de las maldiciones populares por los padecimientos que significaron las grandes obras públicas. Compara también el Incario con los pueblos babilonio y asirio y con la confederación azteca. Considera el régimen Inca como un despotismo teocrático semejante al de China y Egipto, rodeado de una nobleza militar y feudal. El paralelo entre el Imperio del Sol Celeste y el del Sol Andino, iniciado por Prescott y ahondado por Riva-Agüero, es una obra maestra de historia comparada. Con él pone de relieve, aparte de los rasgos señalados por Prescott —abso-

luta obediencia, carácter terco y suave, respeto de usos y formas tradicionales, destreza y prolijidad, predominio de la paciencia sobre la imaginación, falta de audacia— otras notas anímicas y coincidencias históricas: primitivas escritura de nudos, Huang-tí y su mujer, pareja civilizadora como Manco Cápac y Mama Ocllo, máximas y discursos de los emperadores, pájaro mitológico fung-huang semejante al coraquenque, gran muralla y gran canal, ceremonias agrícolas presididas por el Emperador hijo del Cielo en la China y del Sol en el Perú. Coinciden sobre todo ambos pueblos en la tendencia hacia la reglamentación minuciosa y patriarcal y el manso despotismo, en que “la corrupción y la crueldad no borran el sello paternal y bondadoso de las leyes” (1910). El Incario fue, para Riva-Agüero, una China joven que la conquista española detuvo y destruyó en los primeros grados de evolución (1910). “Conocer—dijo alguna vez, resumiendo su técnica histórica— es en el fondo comparar”.

Además de exaltar los valores poéticos de Garcilaso o de la poesía indígena y la tendencia sincrética de la historia peruana, Riva-Agüero rechazó también orgullosamente el determinismo y el materialismo históricos y, particularmente, la tendencia a deshumanizar o colectivizar la historia. Reinvidicó la existencia personal de Manco Cápac y declaró “que es mala filosofía histórica, arbitraria y pernicioso, la de suprimir por capricho o alarde de ingenio la intervención constante de los hombres en los acontecimientos mayores, la de imaginar que los pueblos se mueven sin caudillos y por sí solos, que las ciudades se fundan por instinto ciego de muchedumbre como los panales de las abejas o las cabañas de los castores... no hay que deterrar de la historia la individualidad, la voluntad y la reflexión, porque es apagar toda luz y rendirse a la ignorancia y al acaso”.

En el fondo del espíritu de Riva-Agüero lucharon el liberal y el autoritario del siglo XIX. En su primera etapa predominó el liberal cuando condenaba el Imperio Incaico porque no había respetado el supremo valor moral de la libertad individual y le hacía responsable de los hábitos de servidumbre y de los males que actualmente afligen al Perú. Pero, en su última época, se sobrepuso el antiguo absolutista que latía en el fondo atávico de su estirpe española y reclamaba como mérito del antiguo Imperio indígena el haber hecho prevalecer desde sus más remotos orígenes, "la jerarquía, la subordinación forzosa y clarísima propensión a la autocracia". Fundió, así, íntimamente en su espíritu, el legado quechua y el español, aunque como excelso representativo que era de la cultura occidental no pudo dejar de afirmar —como lo dijo en su discurso de 1934, en el Centenario de la fundación del Cuzco, probablemente recordando a Bartolomé Herrera— que aquel acto "era la iniciación solemne del Perú cristiano y europeizado, que es el nuestro, el presente, el definitivo".

Pero el Imperio incaico realizó una obra civilizadora benéfica para el hombre y la cultura americana. "Fue un régimen de madurez, una gerontocracia en que predominaban la experiencia y el tino". Conducido por los orejones, que fueron la armadura y el nervio de la potencia incaica, terminó con las luchas intestinas, disminuyendo los sacrificios humanos, construyendo caminos, canales y edificios, difundiendo altos principios éticos y despertando en sus súbditos la orgullosa conciencia de integrar una sociedad ejemplar entre las hordas salvajes.

Como en el campo de la historia incaica e hispánica, fue también decisivo el influjo de José de la Riva-Agüero en la orientación de los estudios de historia republicana, no obstante de que no escribió una obra particular sobre este período. Riva-Agüero contribuyó fundamentalmente a la exégesis de la evolución republicana con su obra Carác-

ter de la Literatura del Perú Independiente, primer balance de nuestra cultura original y autónoma, con su crítica a la obra de Paz Soldán en *La Historia en el Perú*, en la que trazó pautas definitivas al reivindicar a las figuras de la revolución peruana, reaccionar contra el procerismo extranjero imperante y reivindicar la trascendencia y visión del empeño de Santa Cruz al forjar la Confederación Perú-boliviana, restauración de un gran Perú, con sus ensayos sobre diplomacia y política republicanas publicados en la *Revista de América* o en el *Mercurio Peruano*, rebatiendo a Bulnes o a Alberto Gutiérrez sobre la guerra con Chile o en su reservado folleto *El problema diplomático del Sur. Relaciones con Chile y Bolivia* (Chorrillos, 1932) en el que aboga por la alianza diplomática con Chile o la unión de los tres países por tratados de comercio, de statu-quo y garantía territorial y hasta una unión aduanera, política circunstancial dictada por la amenaza bélica de Bolivia en 1926, y en algunos de sus Opúsculos, principalmente en el dedicado a don Manuel Pardo.

Hubo en Riva-Agüero, de acuerdo con las tendencias de su época de auge de la Sociología, una tendencia a derivar hacia el enfoque sociológico de la realidad peruana y al análisis de las leyes que han presidido el desarrollo político y social del Perú, lo que se patentiza en sus tres obras sobre literatura, historia y paisaje del Perú republicano. En el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (1905), Riva-Agüero, como Prado y García Calderón, se mueve dentro de los conceptos familiares entonces de "razas", de "superioridades e inferioridades étnicas", de influencias e "imitaciones" extranjeras y de "peligros" imperialistas. García Calderón había señalado la necesidad de europeizar nuestra cultura bajo el preponderante influjo latino y había denunciado "el peligro japonés" (*Las democracias Latinas*). Riva-Agüero preconizaba en 1905, ante la falta de cohesión étnica, escaso desarrollo social y económico y

falta de un ideal colectivo, la necesidad de la imitación. Diez años más tarde, insistiría sobre el tema en la Biblioteca Internacional de Obras Famosas con su estudio *Influencias imitativas en la moderna literatura peruana* (19147). El Perú necesitaba, según Riva-Agüero, romper con los ideales políticos, filosóficos y religiosos de la vieja España y europeizarse en todo menos en el idioma y el respeto a los clásicos literarios. "Amplíemos el círculo de nuestras imitaciones —escribía— y multipliquemos el número de nuestros modelos". Al analizar las posibilidades perdidas y las futuras de nuestra historia, esboza, dentro de la tónica de Prada, un análisis de los defectos nacionales. El carácter peruano se definía por su "versatilidad, frivolidad burlona, atolondramiento, irreflexión, vanidad", "por la costumbre de esperar lo todo del Estado, la plétora de las profesiones liberales, la empleomanía, la centralización asfixiante, el desprecio de la tradición, repudio del derecho histórico, inestabilidad en el gobierno". Desde entonces lucharon en Riva-Agüero el liberal y el hombre de casta y, a pesar de su radicalismo de escuela, su condenación del catolicismo como pasadismo y fanatismo, reclamaba, ya en un anhelo de equilibrio, el mantenimiento de un elemento tradicional, el que buscaba en el "carácter honrado y viril del pueblo español". La tradición española —decía— es la única tradición que nos queda", y, tras de denunciar sus defectos, hallaba en ella "reservas de energía y virilidad" contra el peligro de la absorción económica de otros pueblos. Su baluarte de nacionalismo era el mantenimiento de la lengua castellana.

En *La Historia en el Perú* (1910) Riva-Agüero, todavía dentro de su posición de época liberal y anticlerical, reacciona ya contra el cerrado antiespañolismo del siglo XIX y declara que "la nacionalidad tiene orígenes más profundos y remotos que la declaración de la independencia". Revisando el criterio con que se había juzgado la obra colonizadora

española, asienta que es necesario "comprender y sentir en él cómo la sangre, las leyes y las instituciones de España, trajeron la civilización europea a este suelo y crearon y modelaron lo esencial del Perú moderno" (pág. 549).

En sus *Paisajes Peruanos* (1912)⁴ Riva-Agüero reanuda sus meditaciones sociológicas sobre el Perú. A través de la magnífica descripción del Perú que ese libro contiene Riva-Agüero expansiona su espíritu ante la tierra impregnada de historia y renueva su pensamiento sobre la evolución del Perú. La visión de la sierra, del hombre y del paisaje andino restablecen el equilibrio de su interpretación del Perú. Considera que hubo "excesiva hispanofilia" en sus reflexiones juveniles y se arrepiente de su "tendencia europeizante de criollo costero". Destacan en sus reflexiones históricas su juicio sobre la Independencia, en el campo de Ayacucho, sus notas sobre Gamarra y la Confederación, sus apreciaciones sobre los valores de Costa y Sierra y su espléndida caracterización del alma quechua. Es la hora radiante de la valorización certera y luminosa del Perú andino —que él es el primero en hacer en esta etapa de nuestra cultura—, variando el ángulo de las preocupaciones extranjerizantes e imitativas que habían sido la consigna recibida en su juventud y orientando la historia y la sociología nacional hacia el conocimiento de nosotros mismos. Riva-Agüero considera desde entonces al Perú como "un país de sincretismo y de síntesis" cuya expresión auténtica es el mestizaje. Fue un error —dice al volver de la sierra—, "el considerar el antiguo régimen español como la antítesis y la negación del Perú" y proscribir "los tres siglos" de la Colonia de nuestra formación espiritual. España consideró

4 Riva-Agüero realizó su viaje a la Sierra del Perú y Bolivia en 1912, y de entonces debe ser la redacción inicial de *Paisajes Peruanos*, revisada los años 1916 y 1917, que sólo se fueron publicando, por capítulos, a partir de 1916. Raúl Porras escribió estas páginas al mismo tiempo que redactaba su extenso y valioso *Estudio Preliminar* a la primera edición completa de *Paisajes Peruanos* (Lima, 1955). [N. del E.].

al Perú dentro de una minoridad filial privilegiada y "mantuvo nuestra primacía histórica en la América del Sur". Pero el Perú no es única y exclusivamente español, como afirmara el obispo Herrera. "El Perú —dice Riva-Agüero— es obra de los Incas tanto o más que de los conquistadores". "El Perú moderno vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico, el segundo aunque subalterno en ideas, instituciones y lengua es el primordial en sangre, instinto y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de nuestro pasado". Así se coordinan en el pensamiento de Riva-Agüero generalmente tildado de hispanista acérrimo, nuestras dos herencias esenciales y recobra por obra suya, su valor primordial el mensaje de la cultura y de la sangre del antiguo Perú —toda la corriente moderna del indigenismo peruano— que él fue el primero en proclamar y restaurar, reaccionando contra prejuicios étnicos y psicológicos, nacionales y extranjeros, largo tiempo estratificados.

RAUL PORRAS BARRENECHEA.

I

INFLUENCIA DE LAS INSTITUCIONES INCAICAS
EN LA CIVILIZACION DEL PERU

Ejercicio universitario redactado por Riva-Agüero para el Curso de Historia Crítica del Perú, que dictaba D. Carlos Wiese en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. El manuscrito, fechado el "Domingo 5 de octubre de 1902" y firmado por el autor, hasta ahora inédito, se conserva en el Archivo Central Domingo Angulo de la Universidad de San Marcos, S. J. Est. XIII, Sección de la Facultad de Letras, T. 22 de Composiciones (1901 - 1906), pp. (269) - 274. La copia y cotejo del manuscrito se ha realizado con la colaboración del Director de este Archivo, Dr. Carlos Daniel Valcárcel.

Se trata del ejercicio de un alumno del segundo año de la Facultad de Letras, seguramente producto de lecturas iniciales (Prescott, Cieza), en exceso esquemático y categórico, muy distante de la notable madurez juvenil que revelará tres años más tarde en su primera tesis de 1905, pero que, sin embargo, contiene su primer juicio sobre el Incaico y sobre el llamado "problema del indio" y es útil, por tanto, para el mejor conocimiento de todo el proceso de su pensamiento frente a estos temas.

AL estudiar la civilización de un país, al pretender apreciarla, lo que más importa conocer son sus instituciones. La razón es obvia: las instituciones expresan y crean la civilización. La expresan al producirse, al nacer, porque revelan las necesidades de la nación que las forma; la crean, porque, una vez establecidas, influyen poderosísimamente, no sólo en la sociedad, sino en los sentimientos íntimos, en las ideas y costumbres individuales, ya que es sabido que hay una acción y una reacción constante entre lo interior y lo exterior, entre el individuo y la sociedad. De tal manera que todo hecho social tiende a modelar a semejanza suya al individuo y que todo hecho individual tiende a traducirse en hecho social. Y las instituciones son los hechos sociales mas importantes y permanentes.

En el antiguo Perú, en el imperio incásico, el carácter de ellas consistía: *en la teocracia despótica, en el socialismo, en la inmovilidad y en la total sumisión e ignorancia del indio.*

El Inca era Dios. Ante él desaparecían todos los derechos, todas las libertades de los súbditos, porque el hombre desaparece ante la divinidad. Su persona y la de sus representantes eran sagradas; la transgresión de sus mandatos constituía un sacrificio. Ofrecía estas dos ventajas: En primer lugar dignificaba y engrandecía la obediencia. No es servil ni indigno obedecer a Dios. Daba, pues, legitimidad al poder; y al ascendiente de la fuerza bruta, propio del salvajismo y la barbarie reemplazaba la sumisión fanática, pero no irracional ni cobarde. En segundo lugar, aseguraba hasta cierto punto la felicidad de los súbditos, porque no encontrando el Inca ninguna resistencia, viéndose adorado y contando por rebaño suyo la nación entera, tenía que dedicarse a labrar su prosperidad, del mismo modo que el dueño de un animal cariñoso y sumiso. Pero por otra parte ofrecía gravísimos inconvenientes. Destruyó la personalidad del indio; le acostumbró a obedecer ciegamente; fió su felicidad y sus intereses más queridos al capricho del Inca, al azar de la herencia dinástica; comprimió su inteligencia; aniquiló su voluntad; realizó — tanto más seguramente cuanto que le daba el prestigio de lo divino y permitía dominar hasta en lo más recóndito de la conciencia — el ideal de todo absolutismo: la substitución del individuo activo y libre por una máquina útil; con lo que se minaba la estabilidad del Imperio, porque el día en que faltaba el único principio cohesivo, el único impulso rector ¿qué podía esperarse sino la disolución y la inercia?

La Sociedad lo era todo. El individuo se sacrificaba en aras de ella. La propiedad era colectiva; el matrimonio impuesto por el Gobierno. En fin, el objeto del indio no consistía en su bienestar, sino en el social. No puede menos de admirarnos que en un estado de civilización tan incipiente y con tan pocos auxilios haya podido alzarse el hombre hasta la sublime idea de confraternidad y colo-

car la utilidad de cada uno en la de todos; pero la realización de semejante idea, fructuosa solo en una sociedad de ángeles o santos, hubo de encontrar en el Perú obstáculos morales que la hicieron en alto grado maléfica. En la inmensa mayoría de los hombres, el egoísmo es la causa de la actividad y del progreso. Suprimiéndolo, para que la actividad continúe hay que echar mano de la fuerza, hay que ser despótico— como sucedió en el Perú—; y la solidaridad espontánea que es el mas noble uso que se puede hacer de la libertad, se convierte cuando es forzosa en la más terrible servidumbre. Y en la servidumbre, aquellos mismos sentimientos sociales que se ha procurado robustecer, se van debilitando hasta casi extinguirse; y para conservar la sociedad no resta otro lazo que la imposición, la violencia. Eso precisamente sucedió en el Perú incásico. No podía haber afectos conyugales muy comunes donde la elección en el matrimonio era asunto del Estado, ni patriotismo é interés por los negocios públicos donde la nación no tenía ingerencia en la marcha del gobierno. La moralidad impuesta y no libremente practicada, podía ser excelente en su parte negativa y pasiva: en evitar el crimen y cumplir la ley por temor al castigo; pero tuvo que ser nula en su parte positiva, en realizar más de lo prescrito, en el heroísmo, en las grandes virtudes, en la generosa altivez, en el fecundo orgullo. El trabajo no fue diligente sino porque era obligatorio; y los inventos industriales y científicos no pudieron nacer donde faltaban el poderoso estímulo de la propiedad privada, y toda libertad del pensamiento.

Consecuencia rigurosa del despotismo teocrático y del socialismo, fue la inmovilidad, el estancamiento. La libertad es el principio activo: ahogado todo germen de variedad y vida estaba muerto. El Perú funcionó automáticamente, repitiendo siempre los mismos actos, sin introducir ninguna mejora, mientras que en Europa una civilización, quizá

menos armónica, pero progresiva, incesantemente adelantaba hasta que por plétora de fuerzas, rebasó de su Continente y envió a sus hijos hacia América, a someter la raza que no supo avanzar.

Otra consecuencia fatal del despotismo teocrático fue la servil sumisión del indio y su completa ignorancia. Los escasos conocimientos literarios, religiosos y políticos estaban reservados a la nobleza, y aun en ella, por falta de libertad de inteligencia, se hizo tan poco en Ciencias y Filosofía que si a esto nos atuviéramos, tendríamos que considerar a la civilización incásica como bárbara. Los adelantos solo fueron notables en las industrias; principalmente, en la agricultura, muy superior a la europea de entonces.

Fácil es explicarse la destrucción del Imperio cuando se conocen los efectos que sus instituciones produjeron. El despotismo, el socialismo, la inmovilidad y la ignorancia sistemática nos revelan por qué cayó tan repentinamente y por qué imprimió en sus súbditos ese sello de debilidad moral, de soñolienta pereza, que agravada por la esclavitud del Coloniaje, los hace hoy rémoras de todo progreso.

Pero, no porque se reconozcan y se palpen sus desastrosos efectos, hemos de condenar a carga cerrada la civilización Incásica; no porque no asintamos con la escuela absolutista y socialista que el ideal humano es el orden, hemos de admitir con la progresista que donde no hay libertad, no hay nada. Las conclusiones generales, terminantes, son muy peligrosas porque rara vez resultan verdaderas. Si Prescott nos presenta el lado malo del Perú incásico, en cambio Cieza de León, Carli y Mancio Sierra de Leguizamo, en su célebre testamento, nos muestra el bueno; y aunque mucho haya que rebajar de lo que el remordimiento le inspiró a un moribundo o de lo que la magia de las cosas pasadas o propósitos políticos le dictaron a los demás, siempre queda lo suficiente para que el juicio se coloque en un justo medio entre las calurosas detracciones de los unos

y los no menos calurosas apologías de los otros. Si el socialismo despótico de los Incas produjo males que todavía nos aquejan, produjo también ventajas, alguna de ellas perennes. Formó una población dulce, obedientísima, y si sus cualidades se malearon y su dulzura se hizo debilidad y su obediencia se trocó en abyección, no hay que achacar a los Incas la culpa directa; propagó el bienestar material hasta un punto verdaderamente increíble, no comparable con el de Europa en ese tiempo, y, en cuanto a generalidad y difusión ni en el presente; puso en la Sociedad orden y paz perfectas; que creó por esfuerzo propio, lejos del contacto de toda obra cultural que pudiera servirle de modelo, una civilización relativamente muy adelantada y que si se perdió, fue ¡cosa extraña en América! por exceso y refinamiento de organización social; realizó en el más alto grado el principio de solidaridad; y por último, —y de éstos aprovechamos— estableció la nacionalidad peruana, unificando a las diversas tribus.

En la Historia hay dos factores: uno individual que requiere a la libertad; otro social que solicita al orden. Ambos son respectivamente como el fondo y la forma de la civilización. Cuando ésta es perfecta— lo que es rarísimo— se equilibran; pero casi siempre uno prevalece sobre otro. En el Perú indígena dominó el *orden*, y aun cuando deploramos los daños que engendró y que hasta hoy subsisten, no podemos dejar de reconocer que es propio de lo humano que los bienes vayan mezclados con los defectos, y que los Incas, dados su condición y sus medios, hicieron bastante.

II

SOBRE EL MONUMENTO A MANCO CAPAC

Artículo publicado en la revista Variedades de Lima, 1 de diciembre de 1917, N° 509, pp. 1235 - 1238. Se reprodujo en El Comercio del Cuzco, el 14 de diciembre de 1917, p. 1, y en La Verdad de Sicuani, el 15 y el 22 de diciembre del mismo año, pp. 1 y 2.

MI amigo Leoncio Alvarez, presidente de la Asociación Universitaria Cuzqueña, me pide que publique en Lima mi parecer sobre el sitio que ha de ocupar en el Cuzco la estatua de Manco Cápac. Aunque ya no son muy recientes mis recuerdos sobre la metrópoli incaica, y es fácil que por lo mismo no aprecie bien distancias y perspectivas, procuraré en este artículo fundar la opinión que emití en privado, y satisfacer así la lisonjera consulta de mis amigos cuzqueños.

Para colocar el monumento en la Plaza Mayor, hallo en primer término un inconveniente grave: la gran extensión de ésta. Una estatua de mediano tamaño quedaría muy desairada en espacio tan anchuroso y ante las moles de la Catedral y la Compañía; y como ha de ser indispensable estatua de bronce, único material adecuado para representar al soberano indio, dudo que los fondos disponibles sean bastantes para la altura y proporciones que la ubicación de la Plaza requeriría. Pero hay otro argumento esen-

cial en contra: esa plaza, lugar venerable entre todos los de la tierra peruana, está hoy desfiguradísima, desnaturalizada en extremo con el plebeyo jardín municipal y las obras de renovación hechas en los años últimos. Mi amor por las tradiciones y el ambiente histórico me obligaron ya a decirlo en el primer capítulo de mis sensaciones de viaje; y sería irracional que se resintieran mis amigos del Cuzco a causa de palabras que me dictan mi celo y devoción por lo que es patrimonio del Perú entero. Si en Lima la pobre Plaza de Armas ha perdido el carácter interesante de nuestro peculiar criollismo (¡y habría sido tan fácil conservárselo, manteniendo uniforme el tipo arquitectural de barandas arcaicas y balcones semiarábigos, y realzarlo en el centro con piletas y jarrones churriguerescos!); si la plaza mayor de nuestra capital costeña puede ahora confundirse con cualquiera cursi plazuela moderna hispanoamericana, desde Cuba a la Argentina; en el Cuzco se ha hecho algo peor, porque es profanación de un paraje más ilustre: en el corazón de la ciudad vetusta y trágica, que conmueve poderosamente a todo peruano culto; en el majestuoso escenario donde vagan todavía augustas memorias del Imperio y la Conquista, hay un parqucito vulgarísimo, digno de la provincia más anónima; y hay, si no me engaño, bancos de madera, piso de cemento y en el atrio de la Catedral modestos mosaicos del país. Es una incongruencia que clama al cielo. Entre estos adornos de tan burguesa edilidad, el legendario Manco Cápac quedaría muy mal instalado. ¿Habrán en la actualidad dinero suficiente para hacerle un marco digno, reparando tales desaguizados? Si lo hay, mis objeciones desaparecen; pero si no, evitémosle por piedad al héroe epónimo ese ruin acompañamiento; y que su instalación no sirva de nuevo motivo para que nos resignemos a aceptar aquel tan mezquino arreglo, que afea escandolosa y sacrílegamente el más noble recinto del Perú. Sólo por evidentes razones higiénicas no me atrevo a sostener que

mejor estaba con el mercado ó *Ccatu* antiguo; pero desde el mero punto de vista artístico, entre el atraso genuino y rudo, y la mejora prosaica, adocenada y ramplona, prefiero decididamente el atraso, que siquiera es pintoresco.

Si los tiempos siguen mejorando, como parece, habrá que invertir dentro de algunos años apreciables sumas en la indispensable restauración de nuestra única ciudad, verdaderamente histórica; y componer entonces ante todo la Plaza Mayor. Cuadrarían en ella como pavimento grandes losas de granito, propias de su severo pasado, é intercalados de grama o césped, sombreados por árboles de la región, como aquellos frondosos y gigantes *pisonayes*, de que ví tan bellos ejemplares en Calca; varias fuentes de bronce, de estilo barroco, que armonizaran con las fachadas de los templos y suavizaran la solemnidad del ámbito con la viva hermosura de las aguas; y en las gradas de la Catedral, una balaustrada, como las que existen en los semejantes edificios españoles del Santuario de Loyola, del monasterio del Escorial (lado del Estanque) y junto a las bóvedas del Sagrario de Méjico; obras todas de gusto análogo y época próxima a la iglesia episcopal cuzqueña. También sería menester reparar los portales conservando siempre la tan simpática fisonomía de su arcadas, de blancura morisca; y componer fielmente los curiosos balcones, reponiendo las típicas celosías de rejillas. Y cuando todo esto se haga y la Plaza Mayor recobre con ello la dignidad histórica que le compete, los espacios libres entre sus fuentes y árboles deberían en mi opinión reservarse para las estatuas de los dos Túpac Amaru, que en aquel propio sitio murieron; o para un grupo que representara las principales ciudades del Perú reunidas en torno de su madre, la ciudad del Cuzco; o en fin, para las imágenes de los grandes emperadores auténticos: Inca Rocca, Huiracocha, Pachacútec y Huayna Cápac, cuyos palacios la tradición señala en el contorno de la misma plaza. Entre tanto no

haya posibilidad económica de realizar todas esas legítimas fantasías, necesario estímulo del patriotismo, prescindamos de la Plaza Mayor, hoy tan bastardeada; que no faltan sitios aun más apropiados para acomodar decorosamente la estatua de Manco.

El ideal sería la ceja del Sacsayhuaman que mira a la ciudad y en la que están las tres cruces. En teoría es sin duda lo más airoso y de mayor realce. El fundador dominaría su capital sobre la ladera en que se establecieron sus tribus, desde el cerro de la antiquísima fortaleza a cuyo amparo creció el Imperio. Pero aumenta la dificultad material que en primer término indiqué para la Plaza. En esa eminencia, la estatua, para que no fuera insignificante y risible, debería ser un coloso de bronce, de altura de más de quince varas, que creo que es la de la actual cruz de enmedio. De otro modo el efecto será paupérrimo, tan frustrado como el de la Virgen del Morro en Chorrillos, o el de la Cruz votiva que se erigió hace años en la cima de nuestra cerro de San Cristóbal, el cual me parece que tiene aproximadamente sobre Lima la misma altura que el Sacsayhuamán sobre el Cuzco. Y como supongo que allá quieran hacer algo mejor, y que no les satisfará para consuelo el precedente del o ocurrido en Lima, volverán a tropezar con la deficiencia de dinero, perpetuo inconveniente en nuestro país. El obstáculo sube de punto si, en vez de una estatua, idean, como sería muy acertado, hacer fundir la pareja de Manco y Ocllo, inseparable en la leyenda, y cuyo grupo daría mucha mejor impresión artística que no la figura aislada de Manco.

Previendo la limitación forzosa de los recursos, que vedan proyectar en el Perú estatuas de dimensiones como la famosa de Arona en Italia, lo más práctico será emplazar el monumento en la plazuela de Collcampata. Mis amigos del Cuzco pueden con facilidad comprobar sobre el terreno si, según se me ocurre, sería suficientemente visible y

resaltante desde aquel andén del Collcampata o San Cristóbal, hacia la ciudad y en especial hasta la Plaza Mayor, la pareja incaica, de razonable tamaño, vaciada por supuesto en bronce, y con sobredorados en las armas e insignias. El lugar estaría muy conforme con la tradición más vulgarizada, que ha denominado siempre *Palacio de Manco Cápac* a aquel cuyas ruinas forman el fondo de dicha plaza, Ciertamente es que parece lo más versímil que el efectivo Sinchi Manco, en compañía de sus ayllus y clanes, se estableciera en *Inticancha* (el posterior templo de Coricancha y actual monasterio de San Domingo), y que su prosapia o descendencia peculiar, así como la de todos los primeros monarcas, fue de Hanancuzcos o sea habitantes del barrio inferior. Pero como también consta que el asiento de los ayllus imperiales se transtornó o renovó en el reinado de Pachacútec, y toda esta materia es tan confusa e inextricable, creo preferible atenerse, para la colocación del monumento, a la versión común, única apreciada por el vulgo, a cuya imaginación hay que dirigirse preferentemente, y a las sustanciales conveniencias estéticas, sin atender a nimiedades de topología, hartamente opinables y dudosas además en este caso. Por otra parte, la ladera de Collcampata, habitárala o no el primer *sinchi* incaico, es tan ilustre en la historia del Perú aborigen como las plazas de Santo Domingo y Rímacpampa, presunta morada de la primera dinastía; y es para el objeto propuesto incomparablemente más vistosa que toda la región baja. Poquísimos sitios en el Cuzco y en todo el Perú pueden competir con la explanada de Collampata en lo venerable y sugestivo. Hinchida de recuerdos, está pidiendo a voces los ornamentos del Arte. Allí se hallaba, según algunos cronistas, el campo sagrado que en la festividad del gran Raymi araba el soberano con el arado de oro; allí se adoraban el manantial de la Coya Curi Ocllo y la pena divina que simbolizaba a Quizco Sinchi, uno de los cuatro aya-

res, compañeros míticos de Manco y caudillos de las tribus incas. En el suelo se ven aún desparramados los cepos labrados en piedra, instrumentos de castigo, recios testimonios de la dura y cruel disciplina, ineludible base de todo gran imperio. Los muros del fondo, que el pueblo designa como la *Casa de Manco Cápac*, fueron sin duda aposentos de varios antiguos reyes de la segunda dinastía. Las masas ciclópeas que rememoran tan extraordinariamente las primitivas construcciones pelásgicas de Grecia, Etruria y el Lacio, aparecen entre las tupidas arboledas y la lozana vegetación de una huerta que debería ser parque municipal. Su actual propietario, un acomodado extranjero, le ha impuesto su propio nombre; mas, para felicidad de este poético rincón, en vez de ser deslustrado por uno de aquellos oscuros y prosaicos apellidos de la casi totalidad de los inmigrantes, la quinta luce el exótico pero muy gentilicio título ligurio de Lomellini, legítimamente llevado por el dueño de ella, según mis noticias, linaje émulo de los de Doria, Spinola y Giustiniani, sonoro nombre que al instante evoca señoriales palacios y purpurados Duces genoveses, y no indigno por cierto de concurrir en tan histórico paraje. Cuando la Conquista, el último inca que habitó la mansión de Collcampata, fue, con sus hijos, el príncipe don Cristóbal Paullu, a quien los españoles, después de la sublevación de Manco II, reconocieron alguna sombra de poder imperial. En memoria de su bautismo y para su entierro, edificó en el ala izquierda de su residencia la iglesia de San Cristóbal, que cierra a occidente la plaza. De esa iglesia fue cura por varios años, en la centuria siguiente, el célebre *Lunarejo*, y en la añeja casa parroquial debemos de suponer que compuso buena parte de las poesías y los dramas quechuas. Situada Collcampata en un reborde, a media falda entre la llanura y la acrópolis del Sacsayhuaman, de ella como de un mirador se dominan y señorean el caserío de la ciudad, sus torres y

cúpulas principales, los rojos tejados, la campiña austera y callada y las onduladas líneas de los cerros circundantes. Sostengo por eso que allí quedarían muy en su ambiente las imágenes de Manco y de Ocllo, ocupando el lugar en que hoy se levanta la gran cruz de piedra.

Como fidelidad histórica (de la muy relativa a que en este asunto puede aspirarse) la cúspide del Huanacauri, aventajaría seguramente a todos los sitios propuestos: pero hablar de tal emplazamiento es ocioso y absurdo, por su lejanía del Cuzco. Lo propio sucede con Matagua y Huaynaypata de Collasuyo, primeros asientos del supremo clan incaico en el valle de Huatanay, según el itinerario de la fábula. La situación en la plaza de Santo Domingo o junto al beaterio de Ahuacpinta, lugares que también se conformarían con los más probables datos, sería deslucidísima. Habiendo, pues, que apartarse de la cabal adecuación arqueológica, inasequible casi, quedan para la opción (de-sechada la Plaza Mayor por su triste aspecto presente, de muy cara enmienda) la cima del Sacsayhuaman y el andén de Colcampata; y repito que en el Sacsayhuaman no sería admisible sino un coloso de muchos metros de altura. Respecto a la fortaleza propiamente dicha, a la vertiente que no ve el Cuzco, es excusado tratar de ella por esta razón. Lo único que allí sentaría bien, para el feliz tiempo en que pueda el Perú darse el lujo de multiplicar las estatuas (pero las estatuas buenas, que siempre cuestan bastante, y no baratas insignificancias o mamarrachos), sería un Cahuide de bulto.

Para preparar la instalación del monumento en Colcampata, juzgo, recordando mis sensaciones de viaje, que sólo habría que gastar en componer las subidas por las calles de San Cristóbal, El Purgatorio, Pumapurco y la Amargura; y al borde de la explanada, construir un simple parapeto de cantería, macizo, sin vanos ni adornos, que reñirían con la sobriedad del estilo incaico. Algunas ban-

cas de piedra, cuadradas y sin espaldar; piso igualmente de piedra, en anchas losas; un corto jardín con grama, árboles indígenas, algavez y las flores del Inca o *cantu*, que dan nombre al andén vecino, bastarían para el arreglo de la misma plaza.

Ya he dicho que imagino el monumento de bronce y como un grupo: la pareja de Manco y Oclo, en el instintivo simbolismo de la fábula, representa el doble carácter de fuerza guerrera y suavidad bienhechora, cuyo maridaje constituyó la civilización incaica. Suprimir esta dualidad y reducir el monumento a una sola figura, sería una vulgaridad que desconocería la significación profundamente poética de la leyenda y truncaría la espectación en todo público competente; y además un grupo es de mayor animación plástica. La actitud ha de ser grave y serena, de sencillez majestuosa y religiosa, según corresponde a los míticos fundadores de una patria, sin nada de gestos, contorsiones ni aspavientos, que en este tema serían insufribles. La mirada de las estatuas ha de dirigirse hacia Huanacauri, el camino del antiguo Arco de Charcas y Santo Domingo, que es la vía por donde aparecieron las tribus y en donde se localizan las leyendas de la fundación. Deberían ir las figuras semidesnudas, pues aunque el desnudo total es lo más artístico y lo más apropiado a la escultura heroica, no se puede presindir para el Inca, además de la faja cruzada o *huara*, de la corta *yacolla*, manto regio, con cuyos paños, en caídas rectas, pueden obtenerse hermosos efectos de severidad hierática. Para la *Coya*, una breve saya o túnica muy ceñida, que baje de los pechos a los muslos y copie en sus labraduras la plumería de que tejían los vestidos femeniles de gala. Las sandalias (*ussuta*) y las insignias de los esposos imperiales, tendrán que ir doradas, no con mucha viveza, para que no contrasten violentamente con el bronce. Manco ha de llevar en una mano la barreta de oro, y en la otra el cetro incaico; en el hombro, el halcón o

aguilucho augural que fue su personal divisa; en las orejas, los grandes zarcillos embutidos; y en la cabeza, el *flautu regio*, con varias labores para imitar las múltiples listas de colores que tenía, y la *mascaypacha*, que toma toda la frente y en su parte superior estará trenzada en hilos de oro delgados y separados, y en la inferior suelta, puede dejar ver, como si fuera un cerquillo, los arcos superciliares. Oclo debe tener en una mano la rueca y en la otra el *ayhuintu*, arma con que venció a los Huallas. Entre ambos semidioses indígenas, la lanza del Súntur Páucar, toda dorada y labrada, reproduciendo en las cinceladuras el encaje de las plumas que la revestían, y tridentada en puntas grandes, al terminar arriba. A los lados del Súntur Páucar las dos picas con los *champsis*, y en el mismo plano, a los pies de las figuras, los atributos de Manco que son el napa, llama sagrado, con gualdrapa, orejera y collares y adornos en el pecho, animal simbólico que debería ir arrodillado en señal de domesticación y sumisión y para la mayor armonía de las líneas; los vasos de oro sacerdotales; y el globo del mundo representado con la bola de plumajes redondos que se llamaban *purupuru* (véanse Cobo, libro XII, caps. IV y XXXVI; y Sarmiento de Gamboa (Segunda Parte, cap. 12). Debajo del grupo, y adosados a los ángulos del pedestal, cuatro cóndores *azorantes*, o sea con las alas abiertas, en actitud de emprender el vuelo, que signifiquen el impulso del imperio naciente, hacia los cuatro confines del Tahuantinsuyo. El pedestal, en sillares incaicos de granito, decorado en relieve con tipos ornamentales de estilo indígena, grecas y *amarus*, y en los costados, cuatro grandes bajorrelieves bronceos en la tradicional forma incaica de trapecio. Uno de los bajobajorrelieves, el que mire al sur, hacia el Coricancha, debería representar la transformación mítica, ubicada allá, del héroe Ayar Auca en divinidad alada, que tanto se presta para un bellissimo trabajo plástico; otro, la fábula de la aparición de Manco y

Ocillo en el lago Titicaca; otro, el hudimiento de la áurea vara milagrosa; y, finalmente, el último, el blasón de los Incas que conforme a los más seguros autores (Véase, por ejemplo, Cobo tomo III, pág. 287), se componía de la mascapaycha extendida, dos sierpes paralelas a ella, el arco iris, y el cóndor y el puma, que algunos monarcas incaicos le añadieron, y una orla de plumas largas colocadas de trecho en trecho. La inscripción, muy concisa, en castellano y quechua, podría recordar la más hermosa de las etimologías del Cuzco, que, según las Informaciones del Virrey Toledo (Sarmiento de Gamboa, cap. 13), quería decir no en el quechua vulgar, sino en el extinguido dialecto cortesano, "sitio fecundo y melancólico", nombre tan adecuado a su paisaje y su historia. Cuatro pumas bien estilizados, sobre un zócalo, compondrían la base del monumento; y a conveniente distancia, cuatro postes o pequeñas estelas de granito, en forma de intihuatanas reducidas.

Todas estas indicaciones deberían ampliarse y pormenorizarse por los técnicos, sujetándose al doble criterio estético y arqueológico, a fin de que el escultor encargado de la obra se empapara perfectamente en su significado y los sentimientos inspiradores, y nos diera así un monumento expresivo y por lo mismo original, y no una insipidez más, de las rutinarias, extranjerizadas y postizas que suelen poblar nuestras desdichadas plazas. La inauguración podría fijarse para 1921 ó 1924, dando tiempo a acrecentar los recursos pecuniarios y trabajar con esmero las figuras y relieves; y coincidiendo además con las fechas finales de la Independencia, lo que sería de hondo simbolismo. Nuestra nacionalidad tiene sus más innegables y gloriosas raíces en el Imperio incaico; y todos los blancos capaces de pensar y sentir con altura, hemos de convencernos de que nuestra República ha de ser en lo esencial su continuación y perfeccionamiento, si es que aspiramos a

que le Perú sea una patria de veras, con fundamentos, vocación y destino históricos, personalidad sustantiva, categoría y porvenir propios, y no una mera republiqueta improvisada y estéril, colgada del vacío y agitándose en ridículos e incolores plagios; nación de tablas pintadas, bambalinas y sainete. El monumento a Manco Cápac debería ser emblemático de la reacción educativa indispensable.

En el aspecto arquitectural, como en otros varios, el Cuzco es el foco de la tradición artística del Perú y no sólo india, sino también española. Nuestra Lima, por sus antiguos terremotos, la endebles de sus materiales de construcción y la frecuencia consiguiente de sus reedificaciones sucesivas, no pudo aspirar en ningún tiempo a tal jerarquía. Hay que respetar en esto la primacía de la vieja metrópoli. Por eso es deber de todos contribuir a que el proyectado monumento corresponda a su pasado nobilísimo; por eso en mi limitada esfera lo procuro, absolviendo largamente la consulta con que me han honrado mis amigos de allá; por eso, en fin, trueno contra el caricaturesco atavío contemporáneo de su Plaza Mayor. El Cuzco, ciudad legendaria y sublime, que es la Toledo peruana, debe escrupulosamente conservar y acendrar su sello personalísimo. Si lo perdiera, ¿qué le quedaría? Por piedad patriótica, no es posible consentir en que siga el ejemplo de depravado gusto que le ofrece nuestra capital limeña, la cual con la destrucción de sus añejos caserones, los horribles reparos en sus iglesias y los modernos edificios, de trivialidad tan canallesca o tan grosera presunción advenediza, ve degenerar día a día su señorial fisonomía de la Colonia, y para aflicción de cuantos conservamos alguna delicadeza arcaica, amenaza acabar de convertirse en un revuelto bazar cosmopolita.

III

CABEZAS HUMANAS MOMIFICADAS EN EL
ANTIGUO ARTE PERUANO

Reseña bibliográfica del folleto de Julio C. Tello, publicada con las iniciales J. de la R. A. en el Mercurio Peruano, Lima, Setiembre de 1918, Año I, Vol. I N° 3, pp. (164) - 166.

ESTA esmerada monografía¹ que se inspira en muy buenas fuentes, y en un minucioso examen de abundantes piezas craneanas y cerámicas, estudia una costumbre común a muchos grupos aborígenes de la América Meridional, desde los salvajes amazónicos hasta las más adelantadas culturas prehispánicas del Perú, a saber: los trofeos y fetiches de cabezas humanas, cuya reproducción constituye tan principal ornamento en las antiguas artes plásticas y textiles peruanas.

Entre las citas que el autor ofrece, nos ha parecido muy curiosa el fragmento de un cantar guerrero (pág. 4, nota 8) consignado por Felipe Huamán Poma de Ayala, pues en él se advierte con toda claridad el sistema de series monorrimos, consonantes sólo en la última sílaba, que fue la forma preferida de la genuina poesía quechua.

De igual manera es de notar circunstancialmente la favorable opinión del Dr. Tello sobre el debatido aimarismo

¹ Julio C. Tello, *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*, Lima, Casa Editora de Ernesto R. Villarán, 1918, 58 pp.

de la civilización de Tiahuanaco, y su conjetura acerca de la civilización de Nazca (Págs. 19 y 22). También se inclina a mirar el imperio incaico como una mera confederación de tribus, hasta en su último período (Pág. 20), aplicando sin duda al Perú las extremas tesis derivadas de las analogías "Piel Rojas" que Morgan y Bandelier llevaron con tanta insistencia al estudio del Anáhuac y que aún para éste comienzan a tacharse de exageradas, con haber sido los aztecas en su organización política harto inferiores a los Incas e infinitamente menos centralizadores que ellos. Por eso nos permitimos en este punto una salvedad y un reparo. Reducir por completo las fuerzas adultas de una civilización a sus dudosos e informes orígenes y equiparar grupos sociales relativamente avanzados con sus colaterales que se estancaron o retrocedieron, es método peligroso, propenso a graves errores. Es una "idealización" al revés, por simplificación extrema. Lo significativo en las diversas culturas, no es el punto de partida, homogéneo en casi todas sino el estado final tan heterogéneo, que permite apreciar la especial aptitud de las razas y su desigual empuje.

De una misma barbarie prehistórica, neolítica, emergieron en el Mundo antiguo las civilizaciones egipcia, caldea, china y aria, mientras que las demás ramas humanas se retrasaban. De un mismo salvajismo originario se elevaron en América las civilizaciones nahua, maya, chibcha o peruana, en tanto que los restantes pueblos no asertaron a desarrollar sus análogos gérmenes de sociabilidad. ¿Qué dirían en Europa del historiador que pretendiera resolver todos los problemas de la civilización helénica por el estudio de los bárbaros Ilirios y Tracios, Frigios, Filisteos y Armenios, indudables hermanos de sus progenitores? Pues empeño semejante es en el americanista la asimilación de los Mejicanos y de los Tahuantinsuyos a los Pielrojas y salvajes amazónicos.

Mas son estos apuntes incidentales. La importancia del folleto monográfico que examinamos, no está por cierto allí, aún cuando la reconocida competencia de su autor en toda materia de arqueología peruana comunique peso y significación nada vulgares hasta a sus menores asertos, que en consecuencia reclaman comentarios, siquiera sean de ocasión. Lo esencial es la prueba de la comunidad del fetiche de las cabezas momificadas (costumbre a la vez religiosa y bélica) entre los Jíbaros, Aguarunas y Mundurucúes de la Montaña, los Tiahuanacos del Collao, y los Chimus y Nazcas de la Costa; nuevo e importante argumento a favor de la antigua influencia y compenetración recíproca de los indios habitantes en las tres grandes regiones de nuestro País, que es la doctrina claramente planteada por Max Uhle.

Las figuras esculpidas en la portada monolítica de Tiahuanaco, los vasos serranos de estilo tiahuanacuense y los tejidos nazqueños de las mismas épocas, muestran personajes que llevan colgando en las manos cabezas humanas a modo de trofeos y reliquias, como hoy lo practican los salvajes en la Selva de nuestro Oriente y en las del Brasil (Pág. 23 y 24). Igual cosa se observa en la rica cerámica Chimú (Pág 25 y sigtes.). La abundancia y prolijidad que en ésta adquirieron los vasos realísticamente representativos de rostros humanos, debieron de ser la sustitución civilizada de los cráneos momias, que tenían valor religioso y servían para usos mágicos.

Siendo la religión en el Perú indígena (como en todas las civilizaciones primitivas) inspiradora casi única del arte, este culto de las cabezas momificadas o de su representación plástica, culto íntimamente relacionado con las creencias de la vida de ultratumba y con la práctica de los sacrificios humanos, explica buena parte de la ornamentación de los huacos y telas del estilo Nazca. El autor comprueba su tesis, y a nuestro entender lo hace cumplidamente,

examinando numerosos ejemplares de dicho estilo que clasifica ya dentro de los procedimientos de momificación de los indios Mundurucúes, ya de los Jíbaros.

Un tejido perteneciente al mismo Dr. Tello y descubierto por él en el valle de Pisco, representa a una divinidad de forma humana, con una cabeza colgante en la mano derecha, y el cetro o varilla ceremonial en la izquierda; y parece reproducción del propio dios Huiracocha de la portada de Tiahuanaco o de un sacerdote suyo.

Pero más frecuentemente que en esta representación antropomórfica, la divinidad aparece en objetos sacados de los mencionados parajes de Nazca y Pisco, bajo la figura totémica del jaguar, ceñido el cuello con las consabidas cabezas humanas; lo que es otro indicio de parentesco próximo con las figuras derivadas del arte del Tiahuanaco y estudiadas por Uhle. Dicha representación del dios jaguar identificado con Huiracocha, le sirve al Dr. Tello para interpretar el célebre disco de oro que perteneció al Presidente Echenique, y que Markham y otros tantos ha supuesto un calendario incaico semejante al azteca. Las figuras menores que lo circundan son para el Dr. Tello no signos astronómicos, sino pequeñas cabezas estilizadas. Observemos de paso que el adorno simbólico de cabezas de muertos se repite mucho también en el arte de la otra gran civilización americana, en México y Centroamérica como es de ver en los vasos de Cholula, estudiados por E. Seler; en los emblemas del dios infernal, Mictlantecuhtli; y en los bajorelieves de Santa Lucía de Cozumalhuapa, descritos por el Dr. Habel, Bastian y Stoll, situados en la región nahua de los Pipeles de Guatemala. Igual ocurre con las cabezas de jaguar.

Este uso de las cabezas colgantes, que tantas señales dejó en el arte aborígen peruano, ¿provino de las tribus de la Montaña, en que hoy subsisten o se difundió hasta ellas, desde las regiones de la Costa donde como hemos visto,

constituía ceremonial y símbolo religioso? ¿Es casual coincidencia, analogía sin derivación, como la de otros usos, la que presentan las "sachazas" o cabezas reducidas de los Jíbaros, con los restos y dibujos que descubren los cementerios de Nazca? El Dr. Tello con muy buen criterio, rechaza en el presente caso la cómoda hipótesis de un paralelismo fortuito y espontáneo; pues la preparación de las cabezas en la Montaña y la Costa, los pormenores de las perforaciones y ornamentos, y otras circunstancias, vedan apelar a la casualidad y obligan a suponer un vínculo de filiación e imitación deliberada.

El origen de esta bárbara costumbre ha de estar en el período primordial de salvajismo, en el que las tribus de la Costa, la Sierra y la Montaña se hallaban a igual nivel de usos y creencias, muy anterior al desenvolvimiento de las civilizaciones locales y a las inmigraciones semihistóricas. Hubo en ese primera período salvaje identidad casi absoluta de costumbres entre los indios amazónicos; y aun pueden admitirse entonces invasiones procedentes de la Montaña, según lo ha insinuado Max Uhle con argumentos no desdeñables (*Esfera de influencia del País de los Incas*. Tomo IV de la *Revista Histórica*).

El uso de las cabezas colgantes es uno de los que esa primitiva barbarie, de probable origen trasandino, llevó a las posteriores civilizaciones del Tahuantinsuyo, que lo conservaron y lo reprodujeron en su plástica y en su pintura textil y cerámica, por razones de ritos y tradición religiosa. El Dr. Tello, al concluir este estudio, promete explicar en un próximo con toda amplitud, la íntima conexión del uso referido con los sacrificios humanos y con los mitos y atributos de las diversas divinidades indígenas del Perú. Muy de desear es que aparezca en breve la continuación anunciada que ha de aclarar puntos tan importantes de la arqueología peruana.

IV

EL PERU HISTORICO Y ARTISTICO

Primera Parte:

ENCOMIO DEL PUEBLO QUECHUA

Este ensayo constituye la primera parte del libro El Perú Histórico y Artístico. Influencia y Descendencia de los Montañeses en él, Santander, Sociedad de Menéndez y Pelayo, 1921, 202 pp. La segunda parte, dedicada a los linajes montañoses y su influencia en la historia peruana, se publicará en el T. VIII de estas Obras Completas, dedicado a los estudios genealógicos.

El Perú Histórico y Artístico lo escribe Riva-Agüero en España al iniciar su largo autodesierto, casi de memoria, lejos de sus libros y apuntes, según lo revela la imprecisión de muchas de sus referencias bibliográficas. Aunque muy poco difundido, casi rareza bibliográfica, Basadre y Porras coinciden al señalar los valores de originalidad, espontaneidad y sugestión del libro.

De Raúl Porras B., que llama a este ensayo "síntesis sustanciosa y tersa" de la visión del Tahuantinsuyo de Riva-Agüero, hemos tomado la idea para el título que hemos puesto a la primera parte del libro.

Ventura García Calderón transcribe párrafos sobre la poesía incaica, en su Nota preliminar en la Biblioteca de la Cultura Peruana, T. I. Literatura Inca, Selección de Jorge Basadre, París, 1918, pp. 26 y 27.

Con el mismo título de ahora hemos publicado varios párrafos de este ensayo en: José de la Riva-Agüero Afirmación del Perú, T. I, El Perú en su Historia, Selección de César Pacheco Vélez, Lima, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, 1960, pp. (85) - 104.

S U M A R I O

I—Extensión y regiones del Perú. II—Lenguas y razas americanas. III—Peruanistas modernos. IV—Primitivas civilizaciones costeñas. V—Quechuas y Aymaras. VI—El Imperio del Tiahuanaco. VII—Origen de los Incas. VIII—Nuevas civilizaciones costeñas: Chimus y Chinchas. IX—Las dos dinastías de los Incas; grandes conquistas de los últimos Hanancuzcos. X—Pinturas históricas y cantares épicos. XI—Música y Lírica indígena. XII—Folklore y mitología. XIII—Dramática: *El Ollantay*. XIV—Arquitectura incaica. XV—Organización social. XVI—Comunismo agrario. XVII—Consecuencias de sus instituciones. XVIII—La conquista castellana.

NO creo que el amor patrio me ciego al afirmar que es el Perú, entre las naciones de la América Española, una de las más interesantes y curiosas, por las muchas peculiaridades de su psicología e historia, el sello *humano* (en el amplio sentido de la palabra) de todas sus manifestaciones, el arraigado y castizo tradicionalismo, y las tendencias de la literatura criolla y del antiguo arte indio.

El Imperio de los Incas, o sea el Perú prehispano, incluía el alto Perú (que es la actual Bolivia) y los territorios que hoy forman la República del Ecuador, y además el norte y centro de Chile, una buena parte del noreste de la Argentina y la comarca de Pasto en el sur de Colombia. El Virreinato peruano en los siglos XVI y XVII comprendía los distritos de las tres audiencias de Lima, Quito y Charcas, y la supervigilancia de las gobernaciones de Chile, Panamá y Tucumán. Estas gobernaciones fueron después segregadas de la autoridad virreinal del Perú; la provincia de Quito se unió al Virreinato de Nueva Granada

o Santa fé en la primera mitad de la centuria XVIII; y en la segunda mitad de ella, el alto Perú o Charcas pasó a formar parte del Virreynato del Río de la Plata. Las postreras demarcaciones administrativas del régimen español sirvieron de marco en la América del Sur para el establecimiento de las nacionalidades independientes; y así el Perú moderno se constituyó sobre la base del Virreinato Limeño, reducido y desmembrado por la dinastía de Borbón. De tales desmenbraciones, la del Reino de Quito, en el norte, que compone el contemporáneo Ecuador, era natural y lógica: obedece a efectivas causas geográficas e históricas, que señalan y justifican distintos rumbos, no obstante la comunidad lingüística de los indios quiteños y peruanos. Pero en lo que respecta al sur, la disgregación del Bajo Perú y del Alto Perú (Bolivia) fue de todo punto arbitraria y funesta; y ambos países, indispensables recíprocamente uno a otro por necesidades territoriales y económicas, habitados por las mismas sub-razas, cuyos indígenas hablan los mismos idiomas, y cuya identidad de carácter e intereses es innegable, han procurado dos veces restaurar su unidad durante el último siglo; y las dos veces lo ha impedido Chile con las armas.

Después de tantas disminuciones y de otras en la región de las selvas amazónicas, de la pérdida de Tarapacá, —Departamento cedido a Chile, tras porfiada guerra, por el tratado de Ancón en 1883—; y de las provincias de Tacna y Arica—, también ocupadas por Chile—, el Perú propiamente dicho es aun muy extenso, abarca los más principales centros incaicos y lo más típico del viejo Virreinato español; y su población, de escasísima densidad, excede ahora de cuatro millones y medio. Se divide físicamente en tres zonas paralelas, que corren de norte a sur; Costa, Sierra y Montaña.

La Costa (llamada por los conquistadores *Los Llanos*), es una estrecha faja, de trescientas cincuenta leguas

de largo, entre el Pacífico y la cadena Occidental de los Andes. La absoluta falta de lluvias de esta zona la hace un inmenso y desierto arenal, con médanos y espejismos, entrecortado por los fértiles valles y los torrentosos ríos nacidos en la cordillera. La contraposición de las pampas arenosas, de esterilidad agobiadora, con los oasis o vegas de vegetación tropical, cubiertas de algodanales y cañas de azúcar, y sombreadas por sauces, algarrobos, palmeras y plátanos; el clima caluroso; la ausencia de tempestades y aguaceros; las ruinas de templos y sepulturas indígenas, que abundan extraordinariamente; y la edificación de adobes y terrados en aldeas y ciudades, dan a la Costa peruana cierto aspecto arábigo o egipcio; aunque el toldo de nieblas que cubre el cielo la mitad del año, y la fresca tibieza de algunos valles, como el de Lima, imprimen fisonomía particularísima a sus paisajes.

La Sierra, que se extiende desde la cordillera occidental de los Andes, región increíblemente elevada, áspera y fragosa, llena de picos nevados, de horribles precipicios, de lagunas solitarias, de frías dehesas y de idílicos rincones, evoca con sus cuadros las mayores perspectivas pirenaicas y alpestres, pero mucho más grandiosas, solemnes y varias. Al pie de los ventisqueros y los pastos de los páramos, entre claros arroyos despeñados y las rojas flores de la *achancara*, se suceden, en pintorescas graderías, los cereales y los árboles de las tierras templadas; ondulan las cebadas y los trigos; crecen los duraznos, los eucaliptos y los molles; mas en el fondo de las heladas breñas, la quebrada, ardorosa y angosta, advierte con sus magueyes, higueras y naranjos, la proximidad de la línea ecuatorial. Arriba, en los peñascos altísimos, entre las irisaciones de la nieve anidan los cóndores y las águilas; abajo en profundidades de abismos sobre el río espumoso y rugiente, oscilan los tembladores puentes de *cabuya* (tejidos de sogas) en curvas elegantes. Por las descampadas laderas y las verdes pu-

nas avanzan, como manchas movibles, los rebaños de ovejas y los esbeltos llamas; y en el aire seco y puro de intenso azul, gime la música del indio, nostálgica, flébil, como lo es siempre la de los pueblos pastores.

La tercera zona geográfica del Perú, que pertenece a la dilatadísima red fluvial del Amazonas, y va desde la vertiente oriental de la cordillera hasta el corazón de la América del Sur, lleva el nombre de la Montaña, porque los cerros y collados de sus confines, arrimados a la Sierra, y que con ella contrastan por lo espeso de lo arbolado, hicieron recordar a los españoles las más frondosas y escabrosas comarcas de la península. Esta región primera se denomina exactamente la Ceja de la Montaña; y ha recibido desde muy antiguo la influencia y dominación de los misioneros y colonizadores cristianos, y antes de los Incás, quienes construyeron allí las fortalezas y palacios de Choque-Quirau, Vitcos, Machu-Picchu y Moyobamba. Pero fuera de dichos términos, donde acaban las estribaciones de los Andes, sigue la infinita selva sin historia, la virgen e inextricable Floresta Real de los geógrafos castellanos, que situaron en sus arcabucos y misteriosas tenebrosidades los ilusorios reinos del Dorado y del gran Paititi, de Rupa-Runa y Ambaya. Tierra húmeda, cenegosa y ardiente; de cielo bajo y obscuro, y continuas lluvias; de fieras, insectos y reptiles; de orquídeas caprichosas, pájaros multicolores y luciérnagas innumerables; de lianas gigantescas, de árboles que nacen sobre árboles y en los que se enroscan serpientes y boas; de ingentes ríos que, después de represarse en tremendos *pongos* y pricipitarse en *cachuelas* mortales, se dilatan en pantanos e inundaciones inmensas. Tierra de perfumes y venenos; desmesurada, confusa e inestable como el símbolo de lo Futuro; espléndida y aciaga, enemiga y pródiga, ingrata y desierta a fuerza de ubérrima. Sobre la eterna y salvaje magnificencia de los bosques. ilimitados y rumorosos como el mar, y entre las cálidas brumas, apa-

rece el sol, rojizo y turbio, a manera de un dios irritado. En aquella tórrida penumbra, la Naturaleza trabaja con igual hervor de monstruosa fecundidad que en las remotas edades geológicas.

La Montaña peruana es en todo un mundo aparte, un Perú nuevo e indefinido, y las tribus de aborígenes que en ella vagan y que han permanecido siempre en la más completa barbarie, son etnográficamente muy distintas de las razas que en la Costa y en la Sierra produjeron las civilizaciones prehispánicas. Los hechos que el eminente arqueólogo Max Uhle y el Dr. Julio C. Tello han aducido para probar las relaciones de cultura entre los indios amazónicos y los restantes del Perú, son pocos y de muy débil significación. Solamente los Uros del Collao, entre el Perú y Bolivia, —vestigios de autóctonos o de vetustísimas inmigraciones—, y las extinguidos Puquinas, presentan por sus idiomas, en las mesetas de los Andes, señales de cercana afinidad con las familias lingüísticas de los Caribes y Arahuanos y de los Tupis y Guaraníes, a que corresponden los salvajes de las montañas peruana y boliviana. A familia muy diversa pertenecen el *quechua* y el *aymara*, las dos grandes lenguas de la Sierra; y a otra diferente la de los Yungas de la Costa.

El limeño Dr. Pedro Patrón emitió hace veinte años la hipótesis de que el *quechua* y el *aymara*, las demás lenguas peruanas y aun todas las americanas se derivaban de la *súmera* en Caldea. A pesar del gran aparato erudito de las ingeniosas consideraciones con que expuso Patrón sus doctrinas, están muy desacreditadas en el mismo Perú, quizá con exceso. Después de su muerte, se le equipara, con injusticia, al argentino D. Vicente Fidel López, el sostenedor de la filiación aria de los idiomas an-

dinos, refutada por Maspero. La teoría de Patrón no es absurda como la de López. Puede, si, calificarse de audaz en extremo, y de tentativa, cuando menos, sobrado prematura; pues antes de deducir las lenguas americanas de las de otro continente y empeñarse en las tan a menudo engañosas semejanzas asiáticas, habría que estudiar y explicar unas por otras las propias lenguas de América, y esta cabal e inmediata explicación no se ha logrado todavía.

Constituyen por sí las americanas el tipo denominado de las *incorporantes* y *polisintéticas*, muy afín en verdad al vastísimo grupo de las *aglutinantes mongólicas* o *uralo altaicas*, las cuales tienen numerosa representación en Europa, con el *lapón*, el *careliano*, los dialectos de Estonia, el *húngaro* o *magiar*, y el *turco*, y a las que hay que sumar vesosímilmente el *súmero-acadio* de la primitiva civilización mesopotámica, predecesora de la Asiria. Y no sólo se parecen mucho los idiomas americanos, por su morfología y sintaxis a los *uralo-altaicos*, como el *mongol* y el *manchú*, sino también al *japonés*, al *coreano*, y más aun al enigmático *vascuense*, en el que se inicia ya el polisintetismo elíptico peculiar de la América indígena. Pero dichas semejanzas atañen a la estructura gramatical, por los procedimientos de la aglutinación; no al léxico, a las raíces. Por eso, ni con mediana apariencia puede afirmarse hoy que desciendan aquellos idiomas unos de otros; y han sido baldías las indagaciones del tronco común o lengua madre, no ya de los dos máximos grupos aglutinantes, el uralo-altaico y el polisintético o americano; sino de las veinticuatro o veinticinco familias en que el americano se subdivide.

Antropológicamente, sobre la consaguinidad de las razas asiáticas y americanas, hay menor indecisión. Los indios de América son con evidencia mongoloides; y las recientes investigaciones de Hrdlicka han demostrado el íntimo parentesco de los naturales de Alaska y los Pielas Rojas con los habitantes del Asia Oriental.— Cada día

parece más seguro contra las aserciones de Ameghino, que el hombre no es originario de América; que el Nuevo Continente merece su apelativo en todas las acepciones; y que la mayor porción de los pobladores debió de inmigrar por el lado noroeste.

Más esa novedad del Continente Americano es muy relativa, por cierto; pues la ignorancia del hierro, de la rueda y del torno, y la imperfección o incipencia de la pictografía o escritura ideográfica, hasta en sus más avanzadas culturas, prueba cumplidamente que al tiempo que los protomongoles, u hordas colaterales de ellos, invadieron América, todavía no alboreaban las primordiales civilizaciones del Asia. Aquella lejanísima inmigración, cuyos rastros étnicos se descubren ahora, —y que ya hubo de hallar en el suelo americano otras tribus establecidas anteriormente y procedentes de distintas razas (como el caso de la llamada *Lagoa Santa*), con las cuales se mezclaron los invasores, — debió de ocurrir en las primeras edades de la Pre-historia, cuando estaban los dos hemisferios unidos por tierras después sumergidas. De la América del Norte, los mongoloides hubieron de pasar a la del Sur por el gran istmo de entonces, de anchura mucho mayor que el actual de Panamá, quizá en el mismo período en que penetraron a la América meridional los animales de la fauna exótica, como los antecesores del género *auchenia* (llama y vicuña) y el caballo salvaje fósil.

De lo apuntado puede colegirse la prodigiosa antigüedad del hombre en América, poco menor que la del europeo. Después de la remotísima invasión mongólica, de época plenamente histórica, no hay huellas ciertas de ninguna otra comunicación con el Asia; y está rebatida en definitiva la tesis de Eichtal, Hipólito de Parevey y De Guignes, que identificaban a América con el Fu-Sang de los geógrafos chinos. Los notables semejanzas que se observan entre los grandes imperios asiáticos y los dos o tres americanos

no son copias, sino coincidencias, dimanadas de igual carácter étnico y análogas condiciones sociales.

Precisamente, la importancia de los estudios americanistas estriba en el aislamiento de las civilizaciones de América, que fue absoluto respecto a las del Continente Antiguo en toda la época precolombina. Apartamiento incomparablemente más estricto que el de la China y el Egipto faraónico; y que ha sido en la historia la experiencia mayor y más instructiva sobre la capacidad de determinadas razas para salir por sí solas del salvajismo y producir instituciones y culturas propias, de originalidad insospechable, sin ninguno de los recíprocos influjos que tanto facilitan y aceleran la evolución.

Tres focos de verdadera, aunque incompleta civilización autóctona hubo en el Nuevo Mundo: uno en Méjico y América Central, donde las razas *nahuas* y *mayas* se yuxtaponen sin confundirse; otro en el Perú, donde se suceden los imperios andinos, alternando con las culturas costeñas; y el tercero, el menor, de los *chibchas* o *muyscas*, en la actual República de Colombia. La crítica moderna ha renovado, en los últimos cincuenta años, el conocimiento de tales civilizaciones. Aquí nos tenemos que limitar a la exposición de lo tocante al Perú, materia del presente artículo.

Sin desconocer la significación y méritos de los viajeros y peruanistas anglo-sajones, como el simpático y estimabilísimo Markham, Squier, Hutchinson y el contemporáneo explorador norteamericano Bingham, hay que declarar que la reconstrucción científica del Perú prehispano se debe a la fecunda competencia de los sabios alemanes y franceses, auxiliados por algunos peruanos, discípulos de ambas escuelas. Entre los alemanes, el insigne Alejandro de

Humboldt, aunque escribió poco sobre el Perú propiamente dicho, fue el que puso los primeros hitos, con las intuiciones geniales que solía derramar en todas sus páginas. En pos de él vinieron Tschudi, Bastian, Brühl, Middendorf, Eduardo Seler, Baesler, Cünow, Reiss, Stübel y Max Uhle, el mas sagaz y profundo de ellos. Entre los franceses fueron los precursores D'Orbigny, Angrand y Castelnau, continuados y superados por el Marqués de Nadaillac, los Drs. Louis Capitan y Paul Rivet, y el Marqués de Créqui-Montfort.

De los descubrimientos de los mencionados, y en especial de los de Uhle, Rivet y el Marqués de Créqui, se infiere que en épocas muy anteriores sin duda a la Era Cristiana, la Costa y la Sierra del Perú estaban pobladas por salvajes de las familias hoy todavía existentes en apartadas regiones de la América Meridional. Así Uhle ha exhumado cerca de Lima esqueletos de pescadores antropófagos, hermanos de los Patagones y Fueginos; y el Marqués de Créqui-Montfort y el Dr. Rivet, han comprobado en los Uros, indios que subsisten aislados a las orillas del Desaguadero y del Lago de Paria, en Bolivia, la misma lengua, fisonomía y costumbres que en las numerosas tribus de los Arhuacos extendidas desde las Montañas hasta el Mar Caribe y las Antillas. Cabría en rigor suponer que tanto los pescadores altos antropófagos de la Costa como los Uros y Puquinas de la Sierra fueran restos de pobladores menos antiguos, de incursiones salvajes como las que con frecuencia aparecen en las tradiciones indígenas devastando y trastornando las comarcas semicivilizadas; pero no hay que ocultar que todo género de verosimilitudes concurre a confirmar la teoría que ve en los pescadores costeros, semejantes a los Changos y Patagones, y en los Uros y Puquinas serranos, los descendientes de los habitantes primitivos (como en Méjico parecen haberlo sido los Oto-

mis y Mazahuas), los efectivos aborígenes, el más hondo substrato humano reconocible en el Perú.

De pronto, sin transición ni preparación alguna, se presenta en los valles de la Costa una civilización de muy hermosa cerámica, cuyos productos han sido perfectamente estudiados por Uhle, y cuyos principios deben de situarse, cuando menos, juzgando por las capas en que se halla, a mil seiscientos o dos mil años de distancia de la Conquista española. Esta primera civilización, tan adelantada y experta en alfarería, parece no haber conocido aun el uso del cobre y los metales preciosos, ni el arte de los tejidos. Tuvo dos núcleos: el del Sur en Acarí, Nazca y Palpa, de vasos multicolores, con pinturas de representaciones humanas y animales, —en particular de reptiles estilizados y antropomorfos—, ofrece al difundirse, variantes ornamentales de importancia en los valles de Ica, Chancay y Supe; el del Norte, de Samanco y Chimbote, Trujillo y Pacasmayo, con cerámica de colorido menos rico, blanco y rojo, reproduce de preferencia, en moldeado, figuras de hombres y animales, tratadas realista y caricaturescamente. La adulta perfección que todos estos vasos manifiestan y la falta de períodos preparatorios en su técnica, dice muy a las claras que fue obra de una cultura importada, de razas inmigrantes. Si, como es probable, tenía parentesco próximo con los Mochicas y Chimús que las sucedieron, habrá que buscar su origen en el grupo Chibcha, esparcido desde la América Central por Colombia y Ecuador.¹ Pudieron venir por mar, pues los indios del litoral peruano eran atrevidos pescadores y navegantes, y conocían desde mucho antes de la Conquista la vela y las grandes balsas. De Centro América procedían las conchas blancas de sus ofrendas religiosas.² No hay razón valedera para tener

1 Max Uhle, *La esfera de Influencias del país de los Incas*. (*Revista Histórica*, órgano del Instituto Histórico del Perú, Tomo IV, Trimestre I y II).

2 No es convincente la suposición del Dr. Julio Tello de haber sido la puquina la lengua de la civilización nazqueña.

por íntegramente mitológicos los relatos que los naturales de la Costa conservaban sobre su arribo marítimo a las playas del Perú. Bandelier procedió en esto con su extremosidad y suspicacia acostumbradas.³ Las condiciones del Océano Pacífico en aquellas latitudes hacían mucho más fáciles las expediciones navales costaneras que no el camino de los desiertos o el descenso de los Andes, cuyas faldas ocupaban tan distintas naciones. Infinitas circunstancias inducen a creer actualmente que los primitivos civilizadores de la Costa, proceden del Norte, y no del interior o sea de la Sierra, por mas que a ella extendieran en lo sucesivo su influjo, y pueda así atribuírseles el bajorrelieve de Chavín de Huántar, junto a Huánuco, que se guarda en el Museo Nacional de Lima.

Comenzaban entretanto en la Sierra las civilizaciones propiamente *andinas*, las llamadas hoy por nosotros Aymara y Quechua, basadas en el cultivo de la *papa* y la domesticación del *llama*. Las razas quechua y aymara son hermanas gemelas, braquicéfalas ambas, y tan semejantes en todo que D'Orbigny las reputó el mismo tipo étnico. Observadores modernos mas minuciosos, Chervin y Rouma, han advertido después algunas diferencias, pero tan leves que resultan insignificantes. Los respectivos idiomas tienen igual fonética y morfología; y la divergencia de sus vocabularios, aunque efectiva, se ha exagerado muchísimo. El examen del *cauqui*, dialecto que unos pocos indios hablan aun en las serranías de Yauyos (departamento de Lima), permite adivinar un *paleoquechua*, una perdida lengua común, de la que el quechua y el aymara deben de proceder. Los unen los mismos nexos que en otras familias

3 Vid en *American Anthropologist*. T. VII.

lingüísticas vinculan, por ejemplo, el arameo con el árabe, el antiguo persa con el sanscrito, y al griego con el latín. En mitología, el dios supremo que ambas razas adoraban (a lo menos en los últimos tiempos), Huiracocha, recuerda prodigiosamente al Quetzalcohuatl mejicano y al Cuculcán de los Mayas. Quizá no iba descarriado Angrand al presumir que con la civilización de los Toltecas se emparentaba al Tiahuanaco.

Las ruinas ciclópeas del Tiahuanaco en Bolivia, cerca de la orilla meridional del Lago Titijaja⁴, y no lejos de la ciudad de La Paz y de la frontera peruano, son las mas principales y características del primer imperio de la Sierra. Les atribuye Uhle quince o veinte siglos de antigüedad mínima; en la gran portada rota de la Acopana ha descubierto la imagen del dios creador Huiracocha; y ha hecho notoria la difusión del estilo ornamental tiahuanacuense hasta Cuenca del Ecuador en el Norte, y hasta Catamarca y Tucumán de la Argentina, el valle central de Chile por el sur.⁵ Por el Occidente, las huellas del Imperio del Tiahuanaco, superpuestas a las de la primera civilización costeña, son visibles junto a Trujillo; y en las inmediaciones de Lima, el vetusto santuario del dios Pachácamaj las presenta de igual manera sobre las del período de Nazca, y a la vez que las probables de un antiquísimo incendio, que verosímilmente ha de atribuirse a los invasores serranos.

Argúyese de todo esto la importancia de la civilización del Tiahuanaco, que en extensión material coincidió casi

4. Así debe escribirse para la recta pronunciación castellana; pues la *cc* doble o áspera de los idiomas andinos puede reproducirse aproximadamente con nuestra *j*, pero jamás con nuestra *c*.

5 Max Uhle. Art. cit. en la *Rev. Hist. de Lima* T. IV; y otro artículo del mismo en la *Rev. Chilena de Hist. y Geog.*, T. VIII, MCMXIII.

con el área de la posterior de los Incas, y la aventajó en invención y empuje, según su orfebrería, su cerámica y sus construcciones megalíticas lo atestiguan. El problema que sobre ella se plantea, consiste en averiguar si fue de la raza *quechua*, o de la que inexactamente se conoce por *aymara* y con propiedad debería denominarse *colla*. Por el aymarismo se deciden Middendorf, Max Uhle, los doctores Rivet y Lorena,⁶ y el Marqués de Créqui-Monfort. No obstante el crédito y peso de tales autoridades, nunca han podido convencerme en este punto por las muchas imposibilidades que su sistema implica. Si definiendo el origen quechua, o mejor protoquechua, de la cultura de Tiahuanaco, no es ciertamente por apego a una hipótesis propia, pues no soy yo el primer propugnador de ella, sino el Dr. Patrón, quien la formuló particularmente en su discurso del 29 de julio de 1906 ante el Instituto Histórico de Lima.

Un primer argumento de los aymaristas se resuelve en que Huiracocha, creador de Tiahuanaco y del mundo según la mitología indígena, y cuya figura aparece en el monolito de la Acapana, fue divinidad aymara. Pero el supuesto es dudosísimo, en alto grado improbable. El nombre y culto de Huiracocha son esencialmente quechuas, y en su leyenda se le ve siempre maltratado en las regiones aymaras o mixtas y bien acogido y adorado en las quechuas genuinas. Los Collas al cabo conocieron y aceptaron la denominación de Huiracocha para el dios creador, por la propagación y compenetración de religiones y culturas en el proceso histórico; pero su dios gentilicio o advocación nacional era *Tahuacapa*, llamado también *Arnahuan*, a quien los quechuas declaran hijo o criado infiel de Huiracocha, y enemigo de sus adoradores. Cuando los Incas guerreaban con los Chancas —nación que parece aymara,

6 Dr. Antonio Lorena, en el *Boletín del Centro Científico Cuzqueño*.

o a lo menos con fuerte influencia colla,⁷ proclamaron en esta contienda de razas, como protector supremo del monarca del Cuzco y de la gran confederación incaica, en que tanto predominaban los quechuas, al dios Huiracocha, que vino a ser así como un símbolo étnico, ya se ve por esto cuán escaso fundamento tiene el origen colla de la divinidad del Tiahuanaco.

Pero el capital argumento de los aymaristas es que siendo collas los indios que hoy habitan el Tiahuanaco y su comarca, a ellos deben atribuirse los templos, palacios y estatuas allí existentes. El razonamiento me parece deplorable. Para inferir de la situación actual de los Collas la filiación del Imperio del Tiahuanaco, sería menester dar por sentado que los Collas son autóctonos, con el alcance de dicha palabra dentro de la relatividad histórica, o sea que habitaron las provincias en que ahora viven, desde la más lejana antigüedad, o a lo menos desde los inmemoriales siglos en que hay que colocar la construcción del Tiahuanaco. Y esto es precisamente lo que contradicen y refutan, con vehementes indicios, todos los datos de la primitiva historia peruana.

Los aymaras no eran aborígenes del Collao, meseta en que se hallan las ruinas del Tiahuanaco. Los cronistas españoles más abonados, como Cieza de León, certifican que las dinastías de sus curacas o reyezuelos procedían del norte de Chile; y que al llegar los jefes collas con sus guerreros a las orillas del Titicaca, destruyeron o ahuyentaron a pobladores más civilizados. La condición de invasores explica en los aymaras la extraña situación de su lengua, que es la de una verdadera isla, rodeada por todas partes de dialectos quechuas, y cuya toponimia sólo reaparece en muy apartadas regiones, de preferencia por el sur, hacia Atacama y Chile. La invasión explica también la

7 La onomástica de sus curacas y su territorio así lo indica.

pobreza de las tradiciones collas sobre los edificios del Tiahuanaco, que contrasta con la abundancia y riqueza de las leyendas quechuas sobre aquel lugar sagrado y toda la altiplanicie del Titicaca. Es más: las edificaciones del pueblo de Tiahuanaco y sus cercanías se clasifican en tres estilos, bien distintos y caracterizados. El postrero, a que pertenece el palacio en que nació el Inca Manco II (el soberano contemporáneo de la Conquista española), es indudablemente incaico, última transformación de la arquitectura indígena. El primer estilo de aparejo ciclópeo, es el propio y legítimo tiahuanacuense, a cuya propagación por el occidente de Sud-América me he referido arriba. El intermedio, diferente de ambos, es el que el mismo Uhle reconoce como obra de los Caris, curacas aymaras, cuya procedencia atacameña y establecimiento en el Collao relata el cronista Cieza. Luego si las construcciones más antiguas de Tiahuanaco se distinguen de las de la época conocida como aymara, habrá que explicar esta diferencia, como en las demás ruinas del Perú, por la sucesión de diversas razas. La conclusión puede extenderse a todas las tumbas del Collao; porque nada tienen de común los dólmenes de la comarca con las *chulpas* aymaras. A mayor abundamiento, los monumentos primitivos de Tiahuanaco ofrecen, en sentir de muchos viajeros, pruebas de remota destrucción o de haber quedado interrumpidos e inconclusos. ¿Se concibe que los Collas destruyeran su propia ciudad santa; o que suspendieran de pronto las obras por muerte de los gobernantes o arquitectos, como con verdadera candidez lo supone Tschudi? ⁸ Mucho más racional parece admitir la invasión, cuya memoria queda en los textos de Cieza y del indio collahua Juan Pachacuti Salcamayhua ⁹.

⁸ En sus *Contribuciones al estudio del Perú antiguo* (Viena, 1892).

⁹ *Señorío de los Incas*, cap. IV; *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Publicadas ambas obras por Marcos Jiménez de la Espada.

Para acertar con la raza del Tiahuanaco, hay que buscar la lengua cuya extensión coincida con las huellas de aquel imperio. Solamente la quechua llena este requisito: sus dialectos se extienden desde el norte del Ecuador hasta le centro de la Argentina, y envuelven por todos lados a la aymara, reclusa en el Collao y la parte septentrional de Potosí. Bien se que los aymaristas explican la difusión de la quechua por la acción exclusiva de los misioneros españoles y de la conquista incaica. Pero si los doctrinantes españoles la adoptaron para sus enseñanzas, haciéndola avanzar en algunos puntos y conservándole en los demás la calidad de lengua general, dicha conducta se debe a la maravillosa divulgación en que la hallaron y que la hacía el mas apropiado vehículo para la cristianización de los indios; y esa divulgación, tan grande y antigua que había dado origen desde antes de la Conquista a muchos dialectos, no podía datar del Imperio de los Incas, por mayor duración y eficacia que se le concedan, porque está comprobado que la dominación incaica duró en Tucumán menos de un siglo y en el Norte del Perú y en el Ecuador apenas una generación. Es una monstruosidad, una herejía lingüística, pretender que en tan corto período engendrara el quechua dialectos tan definidos como el *quiteño* y el *chinchaysuyo* o *chinchaysimi* (en el que consta que los intérpretes de Pizarro le hablaron a Atahualpa) y por mas allá de Catamarca y el Tucumán, en medio del Chaco argentino, la lengua *huilela*, un verdadero idioma híbrido, tan impregnado del quechua como el inglés lo está en Europa de galicismos y latinismos, y el muerto *huzvarecho* y el persa moderno en el Asia, de arameo y árabe respectivamente. La mayor parte de las lenguas que en la Sierra del Perú se usaban bajo el gobierno de los Incas, a más de la quechua oficial o cuzqueña, y que recibían la denominación de lenguas forasteras, particulares o *ahuasimi*, eran meros dialectos de la misma quechua, y "tan apegados a ella (es-

criben los redactores de las Informaciones de Vaca de Castro¹⁰) como la portuguesa o gallega a la castellana” Estupenda muestra de criterio filológico daría quien admitiera la probabilidad de tales efectos durante el breve período de la dominación incaica en las regiones extremas del *Tahuantinsuyo*.¹¹

Contra la opinión de Middendorf y de Uhle, el rumbo de la lengua y la raza aymaras parece haber sido de sur a norte. En la sugestiva manografía del chileno D. Joaquín Santa Cruz sobre los indios septentrionales de Chile¹² se expone el íntimo parentesco de los Atacameños y los Collas; y con los estudios geográficos de los franceses Reclus y Courty se comprueba cómo la progresiva desecación de Coquimbo, Atacama y Cobija tuvo que impulsar a sus moradores a imigrar hacia las mesetas próximas¹³. La Conquista de Tiahuanaco y todo el Collao por los aymaras, se expresa —además de las tradiciones recogidas por Cieza de León (de labios del curaca de Chucuito, principal centro aymara)—, en aquella de que se hace eco la muy fidedigna crónica del P. Cobo al decir que los collas poseían *injustamente* los santuarios del Lago¹⁴; y en la versión del curaca Patchacuti Salcamayhua —indio collahua, y por consiguiente aymara— sobre los primeros pobladores del Collao, que en época remota (*Porum Patcha*) aparecieron por Potosí. Cieza de León se refiere también especialmente a la encarnizada guerra de los Canas semiquechuas contra las gentes del curaca colla Zapana, que eran *Jállaj Ppacha* o “pueblos de vestidos angostos” a diferencia de

10 Publicadas también por Jiménez de la Espada. *Una antigualla peruana* (Madrid, 1892).

11 Nombre indígena del Imperio de los Incas.

12 *Rev. Chilena de His. y Geogr.* T. VIII, 1913.

13 Eliseo Reclus, *Nouvelle Geographie Universelle*, T. XVIII, *Les regions andines* (Paris, 1893), págs. 39, 709, 745 746 756.

—G. Courty, *Explorations géologiques dans l’Amérique du Sud* (Paris, 1907); págs. 17 a 21.

14 Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. XIII, cap. XVIII.

los Huiracochas o Tiahuanaguenses, de ropas largas como su dios); los cuales Jállaj Ppacha vinieron del sur, “de arriba de Potosí” y en la zona intermedia entre las conquistas aymaras y la definitiva resistencia quechua, trabaron lucha con ciertas leyendarias amazonas, en quienes la imaginación popular de los Collas simbolizó a los fugitivos adoradores de la civilización del Titijaja y continuadores de su culto y civilización. El aymarismo de los Chancas, rodeando al noroeste el territorio de la Confederación de los Incas y Quechuas (cuyos mas terribles enemigos eran junto con los Collas), representa en mi opinión el avance de la invasión aymara después de la ruina de Tiahuanaco. La toponimia aymara del valle de Lima, no es imposible que provenga de los mismos tiempos; pero es mucho mas probable que se deba a *mitimaes* o sea colonos militares llevados a la Costa por los Incas. La toponimia al parecer también aymara de Chachapoyas y otras pocas localidades en el noreste peruano, tiene cabal explicación en una emigración chanca de época semihistórica.— la del curaca Us-cuwillca, por el siglo XIV, en pleno imperio incaico, después del célebre ataque del Cuzco, bajo el reinado del Inca Huiracocha o de Pachacútej.

Con la destrucción de Tiahuanaco (aproximadamente por los siglos IX a XI de la Era Cristiana) debe relacionarse la peregrinación de las tribus Incas, desde la altiplanicie del Collao a la cuenca del Huilcamayo y la comarca de Parcaritambo¹⁵. El origen de los Incas en las riberas del Lago Titicaca, está consignado en las leyendas que traen casi todos los cronistas de importancia (los dos Molina, Pedro Pizarro, Agustín de Zárate, Garcilaso, Cabello Bal-

¹⁵ *Pajarej-Tampu* en quechua: lugar del apareamiento o del amanecer.

boa, el P. Cobo, etc). Según Betanzos, el mismo dios Huiracocha de Tiahuanaco creó en el Cuzco a los *orejones* o Incas, y especialmente a Allcahuiza, que es el Ayar Uchu epónimo de uno de los clanes incaicos. Según Sarmiento de Gamboa, Huiracocha creó a los Incas en Pacaritambo, y tenía una de sus *huacas* o adoratorios mas famosos en el pueblo de Urcos, seis leguas al sur del Cuzco, en tierras de lengua completamente quechua. Según Cobo, en Coata, isla del Lago, se alzaba la estatua de la diosa *Titijaja*, *madre de los Incas*, porque esa era su *pacarina* o solar originario ¹⁶.

Middendorf, Markham y Uhle han pretendido que la tribu de los Incas era aymara; y Jiménez de la Espada se inclinó a igual suposición ¹⁷. La confusión en que se funda dicha hipótesis ha provenido de cerrar los ojos a las señales de una civilización protoquechua en Tiahuanaco, generadora de la incaica. Quizo Markham probar la oriundez aymara de los Incas con el examen de los vocablos que de su dialecto peculiar o lenguaje cortesano nos ha conservado Garcilaso, pero la tentativa no logró éxito satisfactorio; y en vista de sus resultados lo único plausible al parecer es reconocer (como el príncipe D. Alfonso Túpaj Atau se lo aseveró a principios del siglo XVII al P. Cobo), que el idioma privativo de los Incas era el dialecto propio del lugar de Pacaritambo, el cual era quechua, conforme lo acreditan la etnografía y un texto del siglo XVI, de la *Relación* del oidor Santillán, muy experto en antigüedades indígenas.

Sólo el quechuísmo de los Incas explica que impusieran como idioma oficial de su imperio el dialecto cuzqueño, que asumieran la dirección de la Liga Quechua,

16 Cobo ob. cit. lib. XIII, cap. XVIII.

17 Véase una de sus notas al P. Cobo, al final del cap. XIX, libro XIV. No obstante, allí mismo acepta Jiménez de la Espada la probabilidad de "otra raza, madre de *aymaras* y *quechuas*, cuyos idiomas son evidentemente hermanos".

(por voluntaria elección de los confederados; por ejemplo Andahuaylas en tiempos de Inca Roja, para defenderse de los ataques chancas) y que a la cabeza de ella empeñaran tan implacable guerra contra los Collas, representantes de la raza aymara, y contra los Chancas aymarizados.

La expansión colla, apretando a los Quechuas hacia el noroeste, convirtió en regiones de lengua aymara a todas las confinantes del Collao, como las serranías de Moquegua y Arequipa, Collahua (o sea la moderna Cailloma), y parte de las provincias de Canas y Canchis, las cuales fueron probablemente zonas de transición lingüística, quizá bilingües. Pero mas al norte había otros tribus quechuas, como los Cachinas, Quispicanchis y Acomayos, que, del propio modo que los Incas, recordaban el gran lago originario, y creían que a su perdida patria retornaban las almas de su difuntos¹⁸.

Para que se guardaran con tal persistencia y viveza estos recuerdos, es necesario admitir que no transcurrió largo tiempo desde la dispersión de los Quechuas en los llanos del Collao hasta el establecimiento de los Incas en el Cuzco, dos o tres siglos a lo sumo. El itinerario de las gentilidades o clanes Incas, desde Pacaritambo al Cuzco, rememorados en fábulas y cantares,¹⁹ se asemeja muchísimo al de los Nahuatlacas, y después especialmente al de los Aztecas, en el Anáhuac. El caudillo incaico, Manco Jápaj, no parece un héroe mítico, un antepasado epónimo, sino un personaje de existencia histórica (como los Tenuchtzin y Acamapitzin), divinizado luego por la leyenda. Su culto no era el de un dios, sino el mismo gentilicio y reducido que el de los monarcas sucesores suyos. No tiene aspecto de epónimo su nombre, pues no se explica por denomina-

18 Cieza, *Primera Parte de la Crónica del Perú*.

19 El resumen castellano de ellos compone los caps. 11, 12, 13, y 14 de la *Segunda Parte de la Historia General Indica* de Pedro Sarmiento de Gamboa (Publicada por R. Pietschmann, Berlín, 1906).

ciones geográficas ni cronológicas; puede significar, al contrario, un nombre totémico, como eran en el Perú todos los propios; corresponde al *malco* del quechua común, denominación del palomino o pollo de la paloma silvestre. El linaje (*ayllu*) de sus descendientes, *Chima Panaca*, no difería en organización y prerrogativas de las demás cofradías consanguíneas originadas por los restantes soberanos incas. Atendiendo a todo esto, es difícil negarle efectiva existencia, ya que de algún modo tuvo que llamarse el reyezuelo o *sinchi* que dirigió la emigración de las parcialidades incaicas; y no es de creer que, de entre la serie de sus curacas, olvidaran únicamente al que ejecutó la fundación de la ciudad, acto de gran importancia religiosa para ellos, semejante a la *inauguratio* latina ²⁰.

Los clanes o ayillos de los Allcahuizas, Copalimaytas y Culunchimas, que precedieron a los de Manco en el valle del Cuzco, y domeñaron a los aborígenes Sahuasiras y Huallas, eran también incaicos, con iguales insignias de turbantes (*llautos*) y orejeras, y de la misma sangre y dialecto.

Uhle, en su afán aymarista, afirma ²¹ que los autóctonos Huallas fueron de raza Colla; pero parece afirmación gratuita. *Hualla* es una raíz quechua, muy frecuente en la onomástica general del Perú. Por lo demás, toda la argumentación de Uhle sobre estos puntos, peca de contradictoria; porque de un lado sostiene que la civilización tiahuanacuense es profundamente distinta de la incaica, y de otro lado que los Incas, Huallas, Canas, Canchis y Chancas eran aymaras. De tales premisas debería deducir, contra su tesis, y a favor de la mía, que no fue aymara el Imperio de Tiahuanaco.

²⁰ Sobre el pájaro sagrado de Manco y sus presagios, los vasos de oro, las piedras divinas, el asta misterioso de la *Síntur Páucar*, las semillas mágicas y los sacrificios humanos necesarios para el establecimiento del Cuzco, véase la crónica citada de Sarmiento de Gamboa.

²¹ Art. cit. en la *Rev. Hist. del Perú* (Tomo IV, bimestres I y II).

Mientras los sucesores de Manco Jápaj, o sean los Incas Hurincuzcos, los de la primera dinastía cuzqueña, restauraban el poderío de la raza quechua y preparaban el renacimiento de la cultura de Tiahuanaco, las razas costeñas, llamadas de ordinario Yungas²² reanudaban su cultura autónoma. Libres de la influencia tiahuanacuense, que las supeditó a fines del período anterior, ofrecen en éste una nueva cerámica, variadísima, oscura y brillante, con modelados muy diversos y bajorrelieves, además tejidos delicados, pinturas al fresco en los palacios (en Chanchán, por ejemplo), y una refinada orfebrería.

No podemos todavía comprobar si estas civilizaciones de la Costa, posteriores al Imperio de Tiahuanaco, representan la mera continuación de las primitivas de Nazca, Ica y Trujillo, o si hubo aportes de otros inmigrantes, como ciertas tradiciones parecen indicarlo.

El reino o curacazgo mas extenso de la segunda época costeña, fue el del Gran Chimú, cuya capital era la populosa ciudad de Chachán (ruinas inmediatas a Trujillo) y cuyos dominios dicen haberse dilatado alguna vez desde Piura hasta Nazca. Sin embargo, los valles de Huacho y Chancay, al sur de la fortaleza chimú de Parmunca; los de Lima y Patchacámaj, célebres en todo el Perú, por sus antiguos oráculos; y los de Chíncha e Ica, focos de añejas culturas, debieron de conservar siempre o recuperar pronto su independencia, respecto del Chimú; y no faltan noticias de que el mismo Gran Chimú era ya, antes de la conquista incaica, tributario de los curacas de Cajamarca en la Sierra²³.

Las lenguas mas conocidas de la Costa fueron la *mochica*, la *sec* y la *quingnan*, afines de la familia *Chibcha* en Colombia, Panamá y Costa Rica (Uhle, Rivet y Beuchat).

22 *yunga* en quechua significa "valle o tierra caliente".

23 Sarmiento de Gamboa, Ob. cit. cap. 38.

Tal vez por la hermandad de los Chimús y Mochicas del Perú con los indios del litoral del Ecuador, aseguraban muchos, al tiempo de la conquista española, que el señorío del Gran Chimú alcanzó hasta las regiones de Manta, Manabí y Puerto Viejo²⁴.

Las razas de la Costa Peruana, adelantadas y opulentas, pero muelles, se vieron nuevamente sometidas a la Sierra, por la segunda dinastía incaica.

La primera dinastía de los Incas, la de los cinco reyes *Hurincuzcos*, limitada a las serranías que ahora corresponden a los departamentos del Cuzco y Apuríma y sus confines, no obtuvo sino una incierta hegemonía dentro de la Liga Quechua. Capitaneándola, combatieron los Incas sin cesar contra los Collas y sus congéneres. El último de los Hurincuzcos *Jápaj Yupanqui* (nombre que significa "El Poderoso Memorable"), murió asesinado en el palacio del barrio de *Inticancha* (después templo del Sol), por la sublevación de sus feudatarios y grandes vasallos.

La dinastía de los *Hanancuzcos*, que principió con *Inca Roja* (El Príncipe Prudente), fue de carácter más centralista y conquistador. La confederación se convirtió paulatinamente en un imperio despótico, en una inmensa agrupación de comunidades agrícolas, bajo la autoridad absoluta de *Sapallan Inca* (Solo Señor), aunque las tribus incaicas retuvieron en diferentes grados sus privilegios de exención de tributos, monopolio de los gobiernos y sacerdocio superiores, y exclusiva composición de la guardia o milicia denominada por los españoles, a causa de sus zarcillo distintivos, de los *Orejones*. Después de quebrantada, con auxilio de los quechuas confederados, la ofensiva de los Chancas contra el Cuzco (a mediados del siglo XIV,

²⁴ Véase las *Informaciones de Vaca de Castro* publicadas por Jiménez de la Espada.

según los cálculos mas probables), emprendiéronse las remotas expediciones bélicas, bajo el reinado de *Yupanqui Patchacútej*, "El Memorable Reformador del Mundo". Quedó definitivamente sujeto el Collao; fueron conquistadas las provincias del centro de Bolivia y del Perú; y se redujeron a tributo los curacazgos costeros arriba mencionados, y el vasto Reino de Tujma (Tucumán, que comprendía todo el noroeste de la Argentina), el cual parece haber tenido ya una anterior cultura quechua, y por cuyos desfiladeros occidentales los ejércitos incaicos penetraron en Chile, trasponiendo la Cordillera, y sometieron a vasallaje las dos terceras partes de la región chilena. Los últimos Incas, Túpaj Yupanqui, "El Memorable Glorioso Resplandeciente" y Huayna Jápaj, "El Mozo Poderoso", agregaron a sus estados el norte del Perú y el reino de Quito, con Pasto y sus alrededores. Entonces contó el Imperio más de mil doscientos leguas de largo.

No puede haber completa certeza sobre la adjudicación de las conquistas incaicas a cada uno de los soberanos dichos, pues difieren los cronistas, según las versiones orales que recogieron. Hay, no obstante, una base real de fundadas conjeturas, porque existieron fuentes históricas indígenas. No carecieron, en efecto, los Incas de pictografías, aunque harto inferiores a las mejicanas. Cristóbal de Molina, el mestizo, y el P. Cobo nos hablan de las *tablas pintadas* que hubo en el templo de *Poquencancha* (inmediato al Cuzco y encima del barrio de Cayaucanchi), las cuales tablas daban razón de la vida y hechos de cada uno de los reyes. El P. Acosta menciona (Libro VI, cap. VII y VIII) los tapices historiados de los indios peruanos; y cuatro de estos grandes paños trabajados al uso del país,

con imágenes de los Incas y sus fábulas en las cenefas, remitió el Virrey Toledo a D. Felipe II, al propio tiempo que las informaciones jurídicas sobre el gobierno incaico y el resumen historial de ellas por Sarmiento de Gamboa.

Mas los circunstanciados anales del Imperio constaban en los cantares épicos que los *haráhuej*, poetas oficiales, ayudados por el sistema mnemónico de los *quipus* (cordoncillos de diversos nudos y colores) recitaban en las muy principales solemnidades, como eran las mayores fiestas de su religión y los aniversarios de sus reyes muertos. Cieza de León dice que se cantaba a voces, mirando al monarca presente, y que comenzaban con la siguiente fórmula: “¡Oh Inca grande y poderoso! el Sol, la Luna, la Tierra, los Montes y Arboles, las Piedras y tus Padres te guardan de infortunio; —y te hagan próspero y bienaventurado sobre cuantos nacieron—. Sábetete que las cosas que sucedieron a tu antecesor, fueron estas...” Las crónicas de Cieza y de Sarmiento, y más en particular la de Betanzos, son el compendio, y la última a trechos la traducción, de aquellos cantares.

Un cantar de diverso género, no ya épico sino elegiaco, se atribuía al más famoso de los soberanos, al Inca Pachacútej, el gran legislador. Es su canción de agonía. Sarmiento de Gamboa reproduce la primera estrofa: “Nací como *amanacay*²⁵ en un jardín; —vino mi edad, ya florecí, me marchité y me muero” (ob cit.; cap. 47). Fúnebre inspiración, muy distinta del himno triunfal que el mismo Sarmiento nos trasmite, con el que se rememoraba la emigración incaica de Pacaritambo: “Pues somos nacidos fuertes y sabios, seremos poderosos.— Salgamos de este asiento; vamos a buscar tierras fértiles. —Donde las hallaremos, sujetaremos a las gentes.— Hagamos guerra a cuantos no nos recibieren por señores”. La oración al Sol que copia

²⁵ Especie de azucena peruana.

el P. Cobo ²⁶, es como sigue: “¡Oh Sol Padre mío, que diste: ¡haya Cuzco! y por tu voluntad fue fundado y se conserva en tanta grandeza—, sean tus hijos los Incas vendedores de todas las gentes, pues para esto los creaste”.

Varios cantos guerreros —por lo general monorrimos, consonantes en la última sílaba solamente—, trae el curaca D. Felipe Huamán Poma de Ayala, acompañados de pinturas explicativas, en su *Crónica y Buen Gobierno*, descubierta hace pocos años por Pietschmann en la Biblioteca Real de Copenhague.

Mas sobre las resonancias bélicas, naturales en un pueblo tan conquistador, predominaron en el arte indígena la ternura sollozamente y la ingenuidad pastoril. Es la quechua una raza dulce, soñadora y quejumbrosa, fina aun en medio de su presente degradación. En los apartados distritos de la Sierra, se escuchan hoy mismo las genuinas melodías autóctonas, las cuales, por su limitada gama, se distinguen perfectamente de la música posterior o mestiza. Los peruanos prehispánicos no conocieron sino cinco notas, pero vislumbraron la polifonía ²⁷. Un indio contemporáneo (nuestro entusiasta y benemérito folklorista musical, Daniel Alomía Robles), ha recopilado innumerable cantidad de temas líricos: si en su colección hubiera más estrictez crítica y conocimientos técnicos, podría revalizar en originalidad y riqueza con las rusas de Rimsky Korsakow y Melgonow, a cuyos aires populares se asemejan a veces los incaicos, y preparar así la nacionalización de la música peruana. Hay cantos religiosos, como la llamada *Plegaria al Sol*, (ejecutada con frecuencia, en estos últimos tiempos,

²⁶ *Hist. del Nuevo Mundo*, Libro XII, Cap. XXIII.

²⁷ Véase el artículo de Guillermo Salinas Cossío, *Consideraciones sobre la lírica indígena*, en la revista *Mercurio Peruano*, volumen I (Lima, 1918).

por la Sociedad Filarmónica de Lima), de imponente y augusta majestad sacerdotal. Hay *harauis* amatorios de inefable tristeza. Y como contraste propio de esta raza, que auna la alegría con el llanto, y cuyos regocijos están siempre bañados en lágrimas, las extrañas danzas bulliciosas de las *jashuas* y los repiqueteados *huaynos*.

La letra de dichas canciones es también muy curiosa²⁸. Algunas muestran ya bastante influencia castellana, pero todas descubren la índole quechua. Cantinelas frescas y melancólicas, como un paisaje de madrugada andino. Poesía blanca, casta y dolorida, de candoroso hechizo y bucólica suavidad, ensombrecida de pronto por arranques de la más trágica desesperación. Esquiva y tradicional, esta raza, más que ninguna otra, posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Guardiania de tumbas misteriosas, eterna plañidera entre sus ruinas ciclópeas, su afición predilecta y su consuelo acerbo consiste en cantar las desventuras de su historia y las íntimas penas de su propia corazón. Todavía, cerca de Jauja, en el baile popular *de los Incas*, las indias que representan el coro de princesas (*ñustas*), entonan inclinándose con exquisita piedad sobre Huáscar, el monarca vencido: “Enjuguémosle las lágrimas; —y para aliviar su aflicción, llevémoslo al campo—, a que aspire la fragancia de las flores”:

Huaytaninta musquichipahuay . . .

De los más antiguos y hermosos yaravies (*harauis* en quechua), es el que comienza:

Purum pampapi

Piscucunata . . .

²⁸ Para la región del Centro, son útiles (aunque carecen de todo rigor y método científico), las recopilaciones de cantarcillos y apólogos intituladas *Tarmap-Pacha-Huacay* y *Tarmapap-pacha-Huaraynin*, (impresas en Tarma, 1905 y 1906), por Adolfo Vienrich.

“A la llanura Solitaria —íbamos los dos— a oír al trinar de los pájaros”. El *Ayataqui*, lamentación de la huérfana, y el *Huancasca* cuzqueño, son acabados tipos de lúgubre y desolada inspiración. Otras coplas invocan al poderoso río Apuríma, que gira y ondula entre aldeas y caseríos:

*Llajtan, llajtan múlluy
Apu buarpa mayu...*

o comparan el talle de las doncellas al cimbrearse de los maizales. En estos rústicos versos, la égloga se bosqueja con plástica y luminosa simplicidad. Más en el fondo apuntan signos sombríos, malos agüeros, conformes a la patética fantasía india. La pastora adolescente apacienta el rebaño en una verde loma, sobre la cual revuelan, acechando, en el aire sereno, halcones y cóndores; y los zagales broncíneos se apoyan en las pétreas *canchas* de los apriscos, por cuyas rendijas musgosas asoman husmeando los zorros rapaces (Cantos de Chupaca). En el horizonte despejado, soplan vientos precursores de tempestad y granizo. Los arbustos de las quebradas cobijan a la pareja de amantes; y la estrella del amanecer luce trémula y pía sobre los ayes melódicos del desdeñado (Cantos de Huancayo y Ayacucho).

La misma suavidad lírica, la misma incomparable mansedumbre, mezclada a ratos con intenciones satíricas y burlas, caracterizan las fábulas y consejas en prosa. En ellas, no sólo hablan los animales, sino los árboles, las cuevas y los cerros; toda la Naturaleza se anima y personaliza. En su intuitiva inocencia, el quechua concibió la fraternidad del Universo. Las aguas sagradas de los manantiales (*puquios*) infunden el cariño o el olvido. Las rocas y las pampas se conduelen de los desgraciados; y las clementes y misteriosas palabras con que dialogan, sólo pueden oírse

en sueños. El venado, que huye anhelante por los riscos, fue un rico cruel, transformado en animal medroso y siempre perseguido, porque despreciaba a su hermano pobre. En las nubes multiformes que encubren las cimas, ven los genios benéficos de los Andes; y en las aisladas peñas que se elevan sobre pajonales, pastores petrificados en castigo de sus faltas. En las noches de luna nueva, por las lejanías lucientes o bajo las recortadas sombras del arbolado escaso, dicen que recorre los campos, en compañía de un buitre y un puma, una joven hermosísima y atribulada, hija de un cacique, a la que raptó el Diablo. En las grutas tenebrosas, creen que duermen tranquilos con sus tesoros los curacas de la Conquista, que no quisieron sobrevivir a sus legítimos soberanos.

Abundaron en la mitología peruana las invenciones solemnes o graciosas. Huiracocha, el dios creador y civilizador, desaparece andando sobre su manto en las olas del mar, y profetiza que por el mar vendrán los misteriosos hombres pálidos a poner término al poderío indígena. El dios Con, a quien de ordinario se confunde con Huiracocha o Patchacámaj, sopló a manera de un viento fuerte, al principio del Mundo, y erigió las cordilleras y allanó los valles. La lluvia se debe al cántaro de una doncella celeste, quebrado por su travieso hermano. El oro y la plata son las lágrimas del Sol y la Luna. El planeta Venus es el paje favorito del Sol, de trenzada cabellera. Un zorro se enamoró de la diosa Luna, y las huellas de aquellos abrazos son las manchas de su blanco vestido. La Vía Láctea es un río de luz, origen de los mares y las fuentes; y la constelación de la Cruz del Sur, el puente o la escalera de los cielos. Los grandes nevados se llaman "ancianos" (*Machhu*) o "dorados y santos" (*Corobuillca*), y los volcanes, "auroleados" (*Chimpu*). En los reflejos de las nieves perpetuas e invioladas del Coropuna, figuraron fantásticos palacios.

Las tradiciones de Huarochirí hablan de los amores de los cerros, que se miran a través de los nublados invernales, y por encima de los hondos barrancos y el dentellado hacinamiento de las cadenas menores. Cierta semicirculo de peñolerías que hay en esa región, es para las abusiones de los indígenas la asamblea de los *huaris* o dioses tutelares. Cuentan que ante ellos se presentó una antigua deidad, acompañada de su hija, disfrazadas ambas de mendigas. Los *huaris* las desconocieron y arrojaron ignominiosamente. La ultrajada deidad cargó a su hija y se dirigió hacia la Costa. Entonces los genios sus parientes, arrepentidos, quisieron detenerlas; pero no pudieron ya alcanzarlas, ni impedir con sus clamores que se precipitaran en el océano, donde se convirtieron en los islotes blanqueados por la espuma frente a los templos de Patchacámaj. En la misma provincia refieren que el nevado de Pariajaja, pródigo en lluvias, se enamoró de otra altura, la cual es seca y estéril, pero encierra en sus piedras partículas de oro. Soberbia con su riqueza, la montaña desechó el cántaro de agua que, con don amoroso, le enviaba el Pariajaja, y se quedó árida y triste. El cántaro rechazado con violencia, fue rodando abajo, entre los demás cerros calvos; y rompiéndose en el lozano prado que ahora se llama de Buenavista, produjo el vertedero que fertiliza la parte inferior del valle. Como estas amables leyendas, recogidas de labios de naturales de aquellas comarcas, traen muchísimas otras el libro del cura Avila y el del jesuíta Arriaga, ambos del siglo XVII. Habría que compararlas (para apreciar cabalmente las diferencias entre las razas sud-americanas), con los adustos cuentos araucanos de monstruos y aparecidos, sus héroes cuchilleros o *langemtuves*, sus crueles *anchimallen* o duendes, sus *buytranhues* cuyo aspecto es mortal y se alimentan de sangre humana, las vaticinadoras de terremotos, los viajes a la lóbrega mansión de los difuntos, y el alado caballo de fuego (*cherruve*) que cruza tronando

las aires para anunciar la muerte de los caciques; rasgo este último de magnífica y sombría belleza, que no disonaría en una saga germánica ²⁹.

En cambio, la oración incaica a Huiracocha, recordada por los Padres Molina y Cobo, tiene la vibrante sublimidad de un salmo hebreo: “¡Oh Hacedor incomparable!, que estás en los términos del Mundo y creaste a los hombres; —¿dónde te ocultas? —¿Por ventura en lo alto del Cielo, o en el abismo de la tierra, o en los nublados de las tempestades”? La invocación a la *Pachamama* es de un delicioso panteísmo: “Madre Tierra, larga y anchurosa, que traes a los hombres en tus brazos. . .” A las cavernas, que eran los sepulcros de la Sierra, les decían: “He de dormir en tus senos; dame sueños apacibles”.

La autenticidad de tales mitos, tradiciones y plegarias, es indiscutible. No ocurre lo propio con el célebre drama *Ollantay*. Los incas conocieron, sin duda alguna, las representaciones trágicas y cómicas. Tenían que nacer forzosamente de aquellas sus danzas religiosas, con máscaras de personajes y animales sagrados; de aquellos bailes en que los cantares se turnaban “refiriendo hazañas y loores del Inca y cosas pasadas” y respondía el coro (Cobo, Libro XVII.— Acosta, Libro VI, Cap. XVIII). De estos esbozos dramáticos, sabemos de cierto que resultaron verdaderas fábulas escénicas. A más de los testimonios del Inca Garlaso y del Jesuíta Anónimo, sospechosos para bastantes americanistas, tenemos los irrefragables del P. Acosta, de Polo de Ondegardo ³⁰ y de Sarmiento de Gamboa que narra: “(Inca Patchacútej) mandó hacer grandes fiestas y

29 Vid. *Psicología del pueblo araucano* por Tomás Guevara (Santiago de Chile, 1908); págs. 325, 326, 336, 344, 346, y siguientes.

30 *Tratado de los errores y supersticiones de los indios*, VIII, 7.

representaciones de la vida de cada Inca. Duraron estas fiestas, que llamaron *purucaya*, más de cuatro meses. E hizo grandes y suntuosos sacrificios a cada cuerpo de Inca, al cabo de la *representación de sus hechos y vida*"³¹ Cieza de León confirma la noticia: "Cada bulto (estatua de Inca difunto), tenía sus truhanes o decidores, que estaban con palabras alegres contemplando al pueblo"³². Y Patchacuti Salcamayhua cuenta que el Inca Yáhuar Huájaj inventó los bailes y diálogos de farsantes, con motivo del nacimiento de su hijo el príncipe Huiracocha; y que las diversas danzas dramáticas, se llamaban, entre los peruanos antiguos, *añaysauca*, *bayachuco*, *llamallama*, y *hañamssi*. Pero si es indudable que los Incas poseyeron un teatro, siquiera fuera rudimentario, también lo es que el *Ollantay*, como hoy lo leemos, es de redacción posterior a la Conquista: un arreglo españolizado, al parecer de principios del siglo XVII, sobre la base de un drama incaico anterior. Yo exageré mucho la inspiración castellana de la actual versión, en una nota de mi ensayo sobre el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*. D. Marcelino, con la benevolencia que me profesó, me hizo el honor de transcribirla en su *Historia de la poesía hispano-americana*. Sobrado honor le dispensó el Maestro igualmente al General argentino D. Bartolomé Mitre, citando su desdichada monografía sobre *Ollantay* (Buenos Aires, 1881), para corroborar nuestras comunes suposiciones. Mitre, que nunca había hecho investigaciones formales sobre el Perú prehispano, fue mucho más allá que Menéndez y Pelayo y yo; trabucó o desconoció las citas de los cronistas ya publicados; y estampó en sus folletos despropósitos estupendos. Actualmente, con los estudios emprendidos, no puede hacerse caudal alguno de cuanto Mitre escribió sobre este tema. En vista de aquellos estudios, hay que afirmar que el *Ollantay*, tal como lo disfrutamos, es

31 Sarmiento de Gamboa, Segunda Parte, cap. 31.

32 *Señorío de los Incas*, cap. XI.

obra de un refundidor de la época española, porque el metro octosilábico en que se halla coincide muy sospechosamente con el teatro de Castilla; porque los conceptos sobre los grandes dioses Inti y Patchacámaj (Escena X, verso 1,087), y sobre la institución de las *Ajllas* o Vírgenes del Sol (Escena VIII), aparecen desnaturalizados; y porque menciona animales como la gallina (*buallpa*, en la Escena IX), desconocidos en el Perú antes de la invasión de los Castellanos. Pero por otra parte hay que admitir que el plan, los procedimientos poéticos, todos los cantares y muchos trozos son de tradición incaica, apenas levemente alterados por el redactor. Así lo prueban el sabor primitivo y bárbaro de las expresiones y metáforas; el desembarazado empleo del coro y de los intermedios líricos; la falta de entreactos y de regularidad en la división por escenas; la concordia de su relato sobre la sucesión ilegítima y anormal de Patchacútej por Túpaj Yupanqui, con el de los más fidedignos analistas, últimamente descubiertos, y su disentiimiento de la clásica y oficial doctrina de Garcilaso, que era la predominante en los siglos XVII y XVIII; y, en fin, la gran cantidad de sistemáticas singularidades métricas. El *Ollantay* ignora las sinalefas y sinéresis, y observa la rima o desinencia no atendiendo al acento sino sólo a la última sílaba, como los más auténticos cantares aborígenes. En varios pasajes, indistintamente alternan consonantes y asonantes, según también se ve en las rítmicas plegarias idólatras, recogidas por cronistas y misioneros. Y aun presenta otros vestigios de remota antigüedad, de un texto arcaico, perdido en los titubeos de la transmisión oral o modernizado por el recopilador. De repente, dentro de la regular, y sin duda ficticia, redacción actual, irrumpen versos aislados en metros distintos, y series de asonancias pareadas o monorrimas, análogas a las de los europeos *cantares de gesta* medieval, que ningún español ni españolizante podría imitar en el siglo XVI. Y lo que es más —y definitivamente

demuestra la pureza y casticidad del quechua en que el *Ollantay* está escrito—, en él se guardan las reglas de la *armonía vocálica*, del propio modo que en los idiomas uralo-altaicos, lo mismo que en el turco, lo mismo que en el magiar. Por todo esto y muchas otras circunstancias, es imposible que el *Ollantay* provenga de fines del siglo XVIII, como algunos lo han pretendido. El manuscrito de La Paz, consultado por Tschudi, tenía ya como fecha de copia o representación la del año 1735; mas, por lo que hemos dicho, parece evidente que la refundición castellana o mestiza, a la que debemos el actual texto, ha de ser cuando menos un siglo más antigua. De los cantos incaicos que en ella se intercalan, el *harawi* de la Escena IV es la obra maestra de la lírica quechua. D. Bartolomé Mitre, nadie sabe por qué, vió en él una imitación del *Cantar de los Cantares*. Si no temiera yo insistir demasiado en las analogías peruanas con el Asia, que suelen ser casuales similitudes, explicaría cómo hace recordar especialmente los cantos populares de las razas mongólicas, hasta en las alabanzas a la palidez o relativa blancura de algunas mujeres, cuya existencia en el linaje incaico y en las comarcas de Moyobamba comprueban Garcilaso, Pedro Pizarro y Cieza de León³³.

Los caracteres en el *Ollantay* nada tienen de europeos. El protagonista no obedece al pundonor caballeresco, móvil de todo genuino drama español, sino a la ira y sed de venganza propias de un primitivo. Cusi Cóyllur no es hermana de las fuertes heroínas de Lope y Calderón; es una india de verdad, pasiva y resignada, que no sabe sino amar y sufrir, quena melodiosa pero monótona, sólo henchida de querrellas gemebundas. La madre, la emperatriz o Coya Anahuarqui, contrariando los usos del teatro castellano, sale

³³ Véase de preferencia sobre este particular Garcilaso *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, Cap. XXVIII— y Cieza de León, *Crónica del Perú*, Primera Parte Cap. LXXVII.

a escena para compadecer y justificar la amorosa flaqueza de su hija. El lenguaje es a menudo muy extraño, originalísimo, atestado de imágenes a la vez tiernas y violentas, confusas, lacrimosas y grandiosas, espléndidas y vehementes³⁴:

*Estrella, pupila del Sol, el llanto, lluvia del alma, ahoga
(mi corazón. . .*

*Las lágrimas del rocío, agua viva purificadora, suavizan
(el dolor. . .*

*Los astros se revuelcan en la ceniza fría de las nubes,
antes de fuego y ahora opacas.— Los luceros descrinados
arrastran sus caudas revueltas, y para mis ojos enrojecidos
el firmamento vierte sangre.*

Hay versos convencionales, emblemáticos: “Lo roja flor del ñujchu se esparce dondequiera”, significa que se derrama sangre. Algunas comparaciones sentimentales, de complicada y ambigua elegancia, traen irresistiblemente a la memoria la poesía clásica japonesa. Otras se dirían persas o indostanas. Así el Inca Patchacútej, hablando con su hija predilecta, le dice: “Esencia de mi alma, red de mis entrañas, flor de mi progeñe, desenuélvete ante mis ojos, velo de oro”.

Las palabras de Huillaj Uma (Sumo Sacerdote), son de idolátrica solemnidad:

*En el semblante de la Luna, todo es signo para mi.
Ayer la humareda de los sacrificios — se elevaba has-
ta la faz del Sol,*

*y el Dios jubiloso se levanta — difundiendo sobre
todos la felicidad.*

En la escena de coronación de Ollantay, el coro exclama:

³⁴ Me guió por la excelente edición y traducción literal del quechua al francés, que hizo el erudito cuzqueño D. Gabino Pacheco Zegarra (Paris, 1878).

Sé nuestro Inca por siempre,—
 enarbola el estandarte rojo,—
 y ciñe la borla de gloria.
 El Inca de Tampu amanece (*Asciende como el Sol*)

Y el príncipe Hancuhayllu prosigue:

El Huillcanuta (*Agua Sagrada*), está muy lejano,—
 pero si convocas a sus gentes,—
 acudirán al instante.

Presenta a un dignatorio con énfasis que un europeo calificaría de oriental:

He aquí al valiente entre los valientes,—
 armado de pies a cabeza,—
 erizado de dardos,—
 porque así ha de ser el valiente entre los valientes...
 Volarán los flechas,—y los enemigos perecerán al
 punto

La imprecación contra el Cuzco es de belleza salvaje:

¡Ay de ti, hermosa ciudad!—
 Desde hoy seré tu implacable enemigo.—
 Te arrancaré el corazón,— y se lo arrojaré a los cón-
 (dores,—
 Llevaré mis Antis por millares al Sajsayhuamán,—
 y de allí te amenazarán como nube de maldiciones,—
 Cuando el incendio enrojecza el cielo,— y yazgas sobre
 (tu lecho ensangrentado,—
 tu rey perecerá contigo — y verá si son pocos mis
 (yungas

Pero entre los ímpetus feroces, resalta siempre la ingénita misericordia. El objeto del drama, si bien se mira, es glorificar la clemencia de Túpaj Yupanqui para con la privilegiada tribu de los Tampus o Antis, y su caudillo hereditario. Aún el severo Patchacútej, en la Escena III, antes de ordenar la guerra contra los Collas y Chayantas, previene que se procure reducirlos por vía de paz y persuaciones. Antes de reconocerse Cusi Coyllur e Ima Súmaj se llaman, como metáforas de pompa y de dulzura:

*¡Oh mi princesa, encantadora hermana,
pájaro del pecho de oro, semilla de piedad, flor
(esmaltada del panti!*

Es un himno de infinito acatamiento, de fanática adoración, inconfundible en su acento indígena y sus arcaicos paralelismos, el que *Ollantay* le pronuncia al Inca. No enumera sus propias hazañas sino para tenderlas, como una humilde alfombra, ante el emperador omnipotente y divino:

*Sabes, ilustre Rey, que desde mi niñez te he servido,—
y que siempre te he mirado como mi amo.
Siguiendo tus huellas se han acrecentado mis fuerzas,
—y continuamente he vertido mi sudor en tu servicio.
¿Dónde no he hecho correr la sangre de tus contrarios?—
Sólo mi nombre los ahoga, como una cuerda al cuello.
He puesto a tus pies todas las tierras altas y sus gentes,— y he convertido a todos los Yungas en esclavos de tu casa.
He desviado y quemado a los Chancas,— y les he arrancado las alas.—
He abatido al poderoso Huanca Huilla.—
¿Cuándo no me he levantado el primero en la vanguardia?—*

*Por mí todas las naciones han sido traídas a tus
 plantas.—*
*Y tú, padre mío, me has dado el champi de oro y el
 chuco de oro.—*
*¿Por qué me has ensalzado sobre los de mi linaje?
 Tuya es ésta macana de oro, y tuyo todo lo que soy.—*
*Toda mi valentía y todo mi vigor, —en tí estân, y en
 tí hay que buscarlos.—*
Soy tu siervo, — dignate mirarme.
Contemplando tu rostro, moriré cantando.

Cuando el perdón final, prorrumpe:

*Riego con mis lágrimas ardientes la maza que me das.
 Soy cien veces tu esclavo.—*
¿Quién puede llamarse tu igual?—
*Acepta los nervios de mi corazón como correas de
 tus sandalias.*

Para hallar semejantes fórmulas de posternación, tal entusiasmo en la servidumbre, tal frenesí en la expresión de la obediencia del monarca, hay que remontarse muy lejos de la civilización de Europa, de todas las culturas occidentales y modernas.

Muy posteriores al arreglo del *Ollantay*, * deben de ser las demás comedias quechuas conocidas, como verbigracia la *Usca Páucar*, harto mas castellanizadas, en las que los curas y catequistas ingirieron personajes cristianos dentro de las fábulas indígenas, según también lo hicieron en Méjico.

* Cfr. *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*, versión definitiva, en *Obras Completas*, T. I, Lima, 1962. En las pp. 166-168 está la extensa nota sobre *Ollantay* pero con interesantes añadidos y precisiones seguramente de redacción posterior al año 1921 en que se escribe el presente ensayo. [N. del E.].

En arquitectura, los Incas adoptaron simultáneamente el estilo megalítico, imitación del de Tiahuanaco, como son los castillos de Sajsayhuaman y Ollantaytambo; el de manpostería (*pirca*), en innumerables edificios; y el de adobones, ordinario y tradicional en la Costa, como lo prueban las ruinas de Tambo Colorado en la quebrada de Pisco, el templo del Sol que domina al de Patchacámaj, cerca de Lima, y el de Huiracocha, junto a Sicuani en la Sierra. Pero el estilo incaico peculiar, fue el de aparejo mediano de piedras de cantería, admirablemente labradas en sus juntas o en todas las caras de los sillares. Son imponente muestra de construcciones incaicas los templos y palacios del Cuzco, Pisaj, Huillca-Huaman, Huaytará y Huánuco el Viejo. Estaban ya a punto de acertar con la bóveda (que se inicia en las chulpas aymaras del Collao), porque supieron redondear los muros y las torres, según lo acreditan el gran cubo de la Sunturhuasi y parte de la fachada del Coricancha, todavía existente en el Cuzco; y porque el primer cronista español, Jerez, certifica que en el palacete campestre de Atahualpa en Cajamarca había aposentos con techos de cúpulas en forma de campanas, moldeadas en tierra y guijarros, y encaladas con estuco blanco y brillante. Las puertas eran casi siempre trapezoidales, con el dintel mas angosto que el umbral, semejantes a las egipcias. En general, la arquitectura del Perú indígena, salvo las columnas (que le fueron desconocidas), se parecen mucho a las del antiguo Egipto. Los adornos más frecuentes fueron las características alhacenas cuadrangulares (*tojós*), los relieves de serpientes y pumas, y algunas figuras humanas, toscamente esculpidas, y los revestimientos de metales preciosos, en láminas cinceladas y repujadas, de varios dibujos. Las techumbres habituales eran de vigas de madera y paja de *ichu*, pero en los últimos tiempos parece que tendían a las cubiertas de piedra con azoteas, almenas, torreoncillos y cornisas pintadas de almagre. Toda la arquitectura incaica

es severa, pesada, sombría, de majestad recia y ceñida, y de sorprendente solidez y escrupulosidad. Manifestación adecuada de un pueblo grave, probo y triste, no aspiraba a deslumbrar con apariencias engañosas, como los estilos yungas, sino a imponerse con la extraordinaria robustez de la planta y los materiales, y la primorosa paciencia de la ejecución. Cieza de León comparaba los muros del Coricancha con la Calahorra de Córdoba y el Hospital de Afuera en Toledo. Por lo que toca a la industria metalúrgica, los peruanos, para sus alhajas y utensilios, habían rebasado la edad de la piedra pulida; y se hallaban plenamente en la del cobre y la del bronce.

Mucho se ha discutido en los últimos cuarenta años sobre la civilización de los Incas. Por explicable reacción contra los panegíricos del siglo XVIII, han propendido a rebajarla Tschudi y Bandelier en sus postreras obras. Los que más se han excedido en la tendencia hostil, han sido el atrabiliario jesuíta P. Cappa³⁵, llevado por la pasión anti americana; y el vulgarizador norteamericano Lummis, indiscreto apologista de Pizarro.

En España ha tenido que agradar —máxime hecho por un yanqui— el encarecido elogio de nuestros grandes conquistadores (por más que resulte desatinada manera de ensalzarlos, desconocer la importancia de los imperios que dominaron). Se comprende, por eso, la favorable acogida que le dispensaron autorizadas plumas; pero hay que poner en guardia al público español contra los crasos errores de Lummis, mero y superficialísimo aficionado, cuyas buenas intenciones no bastan a comunicar a sus juicios sobre

³⁵ P. Ricardo Cappa, *Estudios críticos acerca de la dominación española en América* (Tomo II, Madrid, 1899).

la época prehispánica el menor valor ante la crítica histórica. Para probar cumplidamente la efectividad y prosperidad de la civilización incaica, no es menester más que considerar las ruinas que llenan todo el Perú y leer los textos de los cronistas castellanos³⁶.

Depósito de objeciones contra la benignidad y buen gobierno de los Incas, han sido las célebres *Informaciones* debidas al Virrey D. Francisco de Toledo. Encaminadas a rebatir al P. Las Casas y los indianistas, y justificar el suplicio de Túpaj Amaru; recusables, en grado sumo para todo lo tocante al régimen incaico; colmadas de equívocos y patrañas, la débil autoridad que les ha quedado ha salido quebrantadísima con el testimonio de uno de los más interesantes documentos publicados por el diligente investigador argentino D. Roberto Levillier³⁷. Aparece probado, por carta que el Presidente de la Audiencia de Charcas, D. Lope de Armendariz, escribió al Rey el año 1576, que el intérprete oficial del Virrey Toledo, el mestizo Gonzalo Jiménez, en odio de los Incas, falsificaba las declaraciones de manera escandalosa. La consiguiente desautoridad moral de las *Informaciones* de Toledo, debe extenderse a la *Historia* de Sarmiento de Gamboa, simple resumen de ellas.

36 Historiógrafo de calidad muy superior a Lummis es el francés Beuchat, quien, en su recomendable *Manual de Arqueología Americana* (algo deficiente a la verdad en lo relativo al Perú, y muy confuso en lo que corresponde a la constitución, subdivisiones y jerarquía de los *ayllus* nobles u *orejones*) supone que el Imperio Incaico encerraba en su seno tribus salvajes, lo cual es una manifiesta inexactitud, si se exceptúan los Uros, pues los demás indios que merecían el calificativo de salvajes se hallaban, no en el interior, sino en los confines o fronteras del Tahuantinsuyo.

37 *La Audiencia de Charcas* (Madrid, 1918) T. I. de la Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino.

El comunismo agrícola (*ayllu*), base de toda la organización social incaica, fue mucho más completo y generalizado que el *mir* en Rusia, y sirvió de modelo para la reducciones jesuíticas del Paraguay.

Hasta hoy, el mejor libro sobre el colectivismo peruano, es el de Cünow, *Die Soziale Verfassung des Inkareiches* (Brunswick, 1898). Merece igualmente recordarse el artículo de Max Uhle sobre los *ayllus* (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 1911). Después, a larga distancia de ambas monografías, pueden citarse los ensayos del Dr. Erich Zurkalowski (*Mercurio Peruano*, Lima, 1919), del boliviano Bautista Saavedra (*El Ayllu*, París, 1913) y de los peruanos Francisco Tudela y Varela, Luis E. Valcárcel y César A. Ugarte. Los antiguos estudios de Martens y Desjardins, muy poco tienen de aprovechable; y en cuanto a Wiener y Emile Carrey, allá se van con el buen Lummis.

Cuando la Conquista, el régimen social del Perú entusiasmó a los observadores tan escrupulosos como Cieza de León, y a los hombre tan doctos como el Licenciado Polo de Ondegardo, el Oidor Santillán, el jesuita autor de la *Relación Anónima* y el P. José de Acosta³⁸ y ¿quién sabe si en las veleidades socializantes y de reglamentación agraria del ilustre Mariana³⁹ y de Pedro de Valencia (el discípulo de Arias Montano), no influiría, a más de la tradición platónica, el dato contemporáneo de la organización incaica, que tanto impresionó a cuantos la estudiaron?

38 "Si la República de los Incas se refiriera en tiempos de Romanos o Griegos, fueran sus leyes y gobierno estimado" *Historia Natural y moral de las indias*, Libro I V, cap. I.

39 Mariana, *De Rege et Regis Institutione*, caps. VIII y XIII.

El P. Acosta escribe: "Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y pródigo gobierno" (*Historia*, Libro VI cap. XV); pero advierte, sin embargo, la extrema severidad de los castigos (*idem* cap. XVIII). Fácil es comprender lo indispensable del rigor y el escarmiento en aquel sistema comunista. El socialismo, y más aun el socialismo militar y conquistador, como fue el de los Incas, exige la mayor energía autoritaria, el despotismo administrativo, minucioso e inexorable.

La experiencia del Perú Incaico ha sido concluyente. La tutela del Estado, como en ninguna parte vigilante y nimia, enriqueció y enervó a las naciones que componían el Imperio del Sol. Llegó éste rápidamente a la misma senilidad apática por la que con tanta facilidad han sucumbido todas las sociedades de tipo análogo, como los imperios indostanos y egipcios, el chino, el persa aqueménide, el romano y el ruso. Mucho más que ellos, el del Tahuantinsuyu, para obtener el sosiego y el bienestar material, ignoró toda libertad, desarraigó toda iniciativa, comprimió toda espontaneidad y todo arranque; e hizo así, de una de las razas mejor dotadas de la América indígena, una tímida grey de esclavos taciturnos. Ante la usurpación de Atahualpa y luego ante la invasión castellana, la pasividad e inercia de la población fue sorprendente. Acostumbrada al yugo, acogía con tranquila indiferencia a los nuevos amos, cualesquiera que fuesen. Como siempre sucede, las virtudes viriles se refugiaron en la aristocracia política y guerrera; y fue la casta o confederación de los Incas la única que resistió de veras a los conquistadores. Dividida y diezmada ya en la terrible contienda de Atahualpa y Huáscar, sobrecogida con la emboscada de Cajamarca (contra la cual no hubo apercibimiento ni defensa posible), se rehizo de su estupor; y a las órdenes de Manco II, emprendió la formidable insurrección de 1536, con la matanza de los españoles dispersos, y los apretados asedios del Cuzco y de la recién funda-

da Lima. Esa fue la lucha efectiva en la Conquista, la reacción de la clase dominante, comparable a la de Cuilauzin y Guatomozin en Méjico. Pero el país no respondió con generalidad y tenacidad al llamamiento desesperado de sus Incas. Muy al contrario, los Cañaris y los Huancas se convirtieron desde el principio en los más fieles y eficaces aliados de los conquistadores, como los Tlascaltecas en Méjico; y los contingentes de muchas provincias abandonaron la suprema campaña, por fatiga o por atender sus cosechas. Pizarro a imitación de Cortés, hizo, en el peor trance, alejar los buques del puerto del Callao, para demostrar su inmovible decisión de permanecer en la tierra peruana. Lima se vió descercada muy pronto; y en la retirada murió el jefe asaltante, el príncipe Titu Yupanqui. Sólo en el Cuzco, tras el heroico suicidio de Cahuide (el indio gobernador del castillo de Sajsayhuaman), la intrépida milicia noble, la de los Orejones o Hijos del Sol, persistió por diez meses en sus furiosos ataques. Deshecha al fin por el empuje de los caballos retrocedió combatiendo sucesivamente hacia las asperezas de Calca, Ollantaytambo, Vitcos y Vilcabamba, escoltando al soberano y llevándose los más principales objetos sagrados. Fue algo como el asilo de las reliquias de los Godos en las Asturias.

Pero muy diverso destino esperaba a esta última defensa de los Incas. Durante algunos años consiguieron rechazar o burlar las repetidas expediciones enviadas en persecución suya. Tal fue el caso de las de Hernando y Gonzalo Pizarro, Almagro, Rodrigo Orgóñez, Illén Suárez de Carvajal y Francisco de Cárdenas. Los *orejones* de Manco amagaban continuamente el valle de Yuca y el camino de Lima al Cuzco, desde Jauja en el río Mantaro hasta Mollepata en el Apuríma, con rebatos y presas. Mas en el resto del Perú, los antiguos súbditos, sumidos en su automatismo y marasmo habituales, desoyeron las exhortaciones de rebelión que salían de Vilcabamba; y dejaron

apagarse en el aislamiento el último foco de la reivindicación nacional. El mismo príncipe Paullu, hermano del soberano indio, se hizo auxiliar y servidor sumiso de los conquistadores. Cuando Manco, tentando una vez más la suerte, y aprovechando la guerra civil entre el Virrey Núñez de Vela y Gonzalo Pizarro, avanzó de nuevo sobre el Cuzco, fue asesinado por unos soldados españoles, almagristas prófugos, a quienes había concedido hospitalidad. Su hijo y heredero, Sayri Túpaj, se dejó convencer por las proposiciones del Virrey Marqués de Cañete. Salió del asilo de sus montañas (en las que se quedaron, con unos pocos curacas y capitanes, sus dos hermanos menores, Titu Cusi y Túpaj Amaru); y consintió en recibir el bautismo y jurar obediencia al Rey de Castilla, a cambio de un repartimiento y otras varias mercedes. Murió en breve (1560), y el mismo Titu Cusi Yupanqui se resignó a bautizarse en Vilcabamba. Por fin, el Virrey Toledo, hizo sacar de las selvas al posterior sucesor, Túpaj Amaru, y a su errante y exigua corte. El infeliz mozo Túpaj Amaru fue ajusticiado en la Plaza Mayor del Cuzco; ahorcados o desterrados sus deudos y compañeros; y así acabaron la estirpe masculina de los reyes Incas y la última sombra de su monarquía (Agosto de 1573).

Es claro que a nadie puede ocurrírsele al presente considerar a los Incas como inventores del Comunismo peruano. La *comunidad de aldea* con sus agregados y compuestos (respectivamente, el *ayllu*, la *llajta* y la *marca*) es una institución primordial y espontánea, que aparece en los comienzos de la evolución de casi todas las sociedades. En el Perú, su origen debe de confundirse con el de la misma agricultura. Pero en muy veraces relaciones⁴⁰, quedan indi-

40 Por ejemplo, en la de Santillán (párrafo 54).

cios de que ciertas provincias habían alcanzado formas de propiedad o explotación agrícola mucho más particularizadas, destruidas por la conquista incaica, que en todas partes impuso su inflexible colectivismo. Puede rotundamente afirmarse, que los Incas llevaron la socialización económica al más alto grado de desarrollo y madurez asequible en un imperio belicoso y semibárbaro: con la absoluta proscripción de la propiedad individual perpetua, la universal requisición para el trabajo rústico y el servicio militar, la anual adjudicación de lotes y remensura de los campos, las faenas comunes y los turnos en ellas (*mitas*), los graneros y almacenes públicos; la distribución de víveres, ganados y útiles de labor; la asistencia de los ancianos, inválidos, huérfanos y viudas; la especial atención del Gobierno a las clases menesterosas, —uno de los más preciados apelativos del Inca era el *Huajcha Cúyaj* (Amante de los pobres);— la multiplicación y engranaje de visitadores, inspectores y empleados; las rigurosas leyes suntuarias; la obligatoriedad del matrimonio en edad determinada; el estricto deber de la delación judicial, y la imponderable omnipotencia del Estado. Por eso es tan útil y sugestivo su estudio en los días presentes.

Al mecanismo socialista, que en el Perú de los Incas extremó sus buenas y malas cualidades, sucedió de golpe con la invasión española, el principio antagónico; el individualismo, desenfrenado y anárquico sobre todo lo imaginable, en los veinticinco primeros años de la Conquista, cuando menos.

V

RAZA Y LENGUA PROBABLES DE LA
CIVILIZACION DE TIAHUANACO

Estudio preparado para el III Congreso de Geografía e Historia Hispanoamericana, realizado en Sevilla, en abril de 1930, al cual asistió Riva-Agüero como delegado oficial del Perú, representando a la Sociedad Geográfica de Lima.

La ponencia la terminó de redactar en Roma y la fechó el 2 de abril de 1930. Se publicó primero en la Revista Universitaria, de Lima, segunda época, año XX. primer semestre, julio de 1931, pp. (43) - 78.; en Mercurio Peruano, Lima, Vol. XV, N° 144 - 145, enero-agosto de 1931, pp. (351)-380, y en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), T. I, Lima, 1937, pp. (169)-202.

ES ya una verdad definitivamente adquirida en la arqueología sudamericana, que el Imperio de Tiahuanaco, así llamado por las célebres ruinas próximas nueve leguas a La Paz, llevó su influencia y estilo, muchos siglos antes que el de los Incas, hasta las sierras del Ecuador y las del Noroeste de la Argentina. La cultura tiahuanacuense, respecto de la incaica, se halla en la misma relación de precedencia y origen que la caldea respecto de la ninivita, o el *antiguo imperio* hasta la XI dinastía respecto de la ulterior historia egipcia.

Desprovistos de fuentes escritas, sin más elementos que las excavaciones arqueológicas actuales, y los mitos y tradiciones que muy tardíamente recopilaron cronistas españoles e indios, se nos plantea el problema de cuál de las razas peruanas fue la creadora de aquella primitiva civilización. Tres coexisten en las alturas andinas: Uros, Aymaras y Quechuas. Desde luego, hay que descartar a los Uros. Nadie ha de adoptar hoy la teoría de González de la

Rosa, que los supuso constructores de Tiahuanaco¹. Esos indios casi salvajes, afines de las tribus amazónicas y de las estirpes brasileñas de Lagoa Santa, establecidos desde muy antiguo en las riberas de los lagos Titijaja, Aullagas y Copaisa, y en las del Pacífico hasta Pisagua y Cobija, exclusivamente cazadores y pescadores, han ignorado siempre la agricultura y el uso de los metales, al paso que los del imperio de Tiahuanaco han sido, a no dudar, pueblos pastoriles y agrícolas, y sabían trabajar muy bien el cobre². Quedan, pues, en alternativa Aymaras y Quechuas, eternos émulos, cuyos idiomas se entremezclan inextricablemente en los Andes peruanos y bolivianos, produciendo dialectos mixtos y toponimias paralelas.

En vista de muchos textos de los primitivos historiadores y de algunas consideraciones filológicas, me decidí por la raza quechua, al estudiar los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso³. Con nuevas razones y autoridades presenté otra vez la hipótesis en mis lecciones de la Universidad de Lima de Mayo de 1918, y en el primer capítulo de mi folleto *El Perú histórico y artístico*⁴. En mi país, me han seguido el distinguido arqueólogo y catedrático cuzqueño,

1 Manuel González de la Rosa, *Les deux Tiahuanaco, leurs problèmes et leur solution* (En el XVI Congreso Internacional de Americanista, Viena, 1909).— Examiné su opinión en una larga nota de *La Historia en el Perú* (Lima, 1910), págs. 96 a 99.

Cfr. *Obras Completas* de Riva-Agüero, t. IV, pp. 90-92 (N. del E.).

2 En los edificios de Tiahuanaco hay argollas de cobre puro. Vid. Nordenskiöld. *Exploration scientifique au Pérou et en Bolivie* (Bulletin de la Société de Géographie, 1905).— Sobre los Uros, consúltese de preferencia *La langue Uru ou Pukina* par G. de Créqui - Monfort et Paul Rivet (Tomo XVII del *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, año 1925), págs. 211 y sgts.

3 Se publicó mi estudio por primera vez en la *Revista Histórica* de Lima, trimestre IV de 1906; envié un extracto de él al Congreso Científico de Santiago de Chile; y apareció completo en mi citada tesis doctoral *La Historia en el Perú* (1910).

4 *El Perú histórico, y artístico. Influencia y descendencia de los montañeses en él* (Editado por la Sociedad de Menéndez y Pelayo, Santander, 1921), págs. 17 a 25. Vid. supra, pp. 78-90 (N. de E.).

Dr. Luis E. Valcárcel⁵; y el muy conocido catedrático de Lima, Dr. Horacio Urteaga, extremando mis conclusiones el último. Casi todos los demás, tanto en el Perú y Bolivia como en el extranjero, se han aferrado al aymarismo. Contribuyen a ello la *moda*, por explicable reacción contra las antiguas apologías y ditirambos en loor de los quechuas incaicos; el *afán nacionalista boliviano*, por hallarse la contemporánea capital de La Paz en región aymara, aun cuando más de dos tercios del territorio civilizado de Bolivia sean de lengua quechua; y muy principalmente el *prestigio* del famoso arqueólogo alemán Max Uhle, a quien tanto debe la prehistoria sudamericana, pero cuyas deducciones carecen a menudo de la coherencia y lógica que serían de desear.

En esta breve memoria me propongo someter al Congreso un resumen de los argumentos aducibles contra la tesis que atribuye, exclusiva o predominantemente, a los Aymaras la cultura de Tiahuanaco. Me esforzaré por averiguar muy en especial los fundamentos de las dogmáticas afirmaciones de Uhle, y hacerme cargo de las no escasas contradicciones en que incurre⁶.

5 Véase especialmente su artículo *Tiahuanaco, Ollantaytambo, Cuzco, centros megalíticos* en la *Revista Universitaria del Cuzco* de Agosto de 1921.

6 Para conocer las doctrinas de Uhle en este punto consúltese su conferencia *Posición histórica de los Aymaras en el antiguo Perú* (*Boletín de la Oficina Nacional de Estadística*, La Paz, vol. VI págs. 352 y sgts.); sus artículos en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. X, pág. 93 y XXXV, pág. 289, años 1901 y 1910, y sus monografías *Relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina y Orígenes de los Incas* en el Congreso de Americanistas de 1910; —*Esfera de influencias del país de los Incas* (*Revista Histórica*, tomo 37, Lima, 1909)—; *Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna* (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos americanos*, vol. III, No 4, Enero y Febrero de 1919).— *Arqueología de Arica y Tacna* (*ibidem*, Nos. 7 y 8, Julio y Octubre de 1919);—*Los principios de la civilización en la sierra peruana* (*Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, tomo I, 1920);—*Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas* (*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos americanos*, tomo IV, Quito, 1920)—; En su estudio citado arriba, *Orígenes de los Incas* Congreso de Buenos Aires, 1910 páginas 302 y siguientes), menciona mi teoría, y cree refutarla desnaturalizándola, sin duda involuntariamente, pues me achaca la tesis de que los mismos Incas fundaron Tiahuanaco. Nunca

I

AUTORIDADES HISTORICAS DE LAS QUE SE INFIERE QUE LOS FUNDAMENTOS DE TIAHUANACO NO FUERON AYMARAS

Los indios que habitan hoy el altiplano de La Paz, y en consecuencia el pueblo de Tiahuanaco, se denominan, con manifiesta equivocación, *aymaras*, confundiéndose así con los de las provincias quechuas de Aymaras y Antobamba en el Perú, porque los jesuitas misioneros, como los grandes lingüistas Bertonio y Holguín, por primera vez estudiaron, después de 1550, la lengua de aquéllos en una colonia de estos segundos establecidos en Juli, que eran *mitimaes*, tranportados de las más genuinas tierras quechuas del Apurímac ⁷. Para mayor comodidad, seguiremos

he dicho tal, sino que el imperio de Tiahuanaco debió de ser fundado por quechuas o proto-quechuas; y que a una rama de la raza quechua corresponde el imperio posterior de los Incas. Me he limitado a expresar el lazo de filiación entre ambas culturas cada día más comprobado por las modernas investigaciones, y que el mismo Uhle contribuye a poner en muchas ocasiones de manifiesto. En el Cuzco, en la hoya del Huatanay, se ha descubierto alfarería con ornamentación de Tiahuanaco. Por los numerosos desmentidos que a sí propio se da, Uhle (*Posición histórica de los Aymaras*) ha reconocido que los Incas fueron quechuas; y que la cultura incaica es la última transformación de la de Tiahuanaco, después de la que llama *colla-chulpac* (que es la que yo creo aymara). Paladinamente ha suscrito que en el valle de Vilcanota se halla cerámica tiahuanacuense, con la que se inicia el estilo incaico (pág. 36 de la referida disertación *Orígenes de los Incas*). *Confitentem babemus*.

⁷ Uhle ha apuntado que estos mismos aymaras del Apurímac eran de raza e idioma collas (*Orígenes de los Incas*); pero conviene dejarle la responsabilidad de sus arriesgadísimas etimologías, que con sobrada frecuencia lo engañan. Las terminaciones *ya, aya, na, ni, y hua*, en que insiste demasiado pueden ser perfectamente quechutas. Su manía de aymarizarlo todo, lo lleva a aniquilar el quechua, a barrerlo y negarlo dondequiera, o a recluirlo en cantones tan estrechos que sería un prodigio estupendo que lengua hablada en insignificantes y muy reducidos distritos, y extraña a los dominadores Incas (aunque ya vimos que en esto vacila y se desdice), llegara de pronto a imponerse en un vastísimo imperio, haciendo retroceder precipitadamente en pocas generaciones a la universal aymara, y produciendo dialectos con inaudita rapidez. Extremos tales son contraproducentes y significan la negación del espíritu crítico. No comprendemos cómo ha podido Uhle alegar a Garcilaso para sostener que en los principios del imperio

la inveterada denominación; pero con propiedad deberían los primeros llamarse solamente *collas*, que es el nombre incaico de los habitantes de la meseta del Titijaja. Se subdividen en *lupacas*, *pacajes*, *carumas*, *oruros* y *carangas*; y les eran análogos y parientes, en la periferia de su expresado territorio, los *atacameños*, *collahuas*, *chancas* y *canas*.

Nadie duda que los Collas acupaban, siglos antes de la conquista incaica, las orillas del gran lago y por consiguiente la región de Tiahuanaco. Ha podido parecer así natural y cómodo adjudicarles la construcción total de la ciudad santa, sin echarse a escudriñar más. Pero con el fácil sistema de dar por sentado que los edificios deben reputarse obra de los pobladores de la comarca y sus antepasados indígenas, se iría a parar en derechura a los redondos disparates de tener los templos dóricos de Sicilia como producto espontáneo de Sicanos y Sículos, y el anfiteatro de Itálica y la mezquita de Córdoba como originales brotes de los hispanos autóctonos. El sentido común clama que en todas partes hay que atender a la comparación y difusión de estilos, con tanta frecuencia forasteros, y a los recuerdos de invasiones y emigraciones, que constituyen la trama de la historia. En América, del propio modo que en el Antiguo Mundo, las naciones se desplazaban sin cesar, al empuje de guerras, epidemias o sequías; y mucho más en región tan llana como el Collao. Cieza de León escribe: "No hablan otra cosa los indios del Perú sino

incaico. "la extensión del quechua fue de suma estrechez" (*Posición histórica de los aymaras*, Conferencia en La Paz). Además del quechuismo de los Incas y Tampus, expresado en los mismos *Comentarios* por la comunidad de distintivos e insignias, lo que leemos en Garcilaso es, cuando menos, que "todas las comarcas de ambos lados del río Amancay (que aquí es el Apurímac) y que son muchas se contienen debajo de este apellido quechua" (*Comentarios*, Primera Parte, Libro II, cap. 12); que la nación quechua comprendía, entre otras, las regiones de Cotabambas, Cotanera y Huamampallpa (*ibidem.*); que los Chancas les habían arrebatado Andahuaylas y otras muchas tierras (Libro IV, caps. 15 y 23); y que todavía conservaban, como quechuas propiamente dichas, "cinco provincias grandes" (*ibidem.*). Libérrima la interpretación de estos pasajes para argüir de ellos la *suma estrechez* del núcleo *quecúua* por antonomasia.